



José Enrique Ruiz-Domènec

INFORME SOBRE CATALUÑA Una historia de rebeldía (777-2017)



José Enrique Ruiz-Domènec

Informe sobre Cataluña

Una historia de rebeldía

(777-2017)

taurus



SÍGUENOS EN
megustaleer



@megustaleer



@tauruseditorial



@megustaleer

| Penguin
| Random House
| Grupo Editorial |

Es la Historia, vida de la memoria, maestra de la vida, mensajera de la antigüedad, testimonio de los tiempos, luz de la verdad, norte del acierto y guía para no tropezar. Da forma a la vida política, edifica la espiritual, ilustra la doctrina, adorna la elocuencia, asiste a la prudencia y favorece a todas las Ciencias.

NARCISO FELIU DE LA PEÑA Y FAREL,
caballero de la Orden de Santiago, *Anales de Cataluña y epílogo breve de los progresos y famosos hechos de la nación catalana*, Barcelona, 1709, fol. 6

The history of Catalonia does not really begin again till the nineteenth century. It is the history of her renascence, which had better be considered separately.

SALVADOR DE MADARIAGA,
Spain, Nueva York, 1930, pp. 287-288

*A vegades és necessari i forçós
que un home mori per un poble
però mai no ha de morir tot un poble
per un home sol.*

SALVADOR ESPRIU,
La pell de brau, Barcelona, 1960

PRÓLOGO

Mirar Cataluña como si uno no estuviera en ella: este es el reto que me he propuesto al escribir este informe con el que espero contribuir al actual debate sobre el futuro del país. He fijado el final en el momento de la declaración de independencia, de inmediato suspendida, en octubre de 2017. Es un hecho crucial en la reciente política catalana, el epítome del derecho a decidir. A menudo se recurre a la idea del viaje a Ítaca, insistiendo en que no se tiene bastante viento para avanzar en lo que exige su identidad y de pronto en los últimos años las emociones de las masas en acción se han convertido en una especie de tornado. No se espera más y se avanza hacia la independencia sin ninguna cautela. Para llegar al fondo.

Ante los acontecimientos de los últimos años, una parte de la sociedad catalana ha virado hacia la ironía y otra hacia la ilusión de una República: es el efecto de las emociones, las esperanzas y las convicciones colectivas, pero también de las decepciones, los engaños y las mentiras. Lo cierto es que se ha roto la conciencia de continuidad que ha caracterizado el estilo de vida catalán. En el intento de desligar el presente del pasado, el proceso independentista ha provocado un éxtasis colectivo, ajeno al desaliento, dejando de lado el decoro. La acción dramática y el derecho a decidir han primado sobre el sentido común. En este ambiente resulta difícil juzgar el grado de mendacidad implicado en la creación y transmisión de una idea falsa del pasado como punto de partida para un diseño del futuro. Pero es seguro que el proceso surgió de una concepción de la historia al servicio de una escenografía de masas que contó desde el primer momento con eficientes divulgadores en los medios de comunicación. Al final ha logrado, sin pretenderlo, convertirse en una preocupación política para la Europa

comunitaria al ser equiparado con los actuales movimientos populistas. De esta deriva hablaré poco. Unos valoran las heridas y otros enumeran debidamente las provocaciones: cuando una sociedad se sitúa en esta encrucijada sin salida se hace real la sentencia del poeta W.B. Yeats: «Los mejores carecen de toda convicción mientras los peores están llenos de fanática osadía».

La independencia es la idea clave que ha sostenido ese éxtasis colectivo, brindando momentos espectaculares, de resonancia en los medios de comunicación no solo por lo insólito de la propuesta en el siglo XXI, sino por el aura supremacista que les lleva a dividir la sociedad en dos sectores irreconciliables. El orden internacional peligra cuando un pueblo esgrime un derecho que colisiona con el derecho de gentes de modo que la percepción de las cosas queda condicionada por la causa a la que presta su devota lealtad y se entrega a la realización de sus fines con una convicción lesiva para la armonía social. Recordemos las escenas en las que los entusiastas del proceso vislumbraban cerca un futuro prometedor que al cabo era una revancha sobre un acontecimiento ocurrido hace trescientos años, el 11 de septiembre de 1714.

El culto al pasado reafirma una identidad colectiva, pero también una ilusión de las masas que reduce la política a una lucha contra un Estado al que se considera opresor y tiránico. Por eso algunos teóricos de la conducta social han visto en esa lucha una especie de psicodrama representado sobre el escenario donde una vez sucedió el producto genuino. Dado que se trata de un hecho histórico, resulta difícil distinguir entre conmemoración y representación.

En retrospectiva, desde la primavera de 2018 cuando redacté este informe en Barcelona, la situación ha exigido la necesidad de explicar la verdadera historia catalana. Es lo que quiero hacer a continuación. Reconozco que en otras ocasiones se ha intentado algo parecido. La última vez fue debido al efecto de la posguerra, en la década de 1950.

Esos precedentes me han alertado sobre la dificultad de la tarea; existe un

riesgo intelectual al hacerlo ahora como lo hubo entonces; lo noto a cada paso en la elaboración del libro, me acecha en los momentos de retiro que dedico a su redacción.

Supongo que obedece al punto de vista adoptado, el de un hombre de frontera que tiene asumida la condición de vivir en los márgenes, no solo porque me preocupa la inclinación identitaria tan nociva en el siglo xx sino porque valoro positivamente el estilo de vida cosmopolita.

En este futuro que deseo prometedor, aunque tengo reservas, albergo la esperanza de que cada vez habrá más gente que comparta el afán de una sociedad abierta donde todo aquel que lo desee pueda moverse libremente, expresar sus ideas y no sentirse limitado por el peso de tradiciones a menudo inventadas.

El libro que el lector tiene en las manos está concebido como una ópera, en homenaje a la pasión catalana por el *bel canto*, una narración en tres actos: planteamiento, trama y desenlace. En primer lugar describiré cómo se forjó un estilo de vida y un amor a la tierra, la casa y la familia en los confines del Reino franco hasta conseguir el reconocimiento con el nombre de Cataluña; luego analizaré la trama que posibilitó la creación de un sistema político que con el tiempo se llamó Corona de Aragón donde Cataluña trató de encajar sus instituciones y sus formas de gobierno con mayor o menor acierto; y por fin, narraré el desenlace ocurrido cuando ser y no ser España se convirtió en el fundamento de la realidad catalana, en el motivo de la división de su sociedad y en el estímulo de las diversas recuperaciones del pasado.

Me propongo hacer un informe detallado sobre el mundo vital de Cataluña en los últimos trece siglos, donde el lector interesado podrá encontrar la respuesta a la pregunta que hoy se hace tan a menudo la gente de la calle: ¿qué nos pasa? Hay cierto cansancio, lo sé. Una sensación de que nada de lo que se haga o se diga cambiará el curso de los acontecimientos. Se habla tanto de un final feliz como de un final desgraciado, invocando la inclinación catalana por el desastre. Hay que ponderar las cosas con prudencia. Para eso es preciso un informe sobre la situación y la forma como se ha llegado a ella. El informe está aquí.

He recurrido a la historia como hilo conductor del relato. No es la única

manera de hacerlo, pero es *mi* manera de hacerlo. Estoy convencido de que una reflexión sobre la historia ofrece unas iluminaciones al actual debate ciudadano. En caso de que sea una reflexión sobre la historia que se ajuste a la verdad, a la verdad desnuda, a través de una narración de estilo sencillo siguiendo el modo y el espíritu de hacer historia del siglo XXI.

Una narrativa así exige afrontar las diversas intrigas que han tejido durante siglos el hecho catalán. En este sentido, mi tarea ha sido elegir, simplificar y organizar los materiales para darles sentido.

Queda por saber por qué el esqueleto de esta historia es la política. E incluso: ¿es verdaderamente una historia de rebeldía?

Responder a estas cuestiones es el objetivo de este libro.

*Tres Torres, Barcelona,
primavera de 2018*

PRIMERA PARTE

Los confines de un reino
(777-1258)

INCIERTOS INICIOS

En sus inicios, el país llamado hoy Cataluña era una parte de la Hispania romana. Estaba encuadrado en la provincia de la Tarraconense, aunque su actividad entonces se realizara al noreste, donde ya se planteaban cuestiones relativas al valor de la tierra, la familia y la identidad. Aquí reside lo que un cronista llamado el Astrónomo denominó la fe en los valores de la casa, a propósito del legado godo en oposición a la cultura franca. ¿Economía o política? Sin duda: economía. Eso era lo que marcaba el curso rutinario de los días en los campos de labranza de los valles o en sus altiplanos dedicados a la ganadería, en los intercambios comerciales de las ciudades del litoral o en la creación de una red de caminos que atravesaba los Pirineos. Tres maneras de entender el trabajo repetidas infinitamente hasta nuestros días.

Tal es el punto de partida de mi relato; su objetivo: aclarar los inicios históricos de Cataluña.

El último tercio del siglo VIII es un periodo de grandes expectativas. Las noticias resuenan en todo el mundo, aunque en estas tierras solo tienen acceso a ellas unos monjes refugiados en monasterios en las montañas, donde copian manuscritos e imaginan el futuro, a veces en tono apocalíptico al estar convencidos algunos de ellos de la cercanía del fin del mundo; pero la mayoría son juiciosos, gente con los pies en la tierra, y que sueña con tiempos mejores. A estos monasterios llegó la noticia del siglo.

En un lugar de Oriente Próximo, difícil de olvidar, en el 750, la familia de los abasíes sustituyó a la de los omeyas al frente del califato, y decidió trasladar la capital de Damasco, Siria, a Bagdad, una pequeña aldea cerca de Ctesifonte, la antigua capital del imperio persa sasánida. Un signo de los tiempos. Constatación de un brusco cambio en las rutas comerciales y en el flujo de la economía mundial. Todo esto afectó en poco tiempo a la gente que

vivía a un lado y a otro de los Pirineos. Otra nueva noticia ajusta la historia al centrar la atención sobre un hecho cercano. La llegada a Córdoba de Abderramán I, un príncipe omeya que escapa de la matanza de su familia por parte de los abasíes. La creación de un emirato independiente en la península Ibérica es una venganza de la historia.

¿Qué más? El poder del azar, los personajes que forjan una nueva era, todo lo que nutre el relato de unos acontecimientos ajenos a las necesidades cotidianas, a las costumbres (a las rutinas), pero que fueron decisivos.

En la primavera del 777, los valíes musulmanes de Barcelona, Zaragoza y Huesca viajaron hasta Paderborn para visitar a Carlomagno. Ante la Dieta de los francos, una asamblea legislativa, declararon estar al servicio del califa abasí Muhammad al-Mahdi, y haber acudido allí para informar sobre la política expansiva de Abderramán I. Pedían ayuda para que sus tierras no se integraran al Estado omeya de Córdoba. Hicieron ver a Carlomagno que era un peligro para ellos por ser funcionarios leales a los abasíes; pero también para los francos por ser cristianos. El desafío estaba lanzado, solo quedaba esperar la respuesta.

Un año después, en el verano del 778, Carlomagno se dirige a los Pirineos con un poderoso ejército; llega a las puertas de Zaragoza, donde comprueba para su sorpresa que el valí ha cambiado de opinión y no está dispuesto a ayudarlo a derrocar al emir omeya de Córdoba. El resto de lo ocurrido pertenece a la épica más que a la historia. Durante la retirada, la retaguardia franca con Roldán al frente fue masacrada en el desfiladero de Roncesvalles. El episodio se mantuvo vivo en la memoria gracias a cantinelas de tono heroico escritas siglos después en un cantar de gesta, *El Cantar de Roldán*. No hubiera ido a más la política carolingia en la zona de no ser porque un grupo de jinetes bereberes saqueó Narbona. Carlomagno reaccionó con la toma de Barcelona.

Conclusión: la tierra hoy llamada Cataluña entra en la historia del siglo VIII ligada a la restauración imperial en Europa promovida por los carolingios, una insaciable familia franca. Ese es el hecho. No hay discusión sobre él. No sucede igual con su significado. Eso es más polémico.

La tierra conquistada por los carolingios pensando que formaba parte del islam era hasta tal punto *nueva* que carecía de nombre. Los eruditos modernos han sugerido dos, Cataluña Carolingia y Marca Hispánica, pero hay que hacer una advertencia sobre su uso. El primer nombre es dudoso: sin rodeos, un anacronismo; el segundo se relaciona con la política de Luis XIV de legitimación francesa de las tierras que reclamó en la paz de los Pirineos de 1659. Tampoco me parece adecuado. Queda otro nombre a veces utilizado, Pre-Cataluña. Hay que ir con cuidado con este último porque al usar se acepta implícitamente la idea de un destino manifiesto y los discursos supremacistas sobre la raza. En efecto, tenemos un problema: la denominación de estas tierras antes de que la historia les diera un nombre. Este tardó en llegar tres siglos. Aun así hay que hablar de lo sucedido en esa época; no hacerlo es un desdoro flagrante respecto a la influencia de la cultura franca en la formación del estilo de vida catalán.

¿Quieren sorpresas en este recuento de la historia de estos siglos? Comenzaré con una importante. La toma de Barcelona en el 801 no forma parte de la memoria social como tampoco de las conmemoraciones con las que los políticos se legitiman: un acontecimiento olvidado al ser políticamente incorrecto. ¡Qué despropósito! Pero la vida actual es así. No hay que insistir mucho en el peligro que eso conlleva. Basta anotar que el giro hacia el Reino franco no es solo una cuestión de la diplomacia y la política internacional, es también una historia que crea la identidad de un pueblo.

Luis el Piadoso, hijo de Carlomagno, fue el encargado de dirigir las tropas en una campaña militar descrita con un fuerte sentido dramático por Ermoldo el Negro, un gran narrador y excelente poeta en latín que escribía bajo la influencia de la rivalidad entre francos y longobardos y no mucho después de los acontecimientos que describe. En su obra, la toma de la ciudad de Barcelona está llena de simbolismo político al presentar el desplome de la muralla romana como una señal del destino.

Bera fue elegido como primer conde de Barcelona tras la conquista de los francos. El hecho de ser goda no preocupó al rey Luis el Piadoso. Fue un error. Pronto descubrirá cómo eran los godos, su indómito espíritu de rebeldía

que el cronista Fredegario llamó *morbis gothorum*, es decir, el apego a infringir la ley.

¿Espíritu de rebeldía? Veamos un ejemplo. El conde Bera cobijó a inmigrantes *ad Hispania venientes*, llegados de España, sin permiso de las autoridades del Imperio. Desde el punto de vista económico parecía una buena idea porque representaba mano de obra barata; pero no así desde el religioso, ya que su llegada alentó el *hispanicus error*: una doctrina inspirada en principios nestorianos que sostenían que Cristo como hombre era hijo de Dios solo por vía adoptiva. Por eso se llamó adopcionismo. Su adalid fue el obispo Félix de Urgel, seguidor de Elipando de Toledo.

De Aquisgrán se enviaron funcionarios para mediar en la cuestión religiosa, aunque intervinieron también en litigios sobre propiedades agrarias. Cataluña supo desde entonces el peso de la ley del Estado del que formaba parte. Al fin y al cabo el emperador al que le rendía cuentas podía ser el padre de Europa como decían los poetas de la corte, pero en la práctica actuaba como un *padrino* (véanse los libros de Peter Heather). Lo único que le interesaba era fijar el porcentaje a recibir (una especie de 3 por ciento) de los ingresos obtenidos en las tierras gestionadas por la nobleza local. Las quejas de los campesinos que se recogen en las *Capitulares* ponen de relieve la realidad del Imperio carolingio.

Hay más.

Carlomagno ordena realizar la *Capitulare de villis*, un censo en latín de propiedades agrícolas a la vez que un tratado de agronomía. Allí se indica que una plantación ha de ser un latifundio donde trabajen esclavos; se refuta la propiedad alodial de campesinos libres, la masía. Ya se ve: dos modos de concebir el trabajo agrícola. El conflicto está servido. El conde de Barcelona por su origen godo se siente más obligado por la gente de su tierra que por los dictados del palacio imperial. La rebeldía muestra su rostro ante los enviados de Carlomagno o de su hijo Luis el Piadoso. Los abades Cesario de Montserrat y Guarín de Cuixá intervienen en el conflicto, apoyando los valores de la tierra, es decir, la propiedad alodial, que en su opinión era una suerte de cosmos armonioso.

¡Mundo carolingio! No parece tan idílico formar parte de él. Es lo que sucede con los lugares comunes, que bajo la iluminación de la historia no resultan tan atractivos.

Conclusión: en la tierra que tenía a Barcelona como centro político hay un

doble fundamento: hispano-godo y carolingio. Lo antiguo y lo nuevo; el que reposa en la tradición y el que lo hace en el derecho de conquista. Son fundamentos diferentes que coexisten en armonía, pues ambos buscan una vida en común que fue posible por el hecho de pertenecer al Reino franco. Pero ese equilibrio se rompió por los intereses de una distinguida familia de los Pirineos: la familia de Wifredo el Velloso.

Wifredo el Velloso se erigió en un personaje de leyenda al mostrarse como el gobernante capaz de darle sentido a ese ámbito vital surgido en los confines del Reino franco. De cara a una historia nacional que sigue pesando mucho en la memoria social catalana, se le ve con el halo poético que amparó Claudio Lorenzale en una pintura que recrea la escena en la que, herido en una batalla, ofrece su sangre para que el rey pueda marcar las cuatro barras rojas sobre fondo áureo, fundamento de la heráldica familiar, y de la señera. La versión definitiva de esta escena es de 1551 cuando aparece en la *Crónica general de España* del historiador valenciano Pere Anton Beuter: ahí se narra el momento en que el rey se moja la mano derecha con la sangre de Wifredo y luego recorre con los cuatro dedos ensangrentados el escudo dorado marcando cuatro rayas mientras decía: «Estas serán vuestras armas, conde».

El relato, además de anacrónico, pues la heráldica surgió a mediados del siglo XII y no a finales del siglo IX, es una reconstrucción melodramática del pasado, tan habitual hoy en las series de televisión de temática histórica. Decir por tanto que Beuter o Lorenzale no se atienen a la realidad es una bobada: no lo pretendieron. El primero quería hacer literatura; el segundo, arte. No se les ocurrió preguntarse si un hacendado de finales del siglo IX podía actuar así, o si la reacción del rey era esa que imaginaban. El problema no es suyo, sino de la historia, que no ha sabido imponer su lectura de lo que realmente sucedió, cómo sucedió y con qué resultados.

Wifredo se sirvió de los aprietos del *padrino* Carlos el Calvo, nieto de Carlomagno, para consolidar su posición social como referente de los hacendados de sus tierras. Un gesto humano, demasiado humano por lo repetido que es, pero también un gesto de una belleza singular que el romanticismo ignoró: la belleza de la política, del sentido de la oportunidad, de la capacidad de convertir la mentira en una trama política. Eso fue lo que

pasó, pues Wifredo, al tomar conciencia de la vacilación existente en el Reino franco, reclamó el control tributario de sus tierras, lo que era un acto de rebeldía; incluso pidió un régimen fiscal *jure proprio*, es decir, soberano: la renta señorial, suerte de «cupo» pactado entre los hacendados, y eso era un acto de sedición.

Carlos el Calvo no contestó, con ese desdén del hombre que ha visto mucho mundo; Wifredo por su parte recordó sus raíces familiares godas. Cada uno usó las armas ideológicas que mejor conocía. En el caso del rey, una concepción política basada en la filosofía neoplatónica de Juan Escoto Eriúgena; en el caso del conde, la genealogía, la sangre de los antepasados.

La decisión de Wifredo provocó una crisis en el encaje del condado de Barcelona con el Reino franco. Lo prueba un documento del 865, donde se reconoce el carácter patrimonial de sus condados y por tanto el derecho que tenía a dejarlos en herencia con arreglo a sus intereses familiares. Los hijos y los nietos de Wifredo se repartieron el patrimonio amasado por su ilustre padre y abuelo, a la vez que fusionaron los oficios secular y eclesiástico. Todo el poder para la familia. Wifredo y sus herederos aprendieron bien la lección del *padrino* Carlos el Calvo. Sin embargo, no pudieron evitar la colisión entre idearios políticos tan diferentes.

La transmisión del poder incumbía a los herederos directos de Wifredo: no admitían forasteros en sus tierras. Sobre las diferencias entre ellos, el choque entre dos primos, ambos nietos del fundador de la dinastía, nos ha dejado la mejor parábola del modelo social creado por esta familia: Borrell II conde de Barcelona y Oliva Cabreta, conde de Cerdeña. Uno interesado en convertir la herencia en razón para legitimar el título de *dux Gothia* que unía al de conde de Barcelona para distanciarse del Reino franco del que legalmente dependía; el otro atrapado en una crisis espiritual que le llevó a la abadía de Montecassino donde profesó como monje hasta su muerte en el 990. En la contienda que luego siguieron sus herederos se puede comprender el valor concedido a la tierra, a la casa y a la familia por parte del pueblo catalán.

Borrell II y Oliva Cabreta, ambos nietos de Wifredo, con ideas muy diferentes de lo que debe ser la soberanía del pueblo catalán. El primero triunfa en el mundo, el segundo lo hace en la vida retirada de un monasterio benedictino. Porque, de golpe, en el choque entre ambos personajes todo queda claro: el estilo de vida catalán como tal genera un conflicto entre dos concepciones del arte de gobernar. Ese mismo enfrentamiento lo veremos en

sus nietos Berenguer Ramón en un caso, y el abad Oliva en el otro, y desde ese momento hasta hoy, pasando por el más famoso de la época contemporánea, el que enfrentó a Cambó y Macià, o el más cercano, el de Tarradellas y Pujol.

En el 987, el conde Borrell II se percató de que las luchas por el poder no serían un litigio de intereses con sus parientes, descendientes todos ellos de Wifredo el Velloso, como había sido hasta ese momento, sino como parte de un cambio acelerado de la historia que hoy se conoce con el nombre de revolución feudal.

Los acuerdos entre un noble y su vasallo y el ritual de homenaje que los acompañaba no eran gestos sin más: eran la manifestación de una nueva cultura del poder insertada en la sociedad que la cambió para siempre. Los hombres de armas al cuidado de los castillos o los que integraban la mesnada de un noble se dirigían a la corte en Barcelona, donde Borrell II ejercía de señor. Pedían su consejo en relación con los márgenes de una hacienda, su auxilio contra el pillaje de los jóvenes aristócratas de la región y su dictamen sobre el hecho de vivir rodeados por dos potencias: el califato de Córdoba al sur, el Sacro Imperio romano-germánico al norte.

La manera de entender la política y la firmeza en responder a las peticiones de los nobles feudales, es la señal con la que Borrell II expresa la función social de quien se mostraba superior al resto de sus parientes. Ya no existía en la sociedad catalana del año 1000 litigios que se dirimieran por las capitulares carolingias; tal es su convicción política. Hay que recurrir a las conveniencias feudales. Borrell II lo refrenda al casar a sus hijas Riquilda y Ermengarda con dos de los hijos, Udalard y Geribert, de su hombre de confianza Guitard, elevado a la dignidad de vizconde de Barcelona. Nada más serio que reforzar el homenaje con el matrimonio.

La revolución feudal aplicó un sistema de parentesco donde se favorece el matrimonio de un hombre con la hija del hermano de la madre, la prima. Hoy se conoce bien el vínculo entre la cultura del poder de los nobles feudales y las fuertes resistencias que se erigieron contra ella. Los monjes no participaban del entusiasmo de los feudales por su estilo de vida; al contrario, lo criticaban mediante el *clamor*, el reproche, para el que se recurría a un malévolo juego de palabras: la caballería (en latín *militia*) se identificaba con

la maldad (en latín *malitia*). En medio del debate hubo tiempo para la construcción de iglesias abovedadas que marcaron el paisaje de Cataluña. Tampoco sentían mucho afecto hacia los nobles feudales, a pesar de que muchos eran parientes suyos, los obispos que luchaban contra lo que entendían los males de su tiempo mediante sínodos como el de Toulouges de 1027, origen del movimiento de Paz y Tregua de Dios.

Un conflicto moral dirige el alma de esos primeros catalanes. En cierta ocasión un vástago de los vizcondes de Barcelona llamado Udalard, que de algún modo seguía los pasos de su tío Mir Geribert, príncipe de Olérdola, fue conducido a un tribunal acusado de lanzar piedras contra la catedral. El tribunal lo presidió Oliva, obispo de Vic y abad de Ripoll, el hombre que representaba los valores de la concordia, la tolerancia y el sentido común. Fue ecuánime ante los cargos que se imputaban al joven vizconde Udalard; también escuchó a los ciudadanos, molestos por las algaradas callejeras de esos jóvenes de buena familia molestos por la economía del beneficio que se desarrollaba en sus tierras. Vamos, como los jóvenes de los movimientos antisistema de hoy.

Los jueces se jactan de ser los más benignos de los hombres, óptimos padres y piadosos cristianos. La sentencia se ajustó a esa actitud ponderada, que busca el pacto entre fuerzas enfrentadas. Desde esa privilegiada tribuna Oliva destacó la paz, la piedad, las virtudes domésticas: valores que fortalecían la sensibilidad de los asistentes al juicio. Quería nuevos objetivos para su país, vinculados a los pactos entre familias, y para conseguirlos necesitaba un hombre decidido. Lo encontró en Ramón Berenguer I, nieto de Ermesenda de Carasona y Ramón Borrell, pero que al final actuó en política más como el hijo de Sancha de Castilla al seguir una línea de actuación que le acercó a su abuelo materno, el conde Sancho de Castilla, «el de los buenos fueros». De entrada, su poder dependía de la actitud que adoptara la ciudad de Barcelona, en concreto de los grupos sociales calificados de *cives*, ciudadanos.

Hacia el año 1000, se impone en Barcelona un estilo de vida alternativo al rural, aunque vinculado a la existencia de huertos y campos de cultivo. En los documentos de los archivos podemos medir los cambios en las actitudes hacia la riqueza y sus usos entre los *cives*, un sector que no era en sentido

estricto un estatus legal: era una moral social que trataba de conservar las huellas del pasado romano (la muralla seguía intacta) y que apostó por un cultivo intensivo en sus campos mediante la irrigación y la concentración parcelaria. Para hacerlo se apoyó en unos hombres de leyes, educados en la cultura latina, que redactaban los acuerdos entre los ciudadanos y los *laboratores*, expertos en cultivar la tierra.

Los ciudadanos controlaban esa moral: decidían quiénes podían unírseles como iguales y quiénes no. Por lo general se casaban entre ellos. La endogamia era el secreto de su posición social. En más de una ocasión representaban el valor del dinero y eran considerados ricos, en latín *dives*: una categoría que superó la inclinación supremacista por la presencia entre ellos de la influyente comunidad judía, que resultó clave en la sensación habitual en esos años de heterogeneidad y plenitud económica, incluso entre los recién llegados.

Todos disfrutaban de la carta de privilegios otorgada en 1025 por el conde Berenguer Ramón I, pero a medida que la ciudad crecía y el negocio aumentaba tomaron conciencia de la necesidad de apoyar la ley y el orden que estaba en las directrices de gobierno del nuevo conde. La preeminencia de la corte condal se hacía patente tanto en el ámbito económico como en el ámbito militar y político. Prueba de ello es el número de recién llegados. Entre ellos destacó Ricard Guillem.

Ricard Guillem llegó a la ciudad casi al mismo tiempo que la tercera esposa del conde, Almodis de la Marca, ya casada con anterioridad y con un hijo. Su belleza se hizo famosa entre los ciudadanos y los oficiales de la corte; también entre poetas árabes como al-Bakri.

Ricard se paseaba con curiosidad por Barcelona, y en esa Barcelona dentro de Barcelona, que era el *call* judío, atento a los solares, aunque sus amigos le aconsejaban prudencia. No paraba de comentar la impresión que le había causado la hija de Bernat Ramon, el más rico de los ricos de Barcelona de entonces, mientras preparaba su plan de enriquecerse con el negocio del vino. ¿En qué otra ciudad del Mediterráneo de aquel tiempo hubiera hecho una promoción social como la que él hizo? En ninguna. Pero esa es una de las cosas más notables que Barcelona adeuda a Ramón Berenguer I y a su elegante tercera esposa, Almodis de la Marca.

Eliminemos esa atmósfera de despegue económico del cuadro de aquella época, borremos las huellas de hombres como Ricard Guillem. ¿Qué falta?

La mentalidad de una sociedad basada en el trabajo, la moral empresarial y la amistad. También falta saber cómo se llevó a cabo la redacción de los *Usatges* como código civil para sostener la economía mercantil; o cómo el dinero fue el signo de la modernidad. En cambio, quedarían los crímenes en la corte.

Un hijo que asesina a su madrastra; la disputa por la herencia de Ramón Berenguer I entre sus dos hijos, Ramón Berenguer y Berenguer Ramón; la sospecha de que el *menor* ordenó matar al *mayor*; la escrupulosa división de la ciudad y de sus habitantes en un documento que es una joya de la sociografía urbana; las ambiciones de los funcionarios de la corte que buscaban esposa entre las herederas de la nobleza palatina, Montcada, Cardona, o Castellvell; las discordias por el control del mercado situado junto al Castillo Viejo (hoy plaza del Ángel); la llegada de Rodrigo Díaz, el Cid; la presencia de un floreciente mercado de esclavos o la construcción de naves en la puerta del Regomir.

Una ciudad viva, cosmopolita, dirá años después el viajero Benjamín de Tudela. Con tantos intereses cruzados, es fácil que aparezcan tensiones, sin que esa atmósfera impida imaginar nuevas fuentes de riqueza como los molinos de agua del Besós, el crédito para los que deseaban acudir a la Cruzada, el peaje de las naves que repostaban en el puerto procedentes de Marsella o Génova con rumbo al norte de África, las mesas de cambio de los dinares de oro acuñados al modo musulmán con monedas de plata de uso corriente, y otros detalles de la revolución mercantil instalada en la ciudad que mostraba su prometedor futuro.

Ramón Berenguer III es un héroe del Mediterráneo. Josep Llimona lo imaginó a caballo en la escultura que realizó para la Exposición Universal de 1888; hoy visible en bronce gracias a Frédéric Marés. Su mirada desde lo alto del pedestal en el que se encuentra en una pequeña plaza delante de la muralla romana de Barcelona mide a los visitantes, busca con el reconocimiento que la historia le debe. Hijo del conde Ramón Berenguer II Cabeza de Estopa y de Mahalta, una siciliana de estirpe normanda, en 1112 supo que el mar debía ser el objetivo de su país.

Quizá fueran los consejos de Ricard Guillem, quizá la ambición política suscitada por su matrimonio con Dulce, que le convirtió en marqués de

Provenza, o quizá el olfato por las ocasiones que ofrece la vida heredado de su abuelo materno Roberto Guiscardo. El caso es que aprendió que debía desprenderse de la influencia de los barones de la tierra si quería ser algo más que conde de Barcelona; y lo supo definitivamente el día que vio desde la ventana de su palacio frente a la catedral la revuelta por el control del mercado de la ciudad. Con la usual ironía de los hombres de letras, esta vez sofocada detrás de los elogios sobre la grandeza del conde, el canónigo Oleguer, futuro obispo, y el gramático Renallo advirtieron que Ramón Berenguer III iba a convertir una red de condados feudales en un país sostenido por la industria, el comercio y la navegación. Esa es la distinción que le reconoce el autor del poema pisano que narra la expedición a Mallorca, *Liber Maiolichinus de Gestis Pisanorum illustribus*.^[1] En este poema se le llama *Dux Catalanensis* y *Catalanicus heros*.

La tierra por fin tenía un nombre: Cataluña. Lo tuvo gracias al respeto y la admiración que despertaron en un poeta pisano las gestas de Ramón Berenguer III.

El reconocimiento de que el conde de Barcelona es un héroe catalán es el modelo de muchas interpretaciones sobre el efecto del mar en la historia de Cataluña. Se dice a menudo que esa apertura al mar es el fundamento de los designios mercantiles, de las altas construcciones políticas, del desarrollo cultural, e incluso de la irresistible proyección imperialista. En definitiva, no es un momento como los demás: es uno que marca la identidad del pueblo catalán. ¿Hasta qué punto? ¿De qué va toda esa historia del Imperio catalán en el Mediterráneo? Va de una lectura del pasado que es preciso reevaluar.

Veamos.

La idea del Imperio catalán en el Mediterráneo tiene el sabor a modernismo y a homenaje a Nicolau d'Olwer, su impulsor; también emanan de ese reconocimiento las dudas de por qué la historia no siguió por ese camino, o el silencio sobre lo sucedido durante los siguientes años. No hay ninguna razón, sin embargo, para sospechar de la sinceridad de esta idea, solo hay que verla en el contexto en el que se produce cuando la Mancomunidad compone una imagen del pasado adaptada a su proyecto político. La idea de un imperio coincidía perfectamente con la aspiración de una Cataluña rica y plena. El riesgo para la identidad del país también. El miedo al mestizaje como posibilidad de dilapidar el sentido de la tierra catalana es también otra fuente de preocupación cuando se analiza la meta del Imperio catalán. No hay

razón alguna para privarse del debate ni para ocultar el fondo supremacista que se esconde en estos profundos recelos. Sacar a la luz lo peor de una sociedad es un gesto de catarsis. ¿Qué nos dice la historia de todo este asunto del Imperio catalán y de sus efectos en el conjunto de la sociedad? Vayamos a los inicios. Regresemos a Ramón Berenguer III.

El triunfo en la expedición a Mallorca (y otros detalles de la campaña descrita por el poeta pisano) demuestran que Ramón Berenguer III comprendió perfectamente la situación. Se sitúa en el corazón del poder, se adueña del deseo de los ciudadanos de Barcelona para sellar el pacto entre Cataluña y el mar. Desde entonces, quien quiera entender la historia de este país debe seguir los pasos de este conde que tomó distancia de las raíces de su poder en el eje transversal que vertebra el interior del país, La Seo, Vic, Ripoll, Besalú, Gerona, Olot, Cuixá. Se le reconoce héroe por su apuesta por la economía mercantil y los horizontes abiertos. Para que la economía asuma el riesgo de la aventura comercial habrá que crear la *societas maris*, la sociedad del mar, y la comanda. Y así será solo porque los nuevos horizontes marítimos cargados de novedades son para los catalanes una fuente de expectativas para la definitiva consolidación de la cultura mercantil. Barcelona, capital del Mediterráneo desde entonces, en conflicto con Marsella y Génova, las otras dos ciudades que aspiran a esta hegemonía.

En perspectiva, el paso adelante dado por Ramón Berenguer III en 1127, de vincular la revolución comercial a los intereses del Estado, al igual que Enrique I en Inglaterra, aparece como la manifestación de una toma de conciencia política de Cataluña. Esta afirmación merece comentarse.

Un Estado se basa en la fiscalidad y los ingresos por las actividades económicas que se desarrollan en su territorio. El conde lo sabe. Comienza a proteger y a aplicar esos intereses con un ajuste en las relaciones con la República de Génova sobre la naves que surcan el litoral marítimo, desde cabo de Creus hasta Barcelona; se acuerda el precio del peaje de cada barco que recale en sus puertos; luego se desplaza a Palermo para firmar con sus parientes los reyes de Sicilia un acuerdo de mutua ayuda que puede considerarse el primer tratado internacional de Cataluña. Finalmente, envía a

su hija Berenguela a Burgos para que contraiga matrimonio con Alfonso VII, rey de Castilla y León.

Un Estado no descansa únicamente en la política internacional: también requiere una recia administración. Ramón Berenguer III creó una fiscalidad moderna con funcionarios para anotar los gastos y los ingresos en libros de teneduría; a la vez controló a los nobles feudales para impedir la división del país como en tiempos de su padre, el Cabeza de Estopa; carga contra los sediciosos mediante el recurso a las quejas de los súbditos, las *queremoniae*, castigando los excesos con puño de hierro. Reconoce la oportunidad nada más verla y por eso tiende una mano generosa a los caballeros templarios que quieren instalarse en sus tierras. Presiona a un rico ciudadano de Barcelona para que les venda una casa cerca de la plaza de san Miguel, donde aún vivía la familia de Ricard Guillem. Asume la responsabilidad de instalarlos en los territorios de la frontera sur, al pie del macizo del Montsant, para que contribuyan a su defensa.

Difícil entender a Ramón Berenguer III al final de su vida. Al fin y al cabo, es un conde de Barcelona que ha decidido ser un héroe catalán como había dicho de él el poeta pisano. Y lo decidió porque se trata de una forma de ser ajustada al carácter de la tierra a la que había contribuido a darle un nombre. Al conocerse los detalles del testamento, en el que exige se le entierre con hábito templario, se admiró su eminente perfil político. Había creado un país desde un conglomerado de feudos familiares, limitándose a realizar la acción que cada momento exigía. En la espera, se ocupaba de organizar el Estado desde sus cimientos. Era soberbio, pero había una cierta elegancia de fondo en sus actos y decisiones. Se comportaba como un rey, sabiendo que no lo era. Cataluña está en deuda con él.

UNIÓN CON ARAGÓN

La unión con el Reino de Aragón es ciertamente uno de los hitos clave de la historia de Cataluña. Por tanto exige una explicación.

Esa unión fue ante todo un hecho político que significó la ruptura definitiva con el pasado, puesto que el supuesto de hacer al conde de Barcelona rey de Aragón constituyó un desafío social y jurídico al orden establecido. Toda una generación de catalanes se vio forzada a aceptar una estrategia de gobierno auspiciada por la Iglesia a la que se opusieron los nobles del interior del país. Por eso, tras la firma de los acuerdos, la unión desencadenó un proceso doble: la reivindicación, muy viva en la burguesía de Barcelona, de las «fronteras naturales» de Cataluña (una política anexionista sobre las taifas musulmanas de Lérida y Tortosa) y la firme convicción de que la corona la ceñiría siempre un varón del linaje condal.

Notemos, el sentido de la unión dinástica más célebre en tierra catalana no tiene nada que ver con una gran causa; su única meta era la consolidación por una parte de un reino amenazado por el extraño testamento de su último rey y por otra parte la afirmación de un linaje condal necesitado de alejarse lo más posible de la vinculación feudal con el Reino franco. Pero ¿por qué hay que hablar todavía hoy de esa unión?

Pregunten a la gente cuál fue la trama que la possibilitó. Pocos sabrán responder con precisión, aunque hecho tan crucial está en el origen de la debilidad histórica del Estado catalán. La sociedad actual se siente tan poco vinculada a los objetivos de esa unión que ni siquiera los cuestiona; no los conoce; no intenta conocerlos. Acepta su importancia pero no se molesta en preguntarse por qué. Lo que carece de actualidad no se toma en serio. Más que lamentar la ignorancia indiferente que preside todo lo referido a este hecho prefiero recordar las grandes situaciones colectivas que otorgaron su

razón de ser a la existencia catalana con tanto o mayor motivo que a la aragonesa.

Veamos el asunto detenidamente: el 19 de julio de 1131 muere Ramón Berenguer III y Cataluña emprende un nuevo camino bajo la mirada de Olegario, arzobispo de Tarragona. Este santo del siglo XII es célebre por su tumba en la capilla de Lepanto de la catedral de Barcelona, aunque ya lo fuera en su tiempo no solo por haber sido el primer arzobispo de la restaurada diócesis tarraconense sino por sus intervenciones en la vida política. El santo trabajó por la causa de Cataluña mientras el conde Ramón Berenguer IV estaba expectante, midiendo los pasos a seguir. Un buen gobierno bien vale una pausa.

Imaginemos pues la dificultad de conjugar la economía mercantil en el Mediterráneo con la expansión territorial en la península Ibérica. Una vez considerada la situación, queda por saber que la economía de mercado se halla en vías de desarrollo, enlazando un buen número de burgos y ciudades, para organizar la producción y orientar el consumo. Las tierras conquistadas a los musulmanes son necesarias para el nuevo orden político. Es el motivo de la expansión territorial hecha por las armas, que la historia conoce como reconquista del valle del Ebro. Nadie puede dudar de su importancia. Entre estos dos universos —la economía mercantil y la reconquista— la corte del conde de Barcelona constituye la zona estrecha pero viva donde surgen las iniciativas; al fin y al cabo, el arte de gobernar en el siglo XII consiste en fusionar la guerra y el comercio.

Ramón Berenguer IV se afana en alcanzar su objetivo; san Oleguer guarda sus pasos. Siempre será un enigma lo sucedido en la década clave de 1130. ¿Plan perfectamente concebido o azar? Hay que saberlo. Repasemos algunos detalles para darnos cuenta de lo decisivo que fue ese momento para Cataluña. Aún hay personas que se sorprenden de que un hecho cambie el rumbo de un país. Tienen dificultades de entender el valor de los acontecimientos. En definitiva, problemas de comprensión del pasado. Hay que superarlos.

El responsable de la unión con Aragón es el conde de Barcelona Ramón Berenguer IV. El arzobispo Oleguer no tiene más remedio que seguirle los pasos. Se especifica que se trata de solucionar un problema político con ramificaciones eclesiásticas. El papa Inocencio II observa la sucesión de acontecimientos que culminarán en esa unión con el mismo esmero que cuando fue delegado de Calixto II en el Concordato de Worms que puso fin a la lucha de las investiduras. Por tanto nada de vaguedades. La historia se teje con cuidado. Preferentemente, en Barcelona.

Ramón Berenguer IV, una vez consigue el control fiscal de la navegación en el litoral marítimo y logra instalar a los vegueres al frente de las ciudades, piensa en la necesidad de ser rey, al menos a título personal. ¿Es por su parte un acto de respeto hacia la política de su padre que quiere aplicarse a sí mismo? ¿La voluntad de poder? ¿O es más bien un gesto desesperado ante los cambios de su tiempo? Así pues, es importante conocer las motivaciones, más en este caso que va a dar un paso hacia el futuro sin ninguna relación con el pasado ante la mirada aprobadora de su hermana Berenguela, que sigue todo el proceso desde Burgos. Por eso, después de atraer a los protagonistas de la economía (los templarios se instalaron en una casa cerca del palacio condal y los judíos recibieron garantías sobre su actividad en el *call* según certificó Benjamín de Tudela) acomete el principal objetivo de su vida, que de un modo u otro le libertará de la dependencia feudal con el Reino franco. Para alcanzar ese objetivo, hizo falta un milagro. Se produjo.

La sucesión de acontecimientos en la década de 1130 (el más decisivo, la consolidación de la monarquía en el Reino franco por iniciativa del abad Suger de Saint-Denis) hizo desistir a Ramón Berenguer IV del sueño de crear un Estado catalán. Mientras a sus espaldas se reavivaba el litigio con la nobleza del interior, su cuñado el rey Alfonso VII se proclamaba *imperator Hispaniae* en 1135, una señal de sus afanes hegemónicos sobre la península Ibérica y sus mares. La confianza en su misión histórica, a saber, recuperar el legado godo como vehículo de su misión civilizadora imperial, y la creencia en un destino manifiesto que le llevó a reconquistar España, configuraron la maquinaria de un reino orientado al dominio sobre sus vecinos. Había que hacer algo. Además, no era Castilla la única con afanes imperialistas sobre Cataluña. Estaba Pisa, que había creado en Provenza un Estado occitano entre los Alpes y el Ebro con el apoyo de una poderosa flota y, desde esa posición de fuerza, arbitró leyes sobre las redes comerciales del Mediterráneo.

Barcelona no podía quedar fuera del escenario abierto hacia 1130.

La unión con el Reino de Aragón era una magnífica solución, aunque solo nombrarla creó fuertes tensiones en el seno de la nobleza del interior del país, contraria a ver al conde de Barcelona convertido en rey de Aragón. Luego llegó la calma, cuando esa misma nobleza se percató de los apoyos con los que contaba Ramón Berenguer IV para el objetivo de *encajar* Cataluña en el Reino de Aragón. ¿O era a la inversa, encajar Aragón en Cataluña? De momento la cuestión se planteó en términos prácticos, de tanto peso en la mentalidad catalana: ¿el dinamismo económico debía ser la clave para saber cuál de los dos territorios se situaba a la cabeza de la unión? Mientras Aragón poseía grandes excedentes de cereales, Cataluña a duras penas se autoabastecía de trigo. Y era obvio en ese momento, como siempre, el hombre es lo que come. Así la economía de mercado iba a tener la última palabra.

El consumidor impone su ley siempre que disfrute de una alternativa a la compra de cereales en otro territorio. El juego no había hecho más que empezar y ya auguraba las tensiones del futuro. En todo caso, había otra pregunta a la que no se dio respuesta: ¿qué había sucedido para que Cataluña apostara por Aragón y dejara su propia vía hacia la creación de un reino propio?

Surge la Cataluña práctica, sensata, respetuosa con las leyes: la Cataluña que sitúa la economía de mercado por encima de la agraria, sin negar la importancia del campo. Ninguna otra realidad, código de conducta o ley era tan importante en ese momento como las reglas de la mejor práctica, la manera adecuada de hacer las cosas, como las explicaban los *boni homines* de Barcelona, representantes del sector de los emprendedores, de los líderes cívicos y de los curiales, cada uno conforme a sus habilidades.

La buena práctica emanaba de la irrigación de las tierras, de la canalización del agua, de la creación de molinos en el río Besós, de los acuerdos comerciales llamados *societas maris* o del crédito. Pero además exigía procedimientos flexibles para adaptarse a la política de Ramón Berenguer IV, conde al que se respeta porque tiene rasgos que recuerdan a su padre y a su abuelo, y genera confianza en la nobleza urbana, la comunidad judía o las órdenes militares instaladas en la frontera. Si el futuro pasaba por que Barcelona fuera la sede del dinero y la iniciativa mercantil del Reino de Aragón, había que darle a esa política una validez imperial. Así se ejercía el

contrapeso a la decisión del «emperador» Alfonso VII. El conde de Barcelona aprobó la idea convencido de que así se situaba al mismo nivel que su rutilante cuñado.

Un poco de historia ayudará a iluminar este momento. Les gustará conocerla, es muy interesante.

7 de septiembre de 1134, fallece Alfonso el Batallador; en su testamento deja el Reino de Aragón a las Órdenes Militares del Temple, el Hospital y el Santo Sepulcro. Hay en su decisión una apuesta por continuar la guerra santa, pero fue mal comprendida y peor recibida. Era inviable. La Iglesia sugirió que el hermano del rey saliera del monasterio donde profesaba y fuera coronado. Se le llamó Ramiro II, el Monje. Solución de compromiso que rompió la unión con Navarra, que había durado sesenta años, desde 1076.

Del matrimonio que contrajo Ramiro II con Inés de Poitiers, hermana del duque de Aquitania, nació una hija, de nombre Petronila, recibida desde la cuna como heredera del Reino de Aragón. En esa serie de medidas hay una clara intención política: desdramatizar la situación creada por el testamento del rey Alfonso el Batallador, disolverla en un acontecimiento histórico, donde todo es posible, incluirla en una trama a favor de un nuevo reino.

La trama de la unión con Aragón. No es solo un episodio de la vida real que el historiador acota a su gusto; también es una mezcla humana, de causas materiales, de fines y azares. Por ejemplo, el acto de buscar un marido a la heredera Petronila para asegurar la continuidad de la dinastía. No hay nada determinado, ni por supuesto un destino manifiesto. Todo es puro azar. Se convierte en un drama familiar, de los que gustaba describir a Tolstói en *Guerra y paz*. Cada grupo propuso a su candidato conforme a sus intereses que siempre permanecen ocultos. En tales circunstancias la historia imprime una rara singularidad a un acontecimiento que queda fechado, pasando a ocupar un lugar en la memoria social.

El papel de Ramón Berenguer IV es crucial en la trama, sobre todo porque muestra el temple de un fundador de una nueva realidad. Al decir esto, el historiador corre el riesgo de mostrarse admirativo, algo solemne quizá, pero es que fue así. No hay que disculparse ante la verdad.

Mientras exprime el capital de prestigio obtenido al facilitar el asentamiento de los templarios en Barcelona, Ramón Berenguer IV se

propone como el mejor pretendiente invocando un plan ambicioso de conquistas territoriales en las tierras del Ebro. Los barones interesados en la guerra de reconquista sienten que con él es posible sacar a los almorávides de la región, al fin y al cabo, el objetivo de Alfonso el Batallador. Se acercan al conde y le muestran su apoyo.

Los escritores de la corte anotan con avidez todos los detalles de la situación política. En especial, los aires de rebelión. Los nobles de la Cataluña interior, con Arnau de Perella al frente, desde su feudo de Llagostera, se rebelan contra el conde de Barcelona apelando a las costumbres de Cataluña. Ya había ocurrido antes algo parecido con el conde Bera ante Carlomagno, y se verá en muchas otras ocasiones: en 1283 ante Pedro el Grande, en 1412 ante Fernando de Antequera, en 1462 ante Juan II, en 1519 ante Carlos V, en 1640 ante Felipe IV, en 1705 ante Felipe V, en 1931 ante Alfonso XIII, en 2017 ante Felipe VI.

Un gesto de rebeldía repetido muchas veces a lo largo de la historia ha dado lugar a una de las más famosas lecturas sobre Cataluña, la que sostiene el eterno conflicto entre el *seny* y la *rauxa*, el sentido común y el arrebatado pasional. ¿Es una prueba de un sentimiento situado más allá de la historia? No sé qué responder, porque un hecho no es nada especial sin la trama que le rodea. Nos hemos preocupado mucho de los hechos y poco (o nada) de las intrigas.

Sin embargo, una conclusión se puede extraer del acto de rebeldía de la nobleza rural catalana en el momento en que estaba en juego la unión con Aragón. Su feroz oposición a los planes de Ramón Berenguer IV es la causa principal de la tormenta política que duró quince años (1137-1152), y que creó tantas dificultades en el encaje de Cataluña en el Reino de Aragón. En ese ambiente de violencia, se descubre el poder de la trama que hizo posible la unión dinástica con Aragón que exigió entre muchas otras cosas una evolución doctrinal que alejara a las minorías cultivadas en la tradición gótica, tan viva hasta entonces, el protagonismo de los servidores de la corte y la crisis de las maneras feudales.

Durante tres años, Ramón Berenguer IV puso a prueba la extrema seguridad en sí mismo, un rasgo de familia pues la habían tenido su bisabuelo, su abuelo y su padre, y la lealtad de Guillem Ramón, el Gran Senescal, a quien

le prometió ayuda en su divorcio con Beatriz de Montcada a cambio de que disuadiera a los templarios de intervenir. Pocos dudan que el interés por Cataluña era el principio que regía sus pasos a la hora de presentarse como el marido ideal de la jovencísima heredera del Reino de Aragón (por entonces era una niña). Serio, exigente, apreciado por los cistercienses que buscaban tierras donde instalarse (las hallaron en Poblet y Santes Creus), inquieto, infatigable, buen guerrero, azuzaba a los funcionarios y a los hombres de su mesnada para que se esforzaran en evitar las peticiones de los vástagos de la nobleza, mientras cerraba los pactos que le darían la dignidad de rey, pero no el título.

Cataluña tuvo casi un rey, pero no fue un reino.

Pero ¿qué paso realmente? Recordémoslo.

El 11 de agosto de 1137, Ramón Berenguer IV contrajo esponsales con Petronila, hija de Ramiro II de Aragón y de Inés de Poitiers. Luego dejó los detalles en manos de los juristas de la corte con su amplio conocimiento de derecho romano.

El primer paso fue la redacción de un documento en el que Ramiro II de Aragón le concede a su hija como esposa, junto al Reino de Aragón, con la condición de que respete sus instituciones y reciba el homenaje y juramento de fidelidad de los barones. El documento finaliza con una apostilla donde se dice que Ramiro «será rey, señor y padre en dicho reino y en todos los condados de su futuro yerno hasta que le plazca». Dos semanas después se da un segundo paso al ajustar lo acordado con un *donativum* de Ramiro II por el que anula las cesiones que había hecho y se compromete a no hacer ninguna más sin su permiso. Ahora las cosas parecen claras.

En noviembre de 1137, Ramiro II regresa al monasterio para continuar su vida de monje; pero antes de hacerlo como el hombre sagaz que era escribe a sus súbditos que obedezcan al conde de Barcelona como si fuese rey, *tanquam regi*, ofreciendo una frágil pátina de legitimidad a la crudeza de un dominio feudal sobre la gente de Aragón. Hay que alcanzar el objetivo sin ofender a nadie. Y así ocurrió.

Tanquam regi, como un rey: la expresión se convirtió en la consigna de las minorías cultivadas que rodeaban a Ramón Berenguer IV. Durante los primeros años sirvió para alcanzar la posición de fuerza que permitió la

conquista de las tierras del Ebro prometida a los nobles. Es como si les dijera que tomaría la tierra como tomó esposa.

Ramón Berenguer IV está convencido de que las conquistas territoriales que tiene en mente, los reinos taifas de Lérida y Tortosa, serán suficientes para apaciguar a los levantiscos barones de Cataluña molestos por lo que consideran un gesto de sumisión del conde al linaje de los reyes de Aragón. Pero tiene un plan para mitigar el malestar nobiliario basado en dos ejes: induce a los campesinos a que formulen quejas sobre los maltratos de sus señores, que inmediatamente recogen los escribanos de la corte con detalle; exige a su curia que legitime las gestas militares con la teoría del Principado, al fin y al cabo, la reconquista integró en sus dominios el territorio de lo que hoy es la Cataluña Nueva.

El entramado legal se prepara mediante la reforma de los *Usatges*, una reliquia de la tradición goda. Primero se ajustó el articulado relativo a la autoridad del conde de Barcelona (números 71-75 y 91-95) cambiando el concepto potestad, de origen feudal, por el de príncipe, inspirado en el derecho romano. Luego se crearon nuevos artículos (números 63-66 y 69) sobre los derechos del conde de Barcelona en su nueva condición de príncipe, lo que en la práctica consiste en aplicar el espíritu de conquista a todo el territorio catalán.

En Cataluña, la necesidad crea la ley. Este es el riesgo de llevar el pactismo a sus últimas consecuencias. En apariencia, la razón es clara: durante quince años (1137-1152) el conde de Barcelona se había visto obligado a mostrarse «como rey» ante una nobleza acostumbrada a tratarlo como un igual. En muchos momentos se temió lo peor, una guerra civil: en esta ocasión no ocurrió, en otras sí; pero a Ramón Berenguer IV se le nota cansado de ese embrollo, sobreexcitado. Siente la necesidad de abrirse a otros horizontes; los busca como su padre entre los nobles de los Pirineos. Se fija en Bearn, con el tiempo se consigue que Guillem de Montcada, hijo del senescal, se case con María de Bearn, la heredera, colocando a un catalán en esta tierra famosa por ser la patria del ilustre cruzado Gastón IV.

Ramón Berenguer IV tiene motivos para engalanarse a la última moda. Se

presenta en público luciendo un blasón (fue de los primeros en hacerlo en Europa), de fondo de oro con cuatro palos de gules. Los artesanos crearon un sello para él, que se colgaba en los documentos de enjundia; algunos se han conservado pero deteriorados. Se le ve montado a caballo, agarrando con la mano derecha la lanza con pendón y con la izquierda un escudo en forma de almendra con las cuatro barras. Una imagen para sentirse orgulloso. Pero no sirvió para convencer a los catalanes de *pedra picada*: no era de los suyos, se le notaba demasiado el glamur de la madre, una gran dama de Provenza. Se mantuvieron en guardia, en abierta rebeldía, incluso en violenta sedición.

En 1162, cuando se marcha a Turín para encontrarse con el emperador Federico I, Ramón Berenguer IV «como rey» toma conciencia de su vida: desde su investidura como caballero, a los quince años, la necesidad ha orientado sus pasos con una firmeza por encima de las dificultades. Ha convertido el condado de Barcelona en la matriz de un territorio mayor, Cataluña, y lega a su hijo un país encajado en el Reino de Aragón. Y se pregunta si, como todo hombre a las puertas de la muerte, lo ha hecho bien. ¿Era eso lo que Cataluña necesitaba para intervenir con garantías en el concierto de los estados?

Una opinión solvente es la de Ramon d'Abadal, insigne historiador y distinguido prócer, que escribió con respecto a Ramón Berenguer IV y a su acción de gobierno: «El resultado final es un rey sin reino, y un principado sin príncipe. Una situación paradójica que refleja en parte el fallo histórico del Estado catalán».

Anotemos: durante los tres días de agosto que duró la agonía, Ramón Berenguer IV reconoce muchas cosas sobre su vida y su obra que en parte no responden a la conclusión sobre él que acabamos de leer. Primero, el día cuatro cuando otorgó verbalmente el testamento (lo que se llama un sacramental) ante sus amigos más cercanos el senescal Guillermo Ramón, Albert de Castellvell y Hugo de Cervelló, nombra heredero universal a su hijo Ramón (luego llamado Alfonso) de «todos sus honores de Aragón y de Barcelona» (sic). Es un dato que debemos subrayar. El conde no reconoce a su esposa, la *regina* Petronila, depositaria de los derechos sobre Aragón; es decir, consideraba que la cesión de su suegro implicaba la soberanía, no el usufructo. Es un dato que podría cambiar mucho la opinión sobre él y sobre

la unión con Aragón.

Hay que trabajar más este asunto. Es la historia que ya no se hace (o mejor, que se impide hacer con el irresponsable repliegue de los historiadores al gabinete de curiosidades locales, de mayor o menor interés). Eso había que decirlo. Es una parte fundamental del informe.

CAMINO DE CORBEIL

Entre 1162 y 1258 tres reyes de Aragón buscaron la manera de poner fin al vínculo de Cataluña con el Reino de Francia. Estos tres reyes fueron Alfonso, Pedro y Jaime, respectivamente hijo, nieto y bisnieto de Ramón Berenguer IV. Este proceso de desvinculación comienza con la creación de un Estado capaz de asociar la economía mercantil con la expansión militar y termina en la ciudad de Corbeil, cerca de París, con la firma de un acuerdo con el rey Luis IX de Francia. Sin duda el esfuerzo ilustra bien la conciencia de continuidad histórica, uno de los rasgos que mejor caracteriza la historia de Cataluña.

Los tres reyes fusionan los intereses de unos territorios distintos por su nivel económico y cultural, su lengua y sus valores, con el fin de crear una potencia mediterránea sobre el providencialismo político, ideal que propone un destino manifiesto a una sociedad que liga los intereses de nobles, burgueses y menestrales con los objetivos de la Corona. Para todos ellos, la vida adquiere el cariz de una historia cargada de sentido, una sucesión más o menos clara de acontecimientos, actitudes y obras artísticas.

Cataluña estaba dispuesta a convertirse en la potencia marítima que necesitaban los reyes siempre y cuando sus instituciones tuvieran el control de la política económica. La condición tenía que ver más con el carácter de la gente que con una teoría política. Era una suerte de epílogo a la tradición feudal forjada en tiempos de Borrell II. Solo muy tarde los reyes advirtieron el riesgo que supuso ceder el control de los asuntos marítimos a relevantes miembros del Consejo de Ciento: el tono de los desacuerdos subía en más de una ocasión, e incluso la rebeldía sobrepasaba la palabra en momentos muy concretos.

Alfonso, Pedro y Jaime ampararon en calidad de reyes de Aragón sus

objetivos dinásticos en el Mediterráneo, o bien promoviendo una cultura literaria con las grandes crónicas, expresión del providencialismo, o bien, aunque viene a ser lo mismo, facilitando la promoción de los funcionarios de la corte y de los burgueses, calificados de *ciutadans honrats* para distinguirlos de los dedicados al comercio detallista o al artesanado. En realidad, todo el mundo era consciente de que la política de los reyes cuarteaba el vasto contenedor en el que habían confluído los partidarios de un pacto para sostener la identidad del pueblo catalán: nobles, burgueses y campesinos.

Cabe preguntar: ¿a quién benefició la política de los reyes? Más que a nadie, a los sectores sociales que apostaron por el mundo de los horizontes abiertos, burgueses que decoraron sus casas con escenas caballerescas como vemos en unas pinturas conservadas en la calle Basea de Barcelona. Era la oportunidad ofrecida por la historia y que no se podía dejar de lado.

En suma: ¿lo revolucionario en este siglo fue la política de estos tres reyes? Sí.

El negocio y la expansión militar forman una misma trama de intereses. Se aprueban decretos proteccionistas y se usan los navíos de guerra y la diplomacia para apoyar las empresas comerciales. Sin embargo, no fue suficiente esa munificencia para apaciguar el espíritu de rebeldía que exigía más libertades, entiéndase, más privilegios.

Los habitantes de las ciudades sucumben, por contagio, al rasgo de un país que insiste en querer ser rural; se doblegan a una nobleza que vive a expensas de campesinos sujetos a la *remensa*. Se amilanan ante el peso de las costumbres. Como otros burgueses, el cronista Bernat Desclot muestra la tristeza al ver a la gente de bien rebelarse contra las medidas que estaban enriqueciéndolos a todos y se pregunta por las consecuencias de esa actitud en el porvenir de Cataluña.

He aquí la respuesta que siglos más tarde le dará Roberto S. López, un historiador de la Universidad de Yale, maestro de generaciones de estudiosos, que en relación con esa actitud describe que en Cataluña «Ist ports were but the gilt façade of a building of clay» («sus puertos eran la fachada de mármol de un edificio de barro»).

Acabo de citar la repuesta de López a la pregunta realizada a finales del

siglo XIII por el cronista Desclot, pero podría haber elegido otras; la última es de David Abulafia en *El Gran Mar*: «A la misma velocidad que la red comercial de los catalanes se extendía por el Mediterráneo, amenazaba igual de rápido con hacerse pedazos».

Separar Cataluña de la economía mercantil supondría una tragedia. Las ciudades son civilización. Y en esa época todas las grandes urbes del Mediterráneo eran estructuras compuestas no solo de un mercado comercial, de un rico artesanado, o de centros de finanzas, sino también lugares donde se experimentaba el arte y la cultura. Todo el estilo de vida catalán dependía del porvenir de las urbes y el pulso económico de ciudades como Barcelona. Es algo que deberíamos saber. No podemos hacer caso omiso a la tensión que siempre existió entre la fachada marítima y la Cataluña interior. Desde luego los tres reyes de ese siglo lo entendieron bien y emplearon sus recursos para evitarlo. A veces lo consiguieron, otras no.

El primer rey de Aragón que fue soberano de Cataluña se llamó Alfonso, al que se insiste en calificar de el Casto, epíteto que le puso un cronista del siglo XIV; aquí le diré el Trovador, como hacía Riquer: epíteto que le otorga su parentesco con Guillermo IX duque de Aquitania, el primer trovador (era su bisabuelo materno) y los poemas que escribió. Al verlo con ese calificativo lo entenderemos mejor como persona y como rey. Si destacaba tanto, era por su inteligencia política, su firmeza de carácter, y aún más por su descaro a la hora de litigar con trovadores como Guillem de Bergadá, un catalán de pies a cabeza.

Alfonso fue un hombre con suerte. El matrimonio con Sancha, hija de Alfonso VII, lo prueba. Un buen matrimonio para él y para sus territorios. ¿Acaso no se recibió a Sancha con la generosidad exigida por la cultura cortés? Baste atender el esponsalicio (regalo de bodas) que se le hizo por parte de su regio marido, donde recibe una serie de propiedades acordes a la dignidad de una reina. A Alfonso se le ve feliz, al fin y al cabo ese matrimonio sigue la estrategia iniciada por su abuelo Ramón Berenguer III al casar a su hija Berenguela con Alfonso VII, convertido ahora en su suegro. Las vueltas que da la vida.

Cataluña entró en el medio político Plantagenet desde el instante que

Ramón Berenguer IV puso a su hijo bajo la tutela de Enrique II, rey de Inglaterra. Una decisión de *Realpolitik*, pues si se quería desvincular del Reino de Francia lo mejor era aliarse con su mayor adversario. Fue fácil. Petronila era prima hermana de Leonor de Aquitania, esposa de Enrique II. Se trata por tanto de un asunto de familia. La conexión dinástica resultó lo suficientemente fuerte para que el padre de Sancha viera cumplido su sueño de que uno de sus nietos, en concreto Alfonso VIII (hijo de Sancho III de Castilla) se casara con Leonor de Inglaterra, hija de Enrique II y Leonor. Lo interesante de esa boda es que el documento que da fe de ella se conservó en el archivo personal de Alfonso el Trovador, que había acudido a la ceremonia como representante de su padrino, el padre de la novia.

La historia política del reinado de Alfonso, de 1162 a 1196, se podría definir mediante la frase de un poeta de la época que dijo: «Hoy en España todos los reyes parientes son».

Dada la personalidad de Alfonso, un conocimiento de su ideal político ofrece una perspectiva más amplia sobre la Cataluña que busca el encaje en el Reino de Aragón y una evaluación de cómo las decisiones políticas y la vida social estaban condicionadas por los valores de la cultura cortés. El apoyo a los modernos en vez de a los antiguos sigue las pautas de la *fin'amor* y el servicio a la dama, de la guerra y del deporte de alta competición expresado en las justas y los torneos; pero también las pautas de la moral cisterciense y de las doctrinas cátaras. Sin olvidar el interés que le despertó el *Jaufré*, una novela en provenzal de tema artúrico de un autor anónimo a la altura de las que se escribieron en francés por Chrétien de Troyes o en alemán por Wolfram von Eschenbach, las joyas literarias de esos años en Europa.

Alfonso abandona la idea del principado grata a su padre y utiliza en los documentos de la Cancillería los títulos de rey de Aragón, conde de Barcelona y marqués de Provenza. Es su marca. Nadie más los empleará juntos.

Recorre a la institución de paz y tregua para hacer viable lo deseado en la corte y en la ciudad de Barcelona: consolidar el trono. Las frases contra la violencia feudal se completan con argumentos a favor de la cohesión de las tierras desde Salses hasta Lérida y Tortosa en torno a un rey. Esa idea política llevó al deán de la catedral Ramón de Caldas a reunir las pruebas documentales del dominio del rey sobre los nobles feudales. El éxito de este trabajo se aprecia en lo que en su tiempo se llamó *Liber domini regis*, el libro

del señor rey, y hoy *Liber Feudorum Maior*, el libro grande de los feudos. En este códice de bellas miniaturas se reunieron las pruebas sobre los *arcana imperii*, los misterios del poder, de un hombre que le gustaba escuchar los relatos sobre el pasado y el trasfondo histórico de sus ancestros. Transformó la memoria de los feudales en el mapa mental de la cultura cortesana.

Las imágenes del rey en el trono recibiendo el vasallaje de unos nobles feudales son útiles para deslegitimar las algaradas contra la creación de un Estado en Cataluña vinculado al Reino de Aragón. Tres motivos explican el hecho de que el poder real asome bajo su forma profana en la corte de Alfonso.

La primera razón es la precoz madurez del recurso al *iudicium*, la nueva forma de justicia basada en la indagación; al cabo, una forma moderna del saber opuesta a la antigua práctica de la ordalía. Aparece la figura del procurador que en nombre del rey delimita el delito y también la infracción sobre la que se exige reparación.

La segunda razón radica en una fiscalidad realizada por funcionarios altamente instruidos. Escribe Bisson que la estudió: «Los contables del rey se reunían con los administradores a fin de fijar los saldos en curso del debe y el haber, y los asientos se registraban en largos rollos en pergamino». Se podría decir en consecuencia que el dinero y la fiscalidad fabricaron el Estado; pero también, siguiendo las pautas descritas en el *Diálogo del Exchequer* por Richard FitzNeal, que el Estado impulsó el movimiento del dinero en los mercados y contribuyó a la consolidación de la fiscalidad. Dinero, fiscalidad y Estado son a la vez motores e indicadores, muestran el camino de una construcción social, y también sus consecuencias.

La tercera razón fue la creación de registros fiscales donde se anotaban los resultados de las auditorias que eran motivo de litigios judiciales o simplemente de revueltas de los nobles afectados. Así pues, en el ordenamiento hacendístico existe la necesidad de sancionar y fue la competencia sobre la sanción la que terminó por dar nombre al país. En un documento se anota Catalonia, como el nombre de una tierra sometida al control fiscal del rey, una tierra distinta de otras sobre las que también tiene soberanía, Aragón o Provenza.

El reinado de Alfonso fue una experiencia decisiva en el sistema de

delegación del poder, clave del pactismo. Tras su muerte en 1196 fue necesario renovar el pacto entre el rey y Cataluña. Prueba de ello es que Pedro el Católico advierte la necesidad apenas dos años después, en 1198, cuando reunió una asamblea de paz y tregua para *toda Cataluña*, sustituyendo la fórmula empleada habitualmente de «toda la tierra desde Salses hasta Lérida». En esa misma reunión se trazó una hoja de ruta para desligar Cataluña del Reino de Francia, aunque ese objetivo se complicó cuando se produjo la cruzada contra los cátaros auspiciada por el papa Inocencio III con el apoyo del rey Luis VIII de Francia.

Pedro el Católico se toma una pausa; acude con tiempo por delante y una buena mesnada a la llamada de su primo Alfonso VIII de Castilla. Es el momento de cabalgar juntos al encuentro de los almohades que les esperaban en un lugar llamado Las Navas de Tolosa. Allí en 1212 se produjo una importante batalla campal. No se sabe qué es lo que hay que admirar más en ella: el dominio táctico o el modo que tuvieron los reyes allí reunidos (también acudió Sancho de Navarra) de desenvolverse en una situación imposible.

El siglo XIII se definió por tres batallas que se sucedieron en menos de tres años. La primera fue precisamente la de Las Navas de Tolosa, que cambió por completo la historia en la península Ibérica; la segunda ocurrió un año después, cuando Pedro llegó a un lugar del Pirineo llamado Muret para hacer frente a un ejército cruzado al mando de Simón de Montfort; la tercera, casi inmediatamente a continuación, cuando el rey de Francia Felipe Augusto se lo jugó todo (el trono y la dignidad) en la batalla de Bouvines el domingo 27 de julio de 1214.

Más que en Las Navas, que fue un episodio de paso, y más que en Bouvines, de la que no oyó hablar, pues para entonces ya estaba muerto, es en Muret donde Pedro el Católico, desbordado por los acontecimientos, entendió el sentido de la historia. El jueves 12 de septiembre de 1213 quedó medido y fechado para siempre en la memoria del pueblo catalán. Su rey muerto, su causa perdida. Pero ¿por qué este aciago destino? La respuesta no es sencilla, y aquí viene el debate. La tempestad política se produjo al día siguiente, y no ha cesado desde entonces, las quejas se desataron, y el pueblo catalán exigió

saber quién fue el culpable, ya que perdura en su subconsciente la idea de aquel tiempo de que una batalla campal expresa de algún modo la voluntad de Dios. Del estado de confusión se pasa al temblor por un pasado que no se entiende. Un repaso puede aclarar un poco el asunto.

Pedro el Católico tenía dos opciones ante el desafío cátaro. Primera, incorporarse a la cruzada promovida por el Papa e imponer su dominio sobre los señores feudales. Segunda, ayudar al conde de Toulouse, su vasallo (y cuñado: está casado con su hermana Leonor), apoyándole contra Francia y ponerse de su lado en el enojoso asunto cátaro. Difícil encrucijada. Las dos opciones tenían un pésimo final: con la primera le daría la espalda a sus hermanas, a sus amigos, a sus afines, a sus sentimientos; con la segunda ponía en peligro su reino.

¿Qué decisión tomó? Aquí entra el agente humano, la personalidad y el peso de los acontecimientos. En suma, la contingencia que aparece en momentos cruciales. Pedro el Católico se deja llevar por sus emociones, por la hoja de ruta trazada para sacar a Cataluña del vínculo con el Reino de Francia. Hay algo de erótico en el homenaje feudal, en la fidelidad feudal, que él siente por el conde de Toulouse, el esposo de su hermana, que escapa a cualquier devoción por la Iglesia de Roma. Todos los nobles de los Pirineos se arremolinan para detener la invasión francesa. La cruzada es un juego político del papa Inocencio III, no tiene nada que ver con la fe religiosa. El eros feudal pesa más que las llamadas de los cistercienses al orden eclesiástico.

La relación entre Pedro y los cátaros en los meses previos a la batalla de Muret es un fetiche lleno de tópicos desde que se narró en la *Cançó de la Croada albigesa*; pero, en su gesto de sacrificar la vida y el porvenir de su reino (de *folla aventura* la calificó Enric Bagué) hay un elemento luminoso en la memoria social de Cataluña. Pedro es vencido. Sin grandeza alguna. Y, de golpe, todo queda claro: la desvinculación de Cataluña del Reino de Francia deberá esperar otro momento, otra ocasión. Solo queda comprender la derrota como un elemento más de la identidad colectiva de Cataluña. Durante años se analizarán las causas, procurando que se note poco el error político del rey, viendo Muret como un recuerdo honorable que permite encubrir lo que Ramon d'Abadal llamó «el fallo histórico del Estado catalán».

¿Qué temieron los catalanes tras la batalla de Muret? En los días siguientes a la más dura derrota de Cataluña hasta ese momento (luego llegarían otras, incluso peores) los ciudadanos honrados de Barcelona y los funcionarios de la corte se dieron cuenta del riesgo que había supuesto para la economía la hoja de ruta que llevó a Pedro a apoyar la causa cátara. La reforma fiscal de Alfonso se desmoronó por las deudas contraídas por el país al entrar en una guerra sin ninguna posibilidad de triunfo. El fracaso reveló la situación de una Cataluña dividida en dos grupos enfrentados: los convencidos de que el país era patrimonio exclusivo de ellos, pues así lo había sido desde que se alejó del Imperio carolingio a finales del siglo x, y los que reivindicaban entrar en el espacio económico del Mediterráneo invirtiendo sus propios capitales en el comercio marítimo.

Cuando los nobles proclaman su total libertad al regreso de la campaña de Muret, piensan ante todo en su rechazo a dejar el futuro de Cataluña a los actos, gestos y decisiones de los reyes de Aragón; contra el poder de la corte reivindican el derecho a rebelarse cuando quieran y donde quieran, con el apoyo de las costumbres de la tierra. El resultado fue una época de irritantes broncas; de anarquía Soldevila *dixit*.

Vista desde esta perspectiva, durante la minoría de edad de Jaime I (que vive en Monzón con los templarios junto a su primo Ramón Berenguer V, conde de Provenza) aparece la primera manifestación de una rebelión de los catalanes contra un rey en defensa de sus libertades. Gesto acorde al espíritu de la época. Mientras que en Inglaterra los barones reunidos en los prados de Runnymede exigieron al rey Juan sin Tierra la firma de una Carta Magna, en Cataluña se recurrió al modelo de las asambleas de paz y tregua para llegar a un pacto entre los nobles y el representante del rey, Sancho de Aragón, tío abuelo de Jaime. ¿Era una buena solución?

Escribe Vicens Vives: «Mediante una *constitución de paz y tregua*, y con el fin de devolver a la tierra la paz y el orden, los catalanes no solamente aceptaron la delegación de poderes de Jaime I a su tío [abuelo], autorizado por la Iglesia, sino que, además, establecieron la base legal del sistema de delegación al acordar la institución de vicarios (o delegados) del procurador, en las principales comarcas, con la única condición de ser catalanes y conservar efectivamente la paz en sus distritos jurisdiccionales».

Así. Tras la derrota de Muret, Cataluña vio peligrar el pactismo, la procuración y el mantenimiento de la paz.

Las tres cosas *a la vez*.

Jaime I el Conquistador, rey caballero. Muy célebre. Pero cabe la pregunta: ¿qué función desempeña un *conquistador* en el siglo XIII? La respuesta no puede ser otra: legitimar la soberanía alcanzada en la guerra de conquista. Eso es todo. El heroísmo de Jaime se ve admirablemente *descrito* por él mismo en una suerte de autobiografía (o adornado por sus cortesanos) transcrita al catalán con el título *Llibre dels feyts*; para luego pasarlo a cronistas, poetas, historiadores, dramaturgos, desde la exaltación romántica hasta la versión actual que destila vulgaridad, además de ignorancia. ¿Quién fue en realidad este rey que mantuvo una relación especial con Cataluña? ¿Un héroe, un villano? ¿Ambas cosas a la vez? Su política resulta decisiva; hay un antes y un después, ya que fue él quien firmó el Tratado de Corbeil que puso fin al vínculo con el Reino de Francia. ¿Qué decir de él?

Resonaban aún las riñas entre los barones catalanes el día que Jaime I fue declarado mayor de edad en las Cortes de Lérida, septiembre de 1218. Se pasa así de un conflicto político a un plan monárquico vía culpabilidad de los que fracasan en Muret. Jaime era el elegido para canalizar el instinto agresivo de un pueblo con ganas de revancha: un rey, regalo de Dios según sus mentores, los caballeros templarios, que escruta planes de conquista en las lontananzas marinas, en las tierras del bajo Ebro o en las huertas floridas del valle del Turia, tal vez la mejor manera de consolidar el trono.

El primer objetivo era Mallorca, siguiendo la estela de su tatarabuelo Ramón Berenguer III que zarpó con ayuda de los pisanos. Jaime I lo haría con sus propios barcos. Al armador Pere Martell, en cuya casa se urdió el plan, le pareció una empresa rentable. El rey, sabiendo que su decisión sería anotada por los escribanos, fijó el momento de cumplirla. La política basada en las gestas militares es paradójica, está hecha de pactos con hombres de negocios que avanzan dinero, confiando en los beneficios.

En mayo de 1229, una flota de ciento cincuenta naves salió de Salou

rumbo a Madina Mayurqa, que tras la conquista fue llamada ciudad de Mallorca, actual Palma. Jaime I premió a sus colaboradores con el habitual reparto de tierras: los contentó porque tenía otros planes a la vista. Huelga decir que consideraba indiscutible su derecho de intrusión en su área de influencia. Apenas dos años después de la toma de Mallorca, recibía de manos del noble aragonés Blasco de Alagón la ciudad de Morella, un gesto clarificador de la disposición de Jaime I de emprender acciones militares contra Valencia, un reino musulmán en ese momento bajo dominio de los almohades. Sus hazañas reflejadas en las pinturas del castillo de Alcañiz se juzgan hoy propias de una actitud colonialista, aunque en verdad responden por entero a la *Realpolitik* del siglo XIII; pues en cierto modo su campaña no es muy diferente a la realizada por su suegro Andrés II de Hungría contra Egipto en alianza con el papa Honorio III, sumido en la difícil decisión de entregar Aviñón al rey de Francia que combatía a los cátaros. En paralelo, y para obtener el apoyo de los ciudadanos honrados, Jaime I promulgó un privilegio, una verdadera carta de navegación, que convirtió a Barcelona en el puerto comercial de la Corona.

El privilegio del 17 de abril de 1249 es un ejemplo de la instrucción de un rey que espera beneficiarse con el trabajo y el talento de su pueblo mediante aranceles y monopolios sobre el aceite de oliva y el trigo. Sin embargo, el efecto social de esa medida fue más allá. Hizo posible una ciudad cosmopolita inserta en las redes del comercio internacional donde se instalaron mercaderes de países lejanos.

Jaime I creó una Cancillería estable para su Estado, que instaló en Barcelona, los funcionarios entroncaron con los círculos familiares de los ciudadanos honrados, anticipando así la formación del patriciado urbano. Unas treinta familias diversifican sus inversiones, pues de ellas salen los socios que ponen el capital en el comercio de ultramar; también los hacendados agrícolas de las tierras cercanas a la ciudad, los propietarios de molinos o los dueños de los bancos. Tienen un estilo de vida nobiliario, construyen hermosas casas de piedra cerca de la corte; se interesan por el arte, algunos son doctores en medicina, otros en derecho. Todos cerca del rey, aceptan cargos de tesorero o administrador general. Para ellos vivir en una ciudad significa comodidad y lujo; lo que no podían decir los inmigrantes, que acudían de las tierras del interior de Cataluña y se

encontraban ante la dura carrera de la promoción social que permitía el dinero o los cargos públicos. El desarraigo era habitual entre ellos aunque a veces se paliaba con instituciones caritativas de los mendicantes, franciscanos y dominicos; lo mismo que los roperos sociales de las parroquias, en Santa María del Pino hubo una mesa para pobres vergonzantes.

El privilegio de 1249 también transformó en Barcelona esa ciudad dentro de la ciudad que es la Ribera, que pronto contará con su propia catedral, la Catedral del Mar. En 1258 se promulgó una ordenanza real en la que Font Rius ve el origen del código marítimo, *Llibre del Consolat de mar*.

Jaime I apostó por la burguesía barcelonesa, y ganó.

El 13 de mayo de 1258, en la localidad de Corbeil, cerca de París, los delegados de un convencido Jaime I firmaron el acta por la que se ponía fin a los vínculos de vasallaje con el Reino de Francia por los condados de Ampurias, Barcelona, Besalú, Cerdaña, Conflent, Gerona, Osona, Rosellón y Urgel a cambio de ceder los derechos todavía conservados (más en teoría que en otra cosa) sobre la red de territorios en los que antaño había señoreado su linaje: Quercy, Narbona, Albi, Rasés, Carcasona, Béziers, Termes y Menerbés, además de Agde y Nimes, junto a Provenza, que pasaba a Margarita, la esposa de Luis. Para completar el hecho, renunció a los castillos defensivos que habían sido de los señores feudales afines a los cátaros: Quéribus, Puilaurens, Fenollet pasaron a la soberanía de Francia y se convirtieron en fortalezas contra las últimas resistencias cátaras de la región.

Ese fue el precio pagado por Jaime I para liberarse de la tutela francesa. No se lo han perdonado. Muchos lamentan que con esa decisión se pusiera fin a la aspiración de crear el Imperio occitano: fue su *epitafio* dijo Soldevila. Un mal paso porque le lleva a integrarse en el proyecto común hispánico de expansión territorial con la frontera del Júcar como meta final. Sin embargo, interpretar ese episodio solo mediante la geopolítica, no ver en él más que un documento utilizable para un debate sobre la esencia de Cataluña, sería pensarlo de un modo superficial, comprenderlo mal.

Con el Tratado de Corbeil, Jaime I trata de subsanar los errores de su padre que habían castigado duramente a los catalanes. Toda decisión histórica es una apuesta personal; pero una apuesta que no se encierra en su subjetividad por mucho que así lo haga ver en su autobiografía, que se atiene a otros

juicios, tiende a ser reconocida, aspira a ser objetiva. En la conciencia colectiva de los catalanes del siglo XIII, este acuerdo es el triunfo del sentido común sobre el arrebatado pasional. Fue por tanto el camino que debía recorrer un rey que deseara el desarrollo económico y la integración de Cataluña en las redes del comercio internacional. Este reconocimiento hace que la historia política de 1258 en adelante adopte el tono *humano* que tanto gustó en el campo de la literatura.

En esos años se vio con frecuencia cerca de los ideales de rey a un trovador conocido como Cerverí de Girona, vale decir Guillem de Cervera. Cuando medita sobre el porvenir del pueblo catalán, *su* pueblo, elabora unos *Proverbis* para orientarlo. Así, en el duodécimo (de los mil ciento noventa y siete cuartetos que consta la obra) escribe:

*Fills, per vosaltres dic
aquestes paraules planament,
perquè voldria que fóssiu rics
de saber i de seny.*

Ricos de saber y sentido común: es un buen deseo.

Mantenerse tranquilo en medio de las tempestades es lo que propone el poeta tras conocer los efectos del Tratado de Corbeil en Cataluña. Lo importante es estar atento al porvenir que muestra su rostro más enigmático. Hay demasiadas ideas y pocas son buenas, la sociedad se enfervoriza al tener noticias de lo que sucede en el mundo, sobre todo en el más próximo, el Mediterráneo. Carlos de Anjou, hermano menor del rey de Francia, es el señor de ese espacio político. Máxima alerta.

Jaime I adopta una actitud prudente. ¡Al Conquistador le entra el *seny* al final de la vida! Es consciente de que en la política internacional las osadías cuestan caro. No se quiere jugar el futuro de sus reinos. Tomada esta decisión prepara a sus tropas para una última conquista, el Reino musulmán de Murcia. Toman la capital el 2 de febrero de 1266, y de inmediato tiene lugar la brutal decisión del rey, una soberbia muestra de *Realpolitik*, entregar Murcia a su yerno Alfonso X, rey de Castilla, a quien le pertenecía por derecho en virtud del Tratado de Almizra. Luego, como ha ocurrido tantas veces con otros grandes dignatarios, antes y después, Jaime I se interesa en

dar un significado a la larga y sinuosa trayectoria de sus conquistas y ante todo en justificar sus opciones personales. Está, pues, presente en todo lo que se le quiera comentar, incluida la situación en Italia tras la muerte de Conradino en la plaza del mercado de Nápoles a manos del verdugo.

Los hombres que rodeaban al infante Pedro (futuro rey Pedro el Grande) y a Constanza, reina de Sicilia, llevaban algún tiempo percibiendo el giro que se había producido en la política internacional con la llegada al gran escenario italiano de Carlos de Anjou, motivo por el cual analizaban en la corte las razones históricas y las inmediatamente políticas de tal cambio, tratando de explicar lo sucedido al rey Jaime I. Pero el cambio había comenzado antes de la ascensión meteórica de Carlos de Anjou. En ese sentido, la vigencia del conflicto entre güelfos, partidarios del Papa, y gibelinos, partidarios del emperador, resulta relevante ya que ponía de relieve la cuestión central de todo el drama, una cuestión destinada a reproducirse en Cataluña a lo largo de su historia, a saber, que para sus líderes la forma de encaje del país en un Estado coincide con la situación del momento, sobre todo para aquellos que viven ajenos al sentimiento unionista con Aragón. Una apreciación de la realidad catalana que se hizo más indigesta con el paso del tiempo. Si no estaban seguros de querer formar parte de una potencia mediterránea, con más motivos sentían reparos en entrar en ese conflicto que les era ajeno, salvo que se replanteara el marco político para Cataluña.

SEGUNDA PARTE

En la Corona de Aragón
(1258-1714)

Cataluña inicia el periodo de su historia en el que forma parte de la Corona de Aragón con un éxito diplomático, la firma del Tratado de Corbeil con Francia el 11 de mayo de 1258, y lo clausura con una grave crisis política, la caída de Barcelona el 11 de septiembre de 1714. Cinco siglos de lucha por consolidar la identidad colectiva frente a lo que una parte importante del pueblo catalán creía que eran las conjuras de los enemigos de sus leyes, sus tradiciones y su libertad. Por eso la cuestión nacional catalana es más compleja que en otros lugares de Europa, y en todo caso es distinta.

¿Por qué Corona de Aragón? En apariencia la razón es clara: desde mediados del siglo XIII se gestó un sistema de articulación territorial por parte de los reyes de Aragón en su calidad de condes de Barcelona, y luego de reyes de Mallorca, Valencia, Sicilia, Cerdeña y Nápoles, que fue designado en los textos de la Cancillería Real con la expresión en latín *Corona Aragonum* para distinguirlo del Reino de Aragón, pues la soberanía del rey no solo se ejercía sobre ese reino, también sobre otros muchos reinos y territorios, incluido el Principado de Cataluña.

Sí, eso parece claro, pero exactamente ¿qué es? No basta señalar la originalidad de un sistema de organización territorial auspiciado por unos reyes con olfato político, hay que reevaluar su historia para evitar errores en su definición tipo «confederación catalanoaragonesa», marco político que existió tan solo en la fantasía de los próceres decimonónicos, como Antonio de Bofarull, sensibilizados con la guerra civil estadounidense entre los unionistas del norte y los confederados del sur.

Tres son los periodos que prueban, más allá de toda duda razonable, el objetivo de los reyes de Aragón de crear ese marco político unido, manteniendo la separación institucional de cada territorio, que así tendría su

propias Cortes y sus propias estructuras de gobierno, en Cataluña simbolizadas en la Diputación del General, la Generalidad. Primer periodo (1258-1412), leído a menudo como una decadencia económica de larga duración, protagonizado por reyes que hicieron frente a los grandes cambios de la Baja Edad Media. Segundo periodo (1412-1516), el siglo de los Trastámaras, elegidos en Caspe para continuar la política pactista, aunque su coronación sirvió de pretexto para acentuar los conflictos sociales y provocar una guerra civil entre la Generalidad y el rey. Tercer periodo (1516-1714), era de los Habsburgo definida por la resistencia a los planes de la dinastía de crear la Monarquía Universal, la España imperial que decía John H. Elliott.

Veremos así una historia unas veces exaltada, otras trémula, a menudo sombría, siempre muy ancha, cómo se afianzan las dos piezas que los catalanes reclamaron para asumir su parte de responsabilidad en la gobernanza de la Corona de Aragón: control de los reyes por la Generalidad y respeto a las costumbres catalanas. Ambas cosas se garantizaron públicamente de Carlos V a Felipe IV, en las Cortes, que aseguraron ser sensibles al hecho catalán; vamos, que aceptaron las condiciones.

Esas condiciones ponen de relieve que en el corazón de la sociedad catalana se encuentra la rebeldía como una actitud ante la vida. Cabe preguntarse si la rebeldía, sin un fundamento político, sin un gesto o una práctica concreta, tiene incidencia en la sociedad. Los escritores catalanes, incluso cuando escribían en provenzal como el trovador Guillem de Bergadà, parecían considerar que la rebeldía es un atributo del pueblo catalán. Por ejemplo, el refinado cronista Ramón Muntaner a comienzos del siglo XIV opina que fueron los reyes de Aragón quienes establecieron esa mentalidad entre los catalanes al mostrar su ambigüedad en el ámbito de la economía sociopolítica para poner coto a las disputas y los conflictos. También opina que el uso de la rebeldía aquietaba necesidades emocionales. Imagina, por ejemplo, la situación de los líderes de los almogávares en sus campañas en Grecia. Aunque estaban rodeados de un ambiente agradable, con triunfos importantes, en más de una ocasión expresaron sentimientos de frustración e insatisfacción que les llevaron a la venganza sobre sus adversarios: ¡la venganza catalana! Por eso yo digo que la rebeldía es una actitud latente, a la espera de que las circunstancias históricas la transformen en una rebelión o en una guerra.

Puede que sea cierto que, en todas las sociedades, las señas de identidad de un pueblo constituyen un motivo de conflicto con quienes no participan de ellas. En el caso de Cataluña, entre 1258 y 1714, cabe destacar el hecho de que ese rasgo de conducta propenso a la rebeldía se expresa de forma explícita en el arte y la literatura.

UNA HISTORIA ENTRE OTRAS HISTORIAS

En el transcurso de los ciento cincuenta y cuatro años que separan el Tratado de Corbeil (1258) del Compromiso de Caspe (1412), el pueblo catalán consolida su identidad en medio de historias que no son la suya pero que tienen de protagonistas a sus reyes. En diversas ocasiones, más de lo habitual, se mostraba dividido ante la acumulación de poder de los reyes, sin pensar que el florecimiento cultural de su país era posible gracias a ellos. Mientras un bloque fue flexible y se adaptó a los cambios en el sentir y las actitudes hacia la vida, el otro expresó el desencanto preguntándose en qué beneficiaba la política de los reyes de Aragón al hecho catalán.

Esos ciento cincuenta y cuatro años fueron tiempos de prueba ante el gran problema de la historia: el valor del cambio, a veces sepultado bajo los escombros de la disidencia, en el impulso visceral de aquellos que se mostraron siempre contrarios a las decisiones emanadas de la Corte.

El cambio más radical fue morfológico, es decir, el que incidió sobre la organización territorial.

Entendámonos: en los tiempos en que se firmaba el Tratado de Corbeil se definían sus fronteras en el norte y en el sur, aunque todavía se viera el país como un mosaico de condados y ciudades; mientras que en los tiempos de Caspe es un principado con costumbres asentadas en una sociedad consciente del pasado y atenta al futuro. Lo que en 1258 era el sueño político de Jaime I, en 1412 es la realidad de un pueblo que ha instituido un estilo de vida reflejado en la literatura en catalán, en el arte gótico, en la producción artesanal, en el gusto por el lujo y en el interés por el dinero como instrumento del poder y motor de la promoción social, cuya existencia enriqueció a quienes aprendieron las técnicas financieras de los hombres de negocios del Piamonte o la Toscana.

Llamar decadencia a este periodo de la historia de Cataluña es un prejuicio

hoy insostenible ya que, desde cualquier punto de vista, este siglo y medio fue una era de creatividad cultural pocas veces vista antes y después; la talla de sus escritores y artistas exige reevaluar a fondo lo dicho sobre esta época. En todo caso, ya que el poder de los reyes es el gran tema de debate desde que lo planteó Vicens Vives con la figura de los catalanes y el minotauro, conviene decir que los cambios en las relaciones de poder fueron profundos en estos ciento cincuenta y cuatro años.

Hacia 1258, el poder real se encuentra en el entorno áulico de Jaime I. Eso significa la aceptación por parte de los nobles, ciudadanos honrados y el resto de los grupos sociales de las decisiones emanadas de la Cancillería, que hizo posible un refinado sistema de registro documental. En relación con la riqueza había que estar cerca de los deseos del rey, fueran campañas militares o empresas comerciales. El lucro dependía de ello, expediciones de rapiña, por tierra o por mar (fletar naves corsarias era un buen negocio), acuerdos diplomáticos y fomento de intercambios. Ciento cincuenta y cuatro años después, en 1412, el Estado en Cataluña se asienta en el armazón administrativo de la Diputación del General, la Generalidad; hay una tendencia a favor de la libertad en el seno de las instituciones representativas, el Consejo de Ciento en primer término.

Así, entre 1258 y 1412 todo cambió a gran velocidad y Cataluña estuvo dominada por un deseo de cambio que fraguó su identidad. Algo equivalente a lo sucedido entre 1868 y 2017 con respecto a la afirmación de un sentimiento nacional desde el catalanismo político que se consolidó en la resistencia a Franco.

Me limitaré a seguir aquí el rastro de aquella época histórica sin recurrir al psicodrama de la crisis económica del que abusaron los historiadores de los años cincuenta (y sus epígonos hoy): hay que establecer una narrativa sin prejuicios ateniéndose al momento histórico que no fue fácil para nadie, pero que resultó decisivo para Cataluña.

Visto en perspectiva, todo fue muy auténtico porque estaba en juego la identidad colectiva catalana: auténticos reyes en la toma de decisiones políticas (o bastante auténticos, no importa si erraron en sus actos); dificultades económicas auténticas (más por la necesidad de ajustar la agricultura a las exigencias del mercado que por un agotamiento de las tierras: escasearon los cereales, es verdad, pero porque se cultivó azafrán); violencia auténtica, ¿se puede dudar en medio de pogromos y revueltas

remensas? Pero, por otra parte, resultaba difícil creer que la rebeldía se convertiría en una revolución. Había nervios pero también miedo.

Estos ciento cincuenta y cuatro años son decisivos para Cataluña; sin ellos nada sería igual. Es posible incluso que ni existiera Cataluña como es en la actualidad: orgullosa de su identidad. De ahí que haga un breve repaso de sus hitos más polémicos tratándome de alejar de la dispepsia de los manuales escolares. Lo primero a tener presente es que en esos ciento cincuenta y cuatro años Cataluña hará su historia en medio de otras historias.

En los últimos años de vida, Jaime I se dedicó a pensar en su papel en la creación de la Corona de Aragón al redactar una obra personal sobre el peso de los *feys* (hazañas) en la vida política. Fue una acción necesaria. Se preocupa por la herencia consciente de que él no había cambiado el mundo, pero sí que el mundo había cambiado para él. Se siente responsable ante sus hijos y ante la historia. Resulta difícil entenderle. Es un rey del siglo XIII que reclama su ración de ilusión a la hora de hacer testamento. Su decisión es polémica, todavía hoy: al hijo primogénito, Pedro el Grande, le dio el Reino de Aragón, el de Valencia y, en calidad de conde de Barcelona, Cataluña; al segundo, Jaime, el Reino de Mallorca, los condados de Rosellón y la Cerdaña, y Montpellier. Lo hizo siguiendo las viejas costumbres, división patrimonial y un buen consejo.

Sin embargo, el 27 de julio de 1276, el día que falleció en Alcira, no presagió el futuro que se abría en Cataluña con el nuevo rey, al fin y al cabo medio húngaro por su madre, entregado a la causa de su esposa Constanza, una dama de Sicilia del linaje de los Hohenstaufen: en tal situación cabe considerar que las *otras historias* del rey supusieron una seria dificultad de entendimiento con los catalanes. Así fue.

El hecho histórico llamado Vísperas sicilianas, que en el siglo XIX Verdi subió a los escenarios operísticos y en el XX Steven Runciman convirtió en un referente historiográfico, se sitúa en dos contextos: el de la asonada del pueblo de Palermo el 30 de marzo de 1282 que culminó ese día, a las seis de la tarde, la hora de las Vísperas; y el de la historia de la lucha de Carlos de

Anjou contra los Hohenstaufen, un episodio de la guerra por el control del Mediterráneo donde destacó el almirante calabrés Rogerio di Lauria.

En los manuales escolares catalanes se consideran las Vísperas sicilianas en el contexto de la expansión catalana en el Mediterráneo; conocer las razones del pueblo de Palermo tiene escaso interés: es un asunto erudito; por el contrario, es oportuno convertirlas en el eslabón que une la ruta de las islas con la ruta de las especias. Desclot formuló lo que acabo de decir: su crónica responde al sueño político del linaje de los condes de Barcelona. Este es, por decirlo así, el legado de un escritor, quizá Bernat Escrivá, que trabajaba en la corte. Un legado traicionado. Porque basta con abrir una antología moderna: la crónica del rey Pedro el Grande es considerada un relato sobre el Imperio catalán en el Mediterráneo.

Sin embargo, pese a ser subestimado por los eruditos de la Mancomunidad, Pedro el Grande siempre tuvo muy en cuenta que su implicación en el conflicto siciliano se limitaba a restaurar en nombre de su esposa los derechos de los Hohenstaufen en Sicilia.

La crónica de Desclot, bien leída, distancia al lector del contexto nacional y le adentra en el contexto de la lucha entre güelfos y gibelinos, el único capaz de hacer aflorar la distancia en la política internacional entre lo que querían para Italia los angevinos y los Hohenstaufen; es decir, los aspectos hasta entonces desconocidos por los catalanes de la guerra por el dominio del Mediterráneo occidental que Desclot iluminó con suma inteligencia. Las batallas navales se suceden. No se salva ninguna ciudad, ninguna ruta; el Imperio angevino comienza a desmoronarse. Es entonces cuando estalla el memorable desafío de Burdeos (una justa entre los dos reyes para resolver el problema). Sin que se llevara a cabo. Carlos de Anjou no acudió a la cita, afirma perentoriamente el cronista. Sí, en efecto, las cosas entrado el último tercio del siglo XIII no eran tan sencillas como suponen nuestros manuales.

Pedro el Grande renunció a incorporar Sicilia a las «tierras de los reyes de Aragón», pero a menudo apelaba a sus derechos en el Mediterráneo que extendía a los ciudadanos de Barcelona interesados por las rutas de las especias. Ante el riesgo de colisionar con los intereses de la burguesía barcelonesa, Pedro reunió a las Cortes en 1283 para presentar su política, y lo primero que vio fue un documento destinado a limitar su poder en Cataluña por parte del poder emergente en esos años, el de las Cortes, donde los

representantes de los tres brazos dicen hablar en nombre del pueblo catalán.
La rebeldía está aquí.

El 11 de enero de 1284, Pedro concede el privilegio comúnmente llamado *Recognoverunt Proceres* por el que se ratifican las costumbres de la ciudad de Barcelona sobre los pagos que los cambistas debían hacer a los acreedores en nombre de los deudores. Cada uno de los artículos se siente como un alegato a favor del sentido común de un pueblo que necesita la actividad comercial para paliar su inclinación al arrebató pasional que conduce a la rebeldía ante las acciones del rey en el Mediterráneo. Al fin y al cabo, la presencia de las galeras de guerra era la garantía de protección a las naves comerciales que se fletaban en esos años en Barcelona. Todo está bien hormigonado para sellar un pacto entre los objetivos de la dinastía y los intereses de la clase mercantil catalana. ¿Qué cosa falla? Los aires de rebeldía corren por todas partes a medida que los nobles del interior del país son declarados *foragitats*, vale decir excluidos.

Así fue como ocurrió. Nadie lo podía creer.

Lo que en 1284 había sido una fiesta de la generosidad del rey Pedro al año siguiente fue una rebelión contra él por los menestrales y comerciantes, con Berenguer Oller al frente. Se asaltaron las casas en Barcelona al grito de «hay que matar a los hombres ricos», se quemaron casas, se bloquearon los caminos, se cerró el mercado urbano. Se paró el país. Días turbulentos, y ni siquiera faltó sangre para bañar los deseos de los agitadores. La rebelión es una mística que favorece el populismo. El eterno equívoco. Volverá a verse otras veces.

Desclot no perdió la ocasión para una apostilla mordaz, de gran calado político: el rey envió varias *lletres* a Oller «perquè cessès en les seves activitats sediciosas».

Actividades sediciosas. ¿Habló Desclot de sedición? Sí.

La captura de Oller y sus colaboradores es el primer fracaso (habrá muchos más a lo largo de la historia) de una rebelión de los catalanes contra la Corona. Mientras en Barcelona los ciudadanos honrados agradecían el gesto del rey, en Gerona se acantonaban las tropas francesas.

En 1285, a la muerte de Pedro el Grande, el conflicto en el Mediterráneo se agravó debido a las disputas entre tres reyes del linaje de los condes de Barcelona: Alfonso el Liberal que reinaba en Aragón, Valencia y Cataluña, su hermano menor Jaime que lo hacía en Sicilia y el tío de ambos Jaime II en Mallorca.

Las disputas por el reparto de la herencia coinciden con un rasgo del carácter catalán que el gran Arnau de Vilanova fijó entre los destacados: la influencia de las emociones en las decisiones políticas.

La imagen del médico se transformó en una leyenda, como alquimista, astrólogo, teólogo, cuando recién llegado a la corte orientó a los reyes en el campo de las emociones. ¿No habrá superchería en esa puesta en escena? Escribe el *Speculum Medicinae* con tal fin; decide examinar él mismo el enojo de un pueblo sometido a tensión como raíz de una psicopatología que afecta tanto a la vida de los individuos como al orden social, y envía su resultado a la corte. Es un documento magnífico. Arnau traza el camino para transformar el arrebato pasional en sentido común. Visión médica de un problema social que asola Cataluña en los años finales del siglo XIII. La raíz de ese comportamiento es objeto de preocupación.

Luego, su comentario adopta un tono político. Porque la guerra entre los tres reyes del linaje de los condes de Barcelona revela una tensión emocional hasta el punto de que un autor moderno, normalmente comedido, ha llegado a calificar a Jaime II de Mallorca de *traidor* por haber ceñido la causa güelfa contra la angevina de su cuñada, la madre de sus dos sobrinos, reyes ambos. ¿Cómo un reputado historiador puede decir un desatino semejante? ¿Jaime II de Mallorca un traidor a la patria catalana? ¿Qué quiere decir eso en aquel tiempo? Lo que quedó claro en ese momento, y desde ahí hasta hoy, es que lo que en Francia, Inglaterra, incluso Castilla provoca una reacción fugaz, en Cataluña llega a durar decenas de años.

En 1291, a la muerte de Alfonso el Liberal, durante un torneo en la plaza del Borne de Barcelona, hereda el trono su hermano *menor* que se convierte en Jaime II. Con él, la pluma sustituye a la espada. El rey toma la iniciativa en los conflictos de jurisdicción, pleitos y confiscaciones que hasta entonces estaban en manos de los bailes y vegueres. Había llegado el momento de

firmar pactos, el primero con el rey de Francia Felipe IV, que le exigía reparaciones sobre Sicilia. Un gesto de orgullo, pero arriesgado. El papa Bonifacio VIII, un recio autócrata dijo de él Previte-Orton, propuso una reunión en Anagni en la primavera de 1295 para acercar posiciones.

¿Una solución diplomática, a tiempo? ¡Seguro que sí! Pero las razones profundas del conflicto entre angevinos y gibelinos seguían vivas. Los ciudadanos honrados creyeron que el rey de Francia no cedería fácilmente. Doce años de guerra son muchos. Los intereses comerciales deberían primar sobre la estrategia dinástica en el Mediterráneo; es decir, la ruta de las especias sobre la ruta de las islas.

Jaime II encarga la misión a Gelabert de Cruilles, Pere Costa, Guillem Galvany, y al frente de la comitiva puso a Guillem Durfort II, en quien confiaba plenamente porque su madre Saurina había sido la dama de confianza de su madre, la reina Constanza. Les pide firmeza, pero también sentido común. No deben regresar sin un acuerdo: en caso necesario deben improvisar soluciones. Su ironía disimula su irritación.

En Anagni, ante Bonifacio VIII se pusieron sobre la mesa problemas de Estado, incluido el matrimonio de Jaime II con Blanca, nieta de Carlos de Anjou, el enemigo de su padre, Pedro el Grande. Una vez más un acuerdo de paz se apoya en un matrimonio. La paradoja de la política queda ilustrada en la escena que rompe en mil pedazos el mito de la patria. Política primero, emociones después. Al fin y al cabo la madre de Jaime II era una Hohenstaufen.

Cuando el 20 de julio se rubrica el tratado en la catedral, los firmantes son conscientes de que una historia acaba, la iniciada treinta años antes, cuando Pedro se acercó a los ciudadanos honrados, entre ellos a los Durfort, buscando su apoyo en la campaña de Túnez que al final se convirtió en la de Sicilia; también perciben que otra comienza: *lo nuevo* en esos días es que Jaime II había decidido asumir el concepto de Corona de Aragón como marco institucional para sus reinos y condados. Es decir, la indivisibilidad de su territorio, que le llevó a decir en buen latín *quicumque sit rex Aragonum, inde eiam sit rex regni Valenciae et comes Bachinone*, que traducido quedaría así «cualquiera que sea rey de Aragón, de igual modo sea rey del Reino de Valencia y conde de Barcelona». Una lección de historia para desinformados.

En Barcelona, en 1296, es donde el sistema político de los reyes de Aragón y de Valencia, condes de Barcelona, obtiene el nombre *Corona de Aragón*, según consta en un documento de la Cancillería.

La política real se revela al adoptar oficialmente ese nombre. Los expertos en derecho advierten la carencia de un fondo jurídico sobre el que apoyar ese nombre; y hablan de la indecisión a la hora de emplearlo, de su arraigo tardío por el historiador Jerónimo Zurita en los *Anales de Aragón*, que son del siglo XVI.

El debate sobre el nombre no debe hacernos olvidar que Jaime II está preparando un giro en la historia de Cataluña, bajo el manto de ser un rey que deseaba ante todo la paz, escribió el reputado historiador Heinrich Fink. Asoma aquí la cuestión, que parece incomodar a todo el mundo: las actitudes agresivas catalanas en las campañas en Grecia y Cerdeña. El término políticamente correcto es heroísmo, valentía, pero el término real es violencia extrema. Una vez se sabe que el lenguaje de las crónicas (el de Ramón Muntaner) fomenta la mistificación de llamar heroísmo, valentía, a la violencia, se entiende que las campañas de los catalanes en Grecia y Cerdeña se interpreten como elemento de distinción de un pueblo.

De momento, queda eso. Luego el trozo de la historia.

Seguir las vicisitudes de la *gran compañía catalana* (solo Josep Maria Sert la describió como una epopeya a la griega) significa descubrir, casi a cada paso, el abismo que separa su instalación en el palacio de Blanquerna con Roger de Flor al frente, de la estrategia de Bizancio. Hay por lo menos dos momentos reveladores: la llegada de Bernat de Rocafort y de Bernard de Entenza tras la victoria en Aulax y el asesinato de Roger de Flor en Adrianópolis.

El primer episodio muestra hasta qué punto pesaba el interés personal de los generales catalanes sobre el deseo de ayudar a Bizancio en la guerra contra los búlgaros. El segundo episodio es aún más significativo. Convencidos de no poder alcanzar un resultado satisfactorio, los jefes de la compañía le pidieron a Roger de Flor la firma de un acuerdo con Miguel IX, hijo del emperador de Bizancio. No hay que pasar por alto la gravedad de la decisión desde el punto de vista catalán, pues se trataba de implantar las costumbres de Cataluña en tierras bizantinas, un gesto colonialista. Al

negociar este punto, la compañía reconocía por primera vez en un documento la legitimidad de sus conquistas. Algo que al final ocurrió con la creación de los ducados de Atenas y Neopatria que provocó una queja diplomática por parte de los genoveses a la que respondió Jaime II con su proverbial medida: «Los catalanes que se encuentran en *Romania* han acudido allí por su propia voluntad y, por lo tanto, será difícil hacer que vuelvan».

Más grave fue el conflicto por Cerdeña.

En las cancillerías de Europa se razonaba el verdadero escándalo de la situación creada por Jaime II al ser investido *rex Sardiniae* por Bonifacio VIII: fracasado en su intento de cambiar Sicilia por Cerdeña, debido a la firme oposición de su hermano Federico y del círculo gibelino de Palermo que no quería el regreso de los angevinos, no solo se anexionó el Reino de Mallorca en contra de su tío Jaime y el Valle de Arán reclamado por Francia, sino que invadió Cerdeña, isla con sus propias leyes, sus relaciones comerciales con Pisa por las minas y con Marsella por el trigo, la carne o el queso, y su propio gobierno. Siempre quedará por saber qué hubiera sido Cerdeña sin el dominio catalán, pero en todo caso no se habría parecido a la isla que se alió con el Piamonte para la unificación de Italia.

Cerdeña fue para Cataluña lo que representó Vietnam para Estados Unidos: una guerra que no podía ganar. La campaña de 1323 y 1324 fue durísima, envenenó las relaciones con Génova y Pisa, amargó a los jueces de Arborea, laminó a la nobleza catalana pues los primogénitos de las principales familias murieron en las luchas o por enfermedad como le ocurrió al rey Alfonso el Benigno a los veintisiete años. ¿Cuándo quedará claro que esta campaña no se hizo para exhibirse la nobleza o para mostrar el peso de la dinastía, sino para ampliar los mercados?

La cuestión pendiente es precisamente esa: el recurso a la política para hacerse con una parte del negocio de la ruta de las especias. ¿Qué decir de ese procedimiento?

Avara povertà está en italiano, porque es la expresión usada por Dante para enjuiciar ese procedimiento.

O bien, con más detalle: en el verso 77 del canto VIII del Paraíso de la *Divina Comedia*, al hablar de Sicilia, ya por entonces en manos de los reyes de Aragón del linaje de los condes de Barcelona, Dante afirma *l'avara*

povertà di Catalogna: que ha quedado en lenguaje popular como *l'avara povertà dei catalani*. Al margen del toque erudito, y de la sugerencia de Josep Maria de Sagarra cuando al traducirlo al catalán dice que es un endecasílabo más, conviene atender la frase como la prueba de la poca simpatía por la política de Jaime II y Alfonso el Benigno. ¿Por qué sucedió una cosa así?

Aquí aparece la noción de crisis como una explicación que más bien parece una justificación.

El relato que propongo a continuación se escamotea en los manuales al uso que insisten en la hipótesis de los años cincuenta de que el colapso de Cataluña fue el resultado de tener una agricultura atrasada y unos nobles rurales agitados por las malas cosechas, las hambrunas y la peste que diezmó la población y derrumbó la producción de cereales en sus campos. Así se nos ha hecho creer durante generaciones que entre los años 1331 y 1412, los catalanes trabajaron, riñeron, fueron al patíbulo en estado de pura ilusión respecto a los verdaderos motivos. Ya que, según esta hipótesis, todos los males fueron una consecuencia de las relaciones de los individuos con el modo de producción feudal. Es una tesis que elide el factor humano en la historia o en todo caso lo sitúa como un psicodrama.

Sin embargo, basta con repasar los acontecimientos que durante ochenta años se produjeron en Cataluña para darnos cuenta de que fueron las emociones, las pasiones, las mentiras, las dudas las que hicieron ingobernable la región y las que trajeron el final de la dinastía del linaje de los condes de Barcelona, cuyos tres últimos reyes, Pedro el Ceremonioso, Juan el Cazador y Martín el Humano, son responsables y a la vez víctimas de todo lo sucedido.

Nunca nada será como antes, como fue siempre. Se dio ese paso de más que a veces no hay que dar. Fue una nueva representación de esa fantasía a cielo abierto que atrapa a menudo a los catalanes. Ahora bien, las razones de lo sucedido, el *porqué* es lo que debemos saber. El porqué de la historia se lleva mal con las ilusiones del presentismo. Hay que buscar un porqué en las acciones de los catalanes que aceptaron y rechazaron por igual a los últimos reyes de la dinastía en cuyo inicio se sitúa Wifredo el Velloso. No hay que seguir insistiendo que su conciencia se nubló porque fallaron las fuerzas productivas. Así resulta fácil porque nadie es responsable; todos hicieron lo que pudieron habida cuenta de las circunstancias. ¿Qué puede hacerse ante este estado de opinión? ¿Investigar, leer los registros de Cancillería? Claro,

eso sería lo correcto, lo que se haría en un país normal. Pero ¿a quién le importa aquí, en Cataluña? No sugiero nada, únicamente señalo algunas carencias en la investigación de estos hechos.

Lo mismo sucede con Pedro el Ceremonioso. Muchas veces juzgado por las apariencias de sus actos, pero al que se le mirará de otro modo cuando se consiga contar alguna vez su verdadera historia apoyada en las decenas de miles de documentos de su Cancillería. Veamos.

En 1336 era coronado sin haber cumplido los diecisiete años (lo haría en octubre). Dirige la política de la Corona de Aragón con mano de hierro; es su triunfo. No sabemos qué admirar más, si su pasmosa astucia para enfrentar a unos con otros en su propio beneficio o su extraordinaria capacidad para sobrevivir en medio de las tormentas de acero que caracterizaron su siglo. En general, se admira más una cosa que otra. Pero las dos a la vez solo se puede dar en los largos reinados, y el suyo fue de esos, cincuenta y un años, hasta enero de 1387. Por eso el siglo XIV en Cataluña es el siglo de Pedro el Ceremonioso.

Las primeras acciones de gobierno del Ceremonioso, discutibles como todas las que emprendió a lo largo de su vida, le llevan a pensar el mundo en primera persona. La crónica de su reinado es en realidad una autobiografía que trata de convertir el Yo del rey en la razón de la historia. No es un gesto de altanería, es algo diferente: narración de las experiencias personales como referentes de una identidad que transfiere a su pueblo. Comienza con el reinado de su padre Alfonso el Benigno y termina con la convicción de que el futuro reposa en el pasado. Para su elaboración siguió la *Crònica dels reys d'Aragó e comtes de Barcelona* que va desde los inicios hasta la muerte del rey Alfonso el Benigno, basada en la *Crónica de san Juan de la Peña* y en las *Gesta Comitum* y sus propias impresiones. Con esos mimbres, teje un relato. ¡Qué vida en perspectiva!

En Barcelona, desde 1344, da el paso exigido por su visión política. Se apoya en los ciudadanos honrados que desde ese momento officiarán como partido de la guerra para despojar a su cuñado Jaime III del Reino de Mallorca; luego hace lo propio con su hermano Jaime al que cesa de la gobernación general de Cataluña, litiga con los nobles de la unión aragonesa

y, finalmente, entra en guerra con Génova y Castilla. Entre actos madura la idea de dar forma institucional al principado. Culmina el proyecto político iniciado por Ramón Berenguer IV dos siglos antes. ¿Hay que insistir en el sentido de la conciencia de continuidad entre los catalanes?

Pedro el Ceremonioso eligió las Cortes organizadas en Barcelona, Villafranca y Cervera entre 1358 y 1359 para establecer la Diputación del General, la Generalidad, para que fuera la institución «mes alta i considerada» de todo el principado. Puso al frente de ella a Berenguer de Cruïlles, hombre de relevancia. Es una decisión que se ajusta bien a su manera de pensar, como se puede apreciar en un breve apunte de su *Crónica*: «Así mandamos reunir al punto a nuestros sabios, nuestros consejeros; y acordando allí la contestación que debíamos hacer».

Todos los temas fundamentales del Gobierno catalán de ayer y de hoy están ahí, así como el esbozo de todas las polémicas sobre los usos políticos de la Generalidad de Cataluña, incluido la antigüedad que se aplica al cargo de presidente. ¿Comenzó todo con Berenguer de Cruïlles? Se busca un origen porque la legitimidad no está asegurada. Pero la práctica política de la Diputación del General y el papel de los diputados no se impondrá sin drama ni artificios. En los asuntos del poder, la estrategia es la clave.

Las Cortes de 1359 no son, sin embargo, el origen de la soberanía de la institución. Le falta insurrección. Ya llegará más adelante, al primer descuido de la Corona. Durante el reinado de Pedro el Ceremonioso aparecen los primeros indicios.

En 1377, se anexiona Sicilia a mayor gloria de la Generalidad que le apoya en este hecho. Esas bufonerías complementarias en los últimos días de la vida de Pedro el Ceremonioso con intrigas palaciegas organizadas por su esposa Sibila de Fortiá no fueron obstáculo para que creyera que Cataluña era la nación más fuerte, más rica, más libre, más noble y menos egoísta de todas las que componían la Corona de Aragón. Ahí está el rey Pedro el Ceremonioso con toda su personalidad. Mientras acusa de intrigas a los amigos de su hijo, el futuro rey Juan, tiene que aguantar un rapapolvo de los delegados de las Cortes catalanas reunidos en 1380 en Barcelona que le llegaron a decir: «Bien sabe vuestra señoría y es público y notorio en todos vuestros súbditos que en la Corte, de un tiempo a esta parte, no se hace justicia; y que en vuestras tierras y señoríos se realizan grandes y abusivas exacciones fiscales y extorsiones».

¡Vaya forma de hablarle a un rey! ¿Cómo es posible? Leamos la apostilla de D'Abadal: «Tales cosas debía oír en Cataluña el más arrogante y temido de sus monarcas. No creemos que en nuestros tiempos hubiese forma de hablar con tanta crudeza y desenfado a ningún rey constitucional».

En definitiva, las quejas catalanas sobre el gobierno de un rey que solo ha querido complacerles enfrentándose a aragoneses, valencianos, sicilianos o mallorquines señalan la quintaesencia de la accidentada historia de Cataluña. Lo más importante en la década de 1380, lo más urgente, era hacer frente a una crisis financiera que estaba por llegar. La respuesta de la economía a años de tensión política. No hay nada sólido, salvo la violencia contendida. La pregunta es obligada: ¿fue la crisis financiera la que trajo el declive del país o fue la rebelión política la que provocó la crisis?

Pasemos a los hechos.

En 1381 se produjo la quiebra de los bancos de Barcelona (Pere Descaus, Andreu d'Olivella), de Gerona (Ramón Medir) y de Perpiñán (Bartolomeu García). A eso se unió una caída de precios, mientras los salarios se mantenían, reduciendo el margen del beneficio en la industria, el comercio y la navegación. Sin capitales y con una pésima fiscalidad se desencadenó el peor mal para la vida urbana, el *arretatge*, el retraso de los arrendadores en sus pagos. La deuda se disparó. Al final, la sociedad colapsó. Y la violencia se hizo presente.

En este momento toma la palabra Francesc Eiximenis. Mientras pudo empleó el capital de prestigio alcanzado por su libro *Regiment de la cosa publica* entre las élites de la Corona de Aragón; mientras pudo apoyó la tesis, en la que creía, el espíritu ciudadano en antítesis al campo dominado por los barones, al tiempo que redactaba en Valencia, con el malestar que le produjeron las Cortes de Monzón de 1383, la gran obra política catalana del siglo XIV: el *Dotzè*. Un sobrio alegato a favor de la concordia. «La violencia no rinde», dijo siguiendo a Agustín: «La cosa pública se mantiene más y mejor con buenas costumbres que con las armas».

¡Qué ideas más juiciosas!

Hay que leer atentamente a Eiximenis. La ley es la norma general que se debe obedecer. ¿Se puede cambiar el espíritu de rebeldía? Quizá.

La Generalidad se había lanzado a la peligrosa aventura de sostener la rabia *popular* contra la política del rey, lo que era tanto como decir contra la

comunidad judía que era su aliada. Así resultan comprensibles, por horror que produzca, los pogromos de 1391 en las ciudades de Cataluña. Fueron actos de violencia extrema. Inútil negar su existencia.

Comenzaron con el asalto a la judería de Barcelona por *mariners e pescadors* al grito de *muyra tothom*. Conclusión: centenares de muertos, saqueos de las casas, incluso de la burguesía, los *grossos*, y confiscación de propiedades. Luego se siguió en las juderías de Gerona, Lérida y Perpiñán. Hay que abrir los ojos a estos lamentables sucesos. Si se piensa que son brotes espontáneos de violencia, no se entenderá nada. La razón es obvia. Baste ver la reacción de algunos catalanes a las medidas de fuerza adoptadas por el rey Juan I reflejadas en el *Noticiari* del vicense Joan Torralles: «Por consejo de unos falsos consejeros, el rey don Juan hizo entrar unas compañías en Cataluña a fin de destruirla».

Al final, la tensión política había dividido la sociedad en dos partes, y el rey Juan I no tuvo más remedio que optar por la que creía más afín a sus ideas políticas de reconstruir Cataluña lejos de los demonios familiares. Era un espejismo. Uno de sus consejeros de confianza, el gran escritor Bernat Metge fue mordaz en ese punto. Extrae las expresiones de contenido escatológico que luego darán lugar a su obra más famosa, *Lo somni*, una alegoría de Cataluña a finales del siglo XIV. No muy benévola, es verdad: pues la situación era tan grave que resultó casi imposible reorientarla desde la corte de este rey al que se le conocía como «amador de toda gentileza».

Naturalmente, constatar esta deriva de la vida social y este fracaso de la armonía por el apego a obrar fuera de la ley (intuido por Metge cuando aún era posible revertir la situación creada por el disparate político y la violencia callejera) no equivale a decir que esa tormenta no iba a dejar huella en el futuro. En esa febril convulsión, en esa transformación de Cataluña a través de un sistema de poder que representa el vuelco a la armonía forjada por el ideal político de la Corona de Aragón, se consumó la crisis del pactismo, al fin y al cabo lo verdaderamente catalán, al verse incapaz la sociedad de distanciarse de los privilegios de una clase política interesada solo en su porvenir. Solo faltaba un caso de corrupción que salpicó a los funcionarios reales: el caso Luqui Scarampo.

Luqui Scarampo, banquero piomontés oriundo de Asti, llevaba las finanzas de los papas de Aviñón. Los catalanes cercanos al poder le buscaron para

realizar negocios que les dieran buenos dividendos. No les importaba recurrir a la malversación si era necesario. Fue una oscura conjura donde se mezclaron los peores aspectos de la naturaleza humana: codicia, mentira y cobardía. Se buscaba un estilo de vida simulado que ocultara la miseria interior. Nunca se cayó tan bajo. Al final, el asunto llegó a los tribunales.

Releo el estudio que Marina Mitjà dedicó a este caso de corrupción: *Procès contra els consellers, domèstichs i curials de Joan I, entre ells Bernat Metge*; me detengo en las expresiones que definen las actitudes de los imputados a los que se les ve «como a fills de iniquitats e perdició»; y me pregunto ¿cuál es la palabra que define mejor la reprobación social hacia los corruptos? Para el juez es *llops devoradors*; para la reina Violante de Bar, deslealtad a la Corona; para el resto de la sociedad, incomprensión.

Los cuarenta acusados en el proceso abierto el 2 de junio de 1396 eran todos ellos (incluido Bernat Metge, ya es decir) desleales al rey y a la Corona, y muchos de ellos parecían orgullosos de sus modales felones, barriobajeros, perniciosamente codiciosos con el dinero público; así es como se envilece la vida pública, como una voluptuosidad hacia los bienes ajenos. El desprecio de la reina Violante hacia los procesados no era compartido por su cuñado, Martín el Humano, sensible a los brillantes argumentos del jurista Sperandeu Cardona.

El juicio dividió a la sociedad catalana. La historia se repite. Recordemos la conclusión de este vidrioso asunto. El 7 de diciembre el rey absuelve a los consejeros, curiales y oficiales procesados, algunos se incorporan a las tareas del nuevo reinado, otros se retiran de la vida pública en silencio, y Bernat Metge escribe en *Lo Somni* una defensa literaria de todos ellos afirmando que eran víctimas de cargos infundados. La monserga habitual. Es evidente, supuso acertadamente Riquer, que «la obra se escribió para buscar el favor del rey Martín y con la ambición puesta en volver a la Cancillería, a la Corte, al poder». El hombre que en 1396 había dicho que lo mejor para el país era que le cortaran la cabeza al rey Martín, ahora le mandaba un libro dedicado.

«Del dret camí son del tot desviats» escribió Ramón Savall, deslizando la rutinaria opinión entre los ciudadanos de Barcelona tras comprobar que el rey Martín el Humano estaba laminando las costumbres de la tierra catalana. Las banderías nobiliarias, las revueltas campesinas, la brega del clero fomentan

una monarquía autoritaria conforme a las ideas del Renacimiento. Savall captó el giro producido en 1400: hasta entonces los catalanes se habían dividido en dos grupos, los defensores de las costumbres y los que querían cambiarlas; pero el giro transformó esa realidad. De ahí que él, que en 1396 le había pedido a la reina regente María de Luna mano dura contra los funcionarios corruptos, ve bien cuatro años más tarde la rehabilitación y el reingreso en el Gobierno. ¿Llegará el día en que la corrupción se vea como un gesto de rebeldía? Llegará.

Savall ha tenido éxito, pero breve: había mucho en juego en esos años en que se hizo evidente que se podía ser conservador a la vez que rebelde. Tras la agitación del juicio, la coronación del nuevo rey Martín, los cambios en la política papal encaminados a poner fin al Cisma de Occidente, ya no se puede dar marcha atrás. Las medidas autoritarias aparecen en el horizonte como la solución para frenar a los catalanes *qui som descaminats*. La idea crece por momentos. ¿Guerra? Pues guerra.

Savall fue el punto de partida de una actitud de la burguesía barcelonesa a favor de reyes con poca simpatía por la nobleza rural o por sus valores. Por eso halagó al rey tras la victoria sobre los corsos en San Luri, pese a que le costó la vida al príncipe heredero, viendo en ese hecho de armas la prueba definitiva de que con reyes como Martín el Humano se volvería a alcanzar «el honor e la prosperitat de la *nació catalana*».

Vuelta a empezar.

Estamos en 1410, apenas dos años antes de la gran fecha en la historia de Cataluña. Se produce la explosión.

AFINIDADES ELECTIVAS: EL SIGLO DE LOS TRASTÁMARAS

Con la dinastía de los Trastámaras creció el sentimiento de rebeldía entre el pueblo catalán que se había revelado en los últimos años del reinado de Martín el Humano. En el transcurso de un siglo (1412-1516) se hizo evidente una de las cuestiones clave en el estudio del pasado, anotada por Georges Duby cuando analizó la evolución del sistema de valores de una época: «La visión que una sociedad se forma de su destino, el sentido que le atribuye, con razón o sin ella, a su propia historia intervienen como una de las armas más poderosas de las fuerzas de conservación o de progreso». Con la llegada de los Trastámaras la división de la sociedad catalana es total, planteándose el problema de dónde hay que buscar los motivos más profundos por los que los seres humanos sienten simpatía o antipatía los unos por los otros, y pueden ser amigos o no serlo.

Eso es suficiente para entender la fuerte implicación emocional en Cataluña al hablar de los Trastámaras. En su tiempo la notó Vicens Vives al investigar la política del rey Fernando el Católico con la ciudad de Barcelona. Recibió numerosos reproches por su trabajo. Se le acusó de ser despectivo con la tradición literaria que había estimado a la dinastía culpable de introducir la semilla de la discordia en Cataluña. Es la ocasión de recordar las palabras de Joan Estelrich en su *Fénix*, ejemplo de lo que se decía en *La Renaixensa*: «Una terra beneïda, poblada de lleialtat», con un «poble joiós, emprendedor, disciplinat», que se convirtió de repente por efecto de una dinastía foránea en un tierra triste con un «poble malcontent i protestatari».

Este texto aclara la insuperable falta de entendimiento entre los catalanes y la historia de los Trastámaras. Es un escrito de gran congruencia con los ideales de un pueblo que se sintió vilipendiado por unos reyes foráneos. Pero también es el modo corriente de engañarse y de engañar a los demás al

suponer que algo es evidente simplemente porque se piensa así, y conformarse con ello. La falta de entendimiento con los Trastámaras no provino de ningún conflicto de intereses y no era ni política ni ideológica, ni siquiera religiosa (por citar las tres cosas que dividen a las sociedades humanas); fue hasta tal punto ajena a la razón de la historia que debemos ahondar en los fundamentos emocionales de la tierra catalana para entenderla.

Vicens Vives alertó sobre ese tópico romántico, como calificó ese discurso agitado pero poco fiable de la falta de entendimiento de los catalanes con los Trastámaras, a la vez que invitó a investigar en serio el siglo xv. Pero la idea de que un joven ampurdanés exorcizara la culpa de los padres de la patria catalana alejándose de los símbolos del catalanismo político se juzgó sospechosa, cuando no una traición. Fue una oportunidad perdida y la razón de que exista hoy una narrativa nacionalista proclive a confundir la realidad histórica con una comunidad imaginada. Triste conclusión de una historia lírica porque el siglo xv resulta clave para saber por qué Cataluña, tras haber desarrollado una próspera vida comercial, cultural y artística, sucumbe a una atroz guerra civil.

Vamos a intentarlo de nuevo. Reevaluaré la situación de la mano de Ramón de Perellós, uno de esos catalanes de comienzos del siglo xv que llevaron el arte de la escritura a la esfera privilegiada del análisis crítico de una situación, la esfera de la novela.

En el *Viatge al Purgatori de Sant Patrici* (escrito hacia 1398 al regresar de Irlanda donde suponía estaba la puerta del purgatorio), Perellós escribe respecto a la tierra catalana: «Vos contaré algunes coses de llurs condicions i maneres». Necesita hacerlo porque sus compatriotas están sometidos a una gran presión por no saber quién va a ser el sucesor de Martín el Humano en el trono. Y tienden como en otros casos a afrontar el desafío con su habitual agitación tumultuosa, es decir, la turbación del alma de un pueblo que se siente atacado cada vez que un cambio de la historia no responde a sus expectativas.

Se alza el telón del siglo xv, el siglo de los Trastámaras. En el escenario, un personaje clave, el dominico Vicente Ferrer. Todo parece indicar que tiene un favorito para el trono. Lo dejó claro en un sermón al afirmar que la hija de un rey no puede heredar pero sí puede transmitir al hijo el derecho a ser rey; lo hizo Petronila con Alfonso; ahora le tocaba el turno a Leonor, hija de

Pedro el Ceremonioso, con Fernando, famoso por sus hazañas en la conquista de la ciudad de Antequera por las que recibió el nombre por el que la historia le conoce, Fernando de Antequera.

Perellós y Ferrer son dos de los muchos testimonios de la época del interregno, del febril 31 de mayo de 1410 (fecha de la muerte de Martín el Humano) al turbador 25 de junio de 1412 (fecha de la elección de Fernando como rey). Si la situación los fascina es porque ambos la ven como un foco alrededor del cual gira la existencia de los catalanes y que ilumina las siempre temidas reacciones de rebeldía ante una situación que no les gusta. E incluso: ¿no hay en la decisión de elegir un rey en una reunión el valor del pacto como norma social? La respuesta de Perrellós y Ferrer no pudo ser más nítida: entendiendo que lo ocurrido en Caspe fue un hecho clave en la historia de los catalanes. Ambos nos dicen, cada uno a su modo, lo que piensan de la trama que dio origen al compromiso final, el compromiso de Caspe.

La elección de Fernando de Antequera significó que un miembro de la dinastía de los Trastámaras se convirtió en conde de Barcelona, heredero de Wifredo el Velloso. Duro revés a los defensores de las costumbres de Cataluña, que deseaban al conde de Urgel, yerno de Pedro el Ceremonioso (casado con su hija Isabel) y gobernador general; además de bisnieto de Alfonso el Benigno que le daba una pátina de legitimidad dinástica. A Fernando le apoyaban los ciudadanos honrados de Barcelona y la nobleza proclive a los intereses comerciales de la dinastía castellana.

La sucesión al trono dividió Cataluña en dos bloques: para los trastamaristas triunfó la *vía de justicia*, en cambio para los urgelistas fue una farsa cruel. Soldevila *dixit*.

Al margen de los dos bloques con opiniones disímiles, se trata de un hecho histórico que ha marcado la memoria social catalana desde que fue activado por el catalanismo político en el siglo XIX, sobre todo desde que se utilizó en la propaganda de la Mancomunidad: los catalanes que apoyaron al hijo «castellano» de Leonor sucumbieron a la *iniquitat* (la expresión es del arquitecto Lluís Domènech i Muntaner); eran unos traidores que ni siquiera merecían el nombre de catalanes. Así es, sin darse cuenta, como se enreda una parte de la sociedad con la tesis de la ofensa a la patria, y luego no tiene salida; por no hablar de la visión del pasado condicionante del futuro, pues lo falso en la historia es un peligro para la concordia. Aunque no todos pensaron

así. Enrique de Villena, tataranieta de Jaime II, miembro del linaje de los condes de Barcelona, escribió *Los doce trabajos de Hércules*, alegoría política para guiar a la sociedad sobre las diferencias de opinión sin recurrir a esa deriva maximalista que conduce a la guerra civil.

La presión sobre Martín el Humano en su última noche de vida en el monasterio de Vallonzella por la comisión de las Cortes, con Ferrer de Gualbes al frente, es un acto político. Se quisieron conocer de primera mano las últimas palabras del rey sobre quién debía sucederle en el trono en medio de un fuerte clamor social a favor de la ruptura de Cataluña con la Corona. Sorprende que se sospeche de la afirmación del rey, que dijo *Hoc*, sí, ante la pregunta: «¿La successiò dels dits vostres regnes e terres, après vostre, pervinga a aquell que per justicia deurà pervenir?». Gualbes utilizó su cargo para interpretar a su modo que era el candidato que «per justicia deurà pervenir». Es la gota que hace desbordar el vaso. Los partidarios del conde de Urgel, desafiados, se rebelan. Sus voces llegan hasta los últimos rincones de la tierra catalana. Ferrer de Gualbes trata de mediar mostrando el peligro de la ruptura con el resto de territorios de la Corona de Aragón. Percibe aires de venganza en el ambiente.

La situación el 31 de mayo es inaudita y escandalosa. Los catalanes la recordarán durante años. Delata la verdad que, al saberse, indigna: no hay consenso posible. Lo que vendrá a continuación no lo va a solucionar; al contrario, deja claro la fatalidad a la que la sociedad catalana parecía abocada sin remedio. Imperceptiblemente, se ha metido en una deriva donde los acontecimientos se desbordan.

Hay que decirlo: revelación de un acuerdo de mínimos para evitar el conflicto.

¿Arrebato pasional? ¿Sentido común?

La sociedad barcelonesa responde: compromiso.

Los derechos de los candidatos al trono se debatieron en Caspe entre los representantes de los tres territorios de la Corona de Aragón (Aragón, Cataluña y Valencia) que acudieron a la cita, Mallorca no se presentó. Objetivo: alcanzar un acuerdo para evitar el bloqueo institucional o, algo

peor, una guerra que siga el patrón de las guerras civiles romanas; idea extendida entonces entre los humanistas que leían, en la *Farsalia* de Lucano, las consecuencias de las cruentas facciones, de las tumultuosas agitaciones y de las reacciones extremas que llevaban a los hijos a amenazar a sus padres, a los amigos a litigar entre ellos, a los hermanos a no hablarse.

Vicente Ferrer impone el marco del posible acuerdo: el *hecho* era que Fernando de Antequera tenía los requisitos para ser rey aunque fuera discutible el *derecho* a serlo. El borrador del acta muestra las dudas de los miembros de la comisión. Nadie estaba seguro del todo. Un Gualbes tomó la decisión de acabar con el bloqueo institucional, aceptó la candidatura del Trastámara consciente de que con ello cambiaba el destino de la tierra catalana. Y otro Gualbes se encargó de llevar el resultado a la Generalidad donde se esperaba otro fallo. ¿Quién sabe qué podrá ocurrir a partir de ese momento?

Los partidarios del conde de Urgel siguen adelante con su plan de rebelarse contra la decisión adoptada en nombre de un desolado amor por la tierra catalana. Mientras tanto, el rey Fernando sale de Zaragoza recién coronado para acudir, con prontitud, a Barcelona, donde tenía previsto convocar a las Cortes. Sella un pacto con los ciudadanos honrados y teje complicidades con ellos sobre la política a seguir en el Mediterráneo. Todo con prontitud, respondiendo a la *Realpolitik* que define todo su reinado. En pocos meses reconstruye el poderío naval, recupera las amistades perdidas, paraliza la acción de los enemigos irreconciliables y firma un acuerdo con el sultán de Egipto sobre el consulado catalán en Alejandría.

Fernando define así el futuro prometedor que quiere para Cataluña. El *sí* de una parte de la sociedad catalana a su política iguala el *no* de la otra parte, la que se mantiene fiel a la causa del conde de Urgel. La disputa continua. Al parecer, no había más solución que la guerra.

A la sociedad catalana no le queda otra que optar por una de las partes en conflicto. La guerra con el conde de Urgel paraliza voluntades, pero la duda será breve. El coro de los que aspiran a recuperar el pulso de la economía se agita. Hay que ser realista, dominar las emociones, dejar que fluya el sentido común. La rabia solo lleva al abismo.

Joan Fivaller fue el epítome de la forma de pensar de los catalanes que

apoyaron a los Trastámaras pese a las dudas. Un ejemplo de cordura en tiempos revueltos. El rey solicita su consejo sobre la guerra con el conde de Urgel: gesto que sorprende porque mostraba a los Trastámaras proclives a la cultura del pactismo catalán, razón de por qué Fivaller se convierte en la leyenda que llega hasta la escultura de Josep Bover, en una hornacina de la fachada del ayuntamiento de Barcelona; luego, como ha ocurrido tantas veces con los catalanes ilustres, antes y después, en Fivaller prevaleció la convicción de que por mucho que le afligiera el fallo de Caspe, los Trastámaras eran la mejor garantía para activar la economía catalana. Razón práctica se llama este patriotismo que aquieta el activismo político a favor del bienestar social.

El resultado fue revelador: al frente de la diplomacia de Fernando de Antequera vemos a consejeros catalanes. Gesto de un hombre ambicioso, pero práctico: el rey fue un decidido pactista. En todo caso, apoyó la política de la Biga e invitó a los nobles a la campaña que iba a comenzar en el Mediterráneo. En las Cortes de 1413, se dio un paso más en ese pacto que alcanzó a las competencias de la Generalidad; dejó de ser el organismo financiero creado en tiempos de Pedro el Ceremonioso para convertirse en una auténtica institución de gobierno de Cataluña, con jurisdicción para controlar la política de la Corona.

Fernando de Antequera en esa línea de ceder cuotas de poder aprobó nuevos estatutos, entre los que destacan una versión actualizada de los *Usatges* y otro que permitía a los abogados utilizar el catalán en los procesos. Se creó la Real Audiencia de Barcelona con la potestad de impedir que el rey dictara sin su asentimiento disposiciones en materias de su competencia. El pactismo había confinado a Fernando en una compleja red de limitaciones basadas en los privilegios que el pueblo catalán llamaba libertades: unos privilegios incompatibles con el ideal político surgido en el Renacimiento que consideraba el poder como una obra de arte. En todo caso Fernando quiso reservarse los impuestos municipales, los *vectigales*, convencido de que los prohombres de la Biga, Gualbes, Fivaller, no se iban a indisponer con él por un asunto tan nimio. Se equivocó; también en eso tuvo que ceder. No porque haya abrazado la causa catalana, sino porque no soporta la histeria lírica de los partidarios de una Cataluña dividida.

El recuerdo de su reinado, es decir, la lectura hecha en tiempos de la *Renaixença*, es una recreación neogótica que plantea cuestiones relativas a la

identidad catalana más que a las acciones de gobierno de un rey que hizo más por Cataluña de lo que se le ha reconocido (con la excepción de lo que dijo el historiador sardo Alberto Boscolo). Su hijo, y sucesor, Alfonso el Magnánimo no fue tan pactista; era un príncipe del Renacimiento con ideas autoritarias de gobierno. Cataluña añoró al padre en las acciones del hijo.

Los hombres de la Biga recibieron con preocupación el giro político de Alfonso el Magnánimo. Pero insistieron en el pacto: trataron de adelantarse con ello a los nobles Bernat de Cabrera, Roger de Pallars, Dalmau de Rocabertí y Ramón de Perellós molestos ante las medidas adoptadas por el nuevo rey. Al final, se acordó una embajada para presentarle las quejas. Ramon Desplá, Joan Fivaller, Joan Ros y Bononat Pere fueron los elegidos. Entre las quejas presentadas destacaba una: la expulsión de los extranjeros de la Corte y del Consejo Real. El pacto era que Cataluña seguiría en la Corona de Aragón con la obligada condición de que las instituciones deberían estar en manos de catalanes.

Esta condición expresa el dilema de Alfonso el Magnánimo: o las instituciones están en manos de catalanes o no se alcanza un acuerdo. En la práctica eso era como decir que el giro político impulsado por el rey no podía ser ajeno al interés general del pueblo catalán, incluso de los que, por usar la expresión de la época, eran *buscaires*, los partidarios de la Busca. Una exigencia que fue en aumento con el paso del tiempo. Entre los miembros de la *vint-i-quatrena de cort* (comisión de cuarenta y cuatro ciudadanos elegidos por el Consejo de Ciento para asesorar a las Cortes) no faltaron quienes sugerían la ruptura de Cataluña con la Corona, en línea con los barones urgelistas que insistían en tener un rey *propio*, no *foráneo*.

Se fragó un plan para la defensa de las instituciones del principado, que era como decir de las libertades del pueblo catalán. El gesto de rebeldía, tantas veces visto, adopta un tono más intenso, dada la serie cada vez más compleja de conflictos entre la Generalidad y el rey.

No seré yo quien finja sorpresa ante la situación. La rebeldía, que había formado parte del carácter catalán desde que el conde Bera a comienzos del

siglo IX se enfrentara a Carlomagno, trasmuta a mediados del siglo XV en una revolución social. Esta revolución, al conculcar los valores del Renacimiento, estaba llamada a triturar vidas e ideas de la sociedad catalana interesada en la modernidad porque sostenía con empeño una visión del mundo anclada en el pasado. La tensión fue tal en la ciudad de Barcelona que hundió el comercio de ultramar según demostró Mario del Treppo. Así fue. Discutirlo es inútil; justificarlo carece de sentido. Cataluña actuó así en un momento clave de la historia del Mediterráneo, con los turcos asediando Constantinopla; la conquistaron en 1453. Las quejas se sucedieron sin medir las consecuencias, tanto entre la gente sencilla como entre la refinada, todos se enfrentaron de un modo u otro con el hecho catalán con sus sentimientos más exaltados; en fin..., para resumir, se creó una rivalidad entre dos bloques que no presagiaba nada bueno.

Pero ¿por qué? Para comprender mejor las razones de ese enfrentamiento y el modo de pensar de ambas partes hay que leer los dietarios de la época, las cartas privadas y los procesos judiciales, donde se registran los testimonios de la gente que confesaba algunas verdades con vistas a encontrar una respuesta sobre lo que estaba sucediendo. La conclusión que se extrae de todos estos testimonios es que se vivía en una tirantez extrema entre el sentido común que se basaba, escribió Anselm Turmeda, «en el *elogi dels diners* que de tort fan veritat», y la rabia que primaba el morir por la patria al bienestar social. Así esa tirantez atravesó los años como si fuera inevitable. Minuto a minuto, hora tras hora, día a día, noche tras noche, los aires de revancha, las quejas de los consejeros, las mentiras empujaron a Cataluña al abismo. La lógica de esta historia es tan impecable como implacable: el malestar contra la política en el Mediterráneo de Alfonso el Magnánimo fue la causa de la guerra civil.

Una actitud así resulta sorprendente, más todavía si se tiene en cuenta que ambas partes llevan sus posturas a una reducción al absurdo al mostrarse cada una de ellas como la única *legítima y pacífica*. Eso fue lo que sucedió y como siempre fue un comienzo incapaz de adivinar lo que sucedería más tarde, pues en la deriva no se percibieron las ruinas que se abrían a cada paso. Ante el colapso de la economía, parte de la sociedad catalana fue atraída a una trampa de la que salió irremediabilmente mal parada. Pese a ello, hay un rico legado de ideas y obras artísticas, debido a que las circunstancias le obligaron

a trascender sus perspectivas. A comprenderse.

Bernat Martorell es el pintor del momento. El *Retablo de la Transfiguración* de la catedral de Barcelona es la muestra del estilo internacional: interés por la perspectiva, el paisaje y la personalidad del individuo. La pintura expresa el desvelo por una Cataluña atrapada entre dos experiencias que la marcaron durante cuarenta años (1422-1462): el deterioro de las relaciones del rey con las instituciones y el conflicto entre la Generalidad y la Busca. Dos vivencias, dos modelos de sociedad difíciles de sumar, que llevaron a formular a los catalanes de aquel entonces la pregunta autocrítica por excelencia, hoy tan actual: *¿Cómo se ha llegado hasta aquí?*

Alfonso el Magnánimo, sobrepasado por la situación, decidió marcharse. Había llegado a la conclusión de que no había nada que hacer; abandonó Barcelona y se instaló en Nápoles. La idea de un Imperio en el Mediterráneo se impuso a la de Cataluña. Se lo jugó todo a esa idea, dice Alan Ryder, su biógrafo. Las gestas militares, incluida la derrota en la batalla naval de Ponza (5 agosto de 1435) se siguen desde Barcelona con preocupación. La guerra fue más larga de lo previsto. Ocho años que el rey pasó en una fortaleza en la isla de Ischia. Hasta su entrada triunfal en Nápoles, luego reflejada en un arco triunfal en mármol a la entrada del Castillo Nuevo, «el Maschio Angioino», el rey no fue capaz de generar consenso en torno a su figura y de aunar voluntades en Cataluña, cada vez más dividida. La tensión no presagiaba nada bueno.

La corte de Alfonso el Magnánimo floreció bajo el humanismo. Con todo, para la mayoría de los catalanes, no solo los urgelistas, el interés por Nápoles marcó el desencuentro definitivo con los Trastámaras. Un incidente lo dejó claro. Tras la campaña, el rey necesitó dinero, y se dirigió a la Generalidad para que reuniera las Cortes. La resistencia fue famosa, dando lugar a la conocida pregunta del rey en una carta de 1446: «¿Por qué los catalanes me regatean el dinero, cuando para ellos he conquistado un reino y he guerreado contra Génova, su vieja rival?».

La pregunta es en realidad la queja de un rey incapaz de entender a Cataluña. Nadie le hizo un informe, y fue un error no hacerlo. Porque no hay que olvidarlo: Alfonso el Magnánimo actuó en lo referente a la situación catalana más como rey de Aragón que como conde de Barcelona, y por eso

fue incapaz de encontrar una solución al laberinto en el que se encontraba Cataluña a mediados del siglo xv. Estaba dividida y esa división estaba llevando a un conflicto civil: señores y remensas, ciudadanos honrados y menestrales, *bigaires* y *buscaires*, cada uno de ellos afirmando del otro que era un traidor. El rey le dio la espalda a la rebelión que se gestaba y cuando se interesó por ella fue tarde: se había convertido en una revolución.

Así era la política catalana del siglo xv, de la que Alfonso el Magnánimo es responsable y a la vez víctima. Cuando halaga a la Biga, planteando convertir Barcelona en la capital financiera de la Corona de Aragón, la Busca protesta afirmando que la solución es la construcción naval para lo que se cuenta con las nuevas Atarazanas; cuando se acerca a la nobleza para atraerla a la guerra en Italia, los campesinos de *remensa* se levantan exigiendo la abolición de los *malos usos*. Ejemplos entre otros de dos maneras opuestas de entender la política y si se me apura, la vida. Era preciso encontrar una voz común que hiciera de puente, el arte podía serlo.

El momento Lluís Dalmau. En 1455, recibió el encargo de pintar el *Retablo de los Consellers*: un ejemplo de gótico borgoñón en la línea del gran maestro Jan Van Eyck, de quien aprendió el estilo y el espíritu. Pronto se vio como la exaltación de aquellos grupos de la ciudad de Barcelona que esperaban ansiosos el regreso del rey como la única salida a la crisis; es decir, volver al pacto firmado por Fernando de Antequera que situaría a Cataluña como motor económico de la Corona de Aragón. Pero esa idea exigía un consenso de las fuerzas políticas, la Generalidad la primera, que se mostró contraria a la salida de la crisis mediante una proposición aprobada que llevara por título la *Benaventurada venguda del Senyor Rei*. Alfonso nunca regresó. Murió en Nápoles en junio de 1458.

La guerra civil estaba a punto de estallar en Cataluña. La prosperidad se trasladó a Valencia, que en pocos años se convirtió en la capital de la cultura y del comercio, y lo que es importante saber, de la literatura en vulgar valenciano, una modalidad del catalán que hizo posible poetas como Ausías March y Jordi de Sant Jordi, o novelistas como Joanot Martorell.

La historia de los dieciocho años que median entre junio de 1454, cuando fallece el Magnánimo, y el 16 de octubre de 1472, cuando la firma de la

Capitulación de Pedralbes pone fin a la guerra civil, es la historia de la gestión, crisis y pérdida del prestigio obtenido por Cataluña tras imponer el ideal pactista a la dinastía de los Trastámaras.

Este episodio de rebeldía presenta rasgos comunes con otros que ocurrieron después y se caracteriza en principio por litigios en la Generalidad sobre quiénes tenían derecho a intervenir en las Cortes, en concreto si podían hacerlo los *buscaires*. Las Cortes, convocadas para juzgar las *greuges* Requesens (las decisiones tomadas por Galcerán de Requesens durante su lugartenencia) tasaron el papel de la Corona en Cataluña. La rebeldía se había transformado en una revolución.

Las quejas aumentaron contra Juan II porque —según se decía— jamás creyó en las *libertades* de Cataluña, ni en su historia. Pero no por ser rey ni por ser Trastámara, ya que los rebeldes aceptaban a su hijo Carlos de Viana, sino por no atenerse a los acuerdos de un sector de consejeros que exigían el sometimiento de la ley a las decisiones de las Cortes. Las quejas aumentaron cuando Carlos de Viana fue detenido. El hombre providencial estaba en prisión. Ya había un motivo para sublevarse: ese insigne patinazo, se ha dicho alguna vez, abría la puerta a las exigencias de los barones y los hombres de la Biga de replantear el encaje de Cataluña en la Corona de Aragón.

La dilación a tomar decisiones por parte del rey abre uno de los periodos cíclicos tan habituales en el país, en el que la discrepancia entre las partes no está únicamente en lo que se produce, sino en lo que se agota. Carlos de Viana murió la noche del 23 de septiembre de 1461 tras su paso por prisión, inmortalizado por el pintor romántico Emilio Sala. Pronto se le consideró el mártir de una causa que al faltar él adoptó otra imagen.

Las reuniones del conde de Pallar y los miembros de la Biga contra el rey Juan II se desarrollan en secreto. ¿Una forma de hacer oposición? No, simplemente conspiración.

Es cierto que el objetivo era tan ilusionante (poner en el trono a un catalán de *pedra picada* y no a un foráneo castellano) que los conjurados no calcularon el poder del rey. Estaban convencidos de que todo saldría conforme al plan establecido en las reuniones, aunque muchos de ellos aprovechaban la ocasión para asegurarse un patrimonio. Nunca tuvieron intención de negociar, mucho menos de dialogar. Estaba claro que en el otoño de 1461 había determinadas cosas que estaban mal en Cataluña. Eran

días en los que se veía lo que se podía perder; pero lo que renacería estaba todavía oculto. Así, pese a la actitud de los radicales, era el momento de alcanzar un acuerdo antes de que fuera demasiado tarde.

La pregunta es obligada: ¿quiénes fueron los culpables de la guerra civil?

Vicens Vives dio una respuesta de las suyas habituales, en esa línea argumentativa del catalán sabio que va del cardenal Margarit al presidente Tarradellas: «La culpa de la guerra civil (del siglo xv) fue, indiscutiblemente, de los catalanes. Del grupo del conde de Pallars, que desde hacía mucho tiempo andaba a la greña con el del conde de Cardona; de la Biga, que tantas veces chocara con la Busca; de los señores, que no aceptaban las legítimas aspiraciones de los payeses y, todavía, del estamento eclesiástico, que, en lugar de pacificar los ánimos, echó brazadas de leña al fuego de las pasiones».

La guerra civil catalana del siglo xv tiene sus raíces en la acción, y la sociedad ejemplar en la que esa acción se manifestaba con plena libertad era la que se sostenía en las costumbres de la tierra catalana; lo dice Soldevila y lo demuestra con la descripción de lo que él denominó «la violació de las Constitucions de Catalunya» que se encarna en el príncipe (Carlos de Viana) que fue maltratado por su padre, odiado por su madrastra y expoliado. Se aseguraba así que todos los que se agruparon contra el rey Juan II lo hicieron voluntariamente alrededor de los líderes de la Generalidad como representantes legítimos del pueblo catalán; nada les obligó a ello; solo impulsos personales, el sentido del amor a la tierra, el respeto por las tradiciones. Así pues, la guerra contra Juan II fue una revolución del pueblo contra un rey. Sin embargo, la realidad histórica es diferente a este relato poético. La sociedad catalana del siglo xv estaba asentada en las leyes, en la justicia, en una administración; una sociedad que impone sus normas al individuo, cuyo comportamiento queda determinado más por doctrinas externas a él que por su propia voluntad. La guerra nació en ese contexto: fue por tanto una guerra civil entre catalanes, no una guerra de unos catalanes descontentos contra el rey Juan II.

La guerra duró diez años (1462-1472). Los catalanes se movieron entre el luto y el polvo, la rabia y la tragedia, en costosas campañas que postraron el

comercio y asolaron los campos de cultivo, haciendo que la vida económica retrocediera una generación entera. Ambiente gris. Nadie quería ser el primero en ponerle fin a esa ordalía de sangre: la guerra iba a decidir la legitimidad de unas ideas o de otras. Cataluña pagó muy caro esa forma de ser.

La guerra civil también es recuerdo, evocación de una dinastía que le dio la espalda a la historia: los Trastámaras eran solemnes como los Valois en Francia, tan adaptados como ellos al Estado moderno. Su gran enemigo, durante la guerra, fue el autor de un panfleto titulado *La fi del comte d'Urgell*. Hay cierta melancolía en la lealtad feudal del autor por el desdichado conde al que se le reconoce la única legitimidad de la tierra, al que se sitúa en el centro de la tragedia del perdedor de una lucha fratricida (las madres de los litigantes al trono eran hermanas), que enlaza con la de otros casos parecidos: de Jaime de Urgel a Le Chevalier Des Touches, todos ellos hombres heroicos ante el final de una civilización.

Detallemos, para los no versados en la política del siglo xv: la Generalidad lucha primero en nombre de Enrique IV de Castilla, al que titulan «rey de los catalanes»; luego en el de Pedro, condestable de Portugal, nieto del conde de Urgel; y finalmente en el de René de Anjou. De los tres solo el Condestable respondió con su vida a ese reto. Por eso el pintor Jaume Huguet, de Valls, como un cronista indiscreto desde la plaza del Regomir de Barcelona donde residía, pintó el *Retablo del Condestable* para la capilla de Santa Águeda, escribiendo en los azulejos del pavimento figurado a los pies de santa Catalina la divisa de Pedro, *paine pour joie*, «pena por gozo»: melancólicas palabras de un hombre que creyó posible una salida digna a la guerra civil y que en su anhelo de caballero esperaba que fuera el ideal de la mayoría de catalanes. Se equivocó.

En los años de la guerra civil, de la revolución, se vio a menudo, cerca de la sangre, al notorio Joan Margarit, a quien Carlos de Viana estimó su enemigo. Cuando Cosme de Montserrat, obispo de Vic, levantó la voz contra Juan II en nombre del pueblo catalán, Margarit le acusó de ser la causa de todos los males del país.

La guerra civil fue también un conflicto de ideas, más tenaz que las

campañas militares porque, al finalizar estas, se debatieron durante años las razones de la pugna de la Generalidad con el rey. Desde el momento que se firmó la Capitulación de Pedralbes, el 16 de octubre de 1472, con la que se puso fin a la guerra, Margarit alertó que si los catalanes querían normalizar la vida debían buscar aliados con urgencia pues la ocupación francesa del Rosellón y la Cerdaña, había cercenado tierras «inseparables del cuerpo del principado». ¿Dónde hallar esos aliados? El Reino de Nápoles de Ferrante, sobrino del rey Juan, estaba inmerso en un conflicto con los barones; la Borgoña de Carlos el Temerario se enfrentaba a Francia que acababa de salir victoriosa de su guerra con Inglaterra; el Imperio alemán de Federico III estaba involucrado en las *res Orientales*, nombre que se le daba a la cuestión de Oriente. Solo quedaba una gran potencia, Castilla. Ese debía ser el objetivo: la unión dinástica de Fernando con Isabel. Margarit reconoció que esa solución sacaría a Cataluña de su agonía, y expone el deseo en la dedicatoria de su *Paralipomenon Hispaniae*, recordando a los catalanes la dignidad de los Trastámaras. Con ese lazo matrimonial, escribe el cardenal Margarit (el capelo se lo dio Sixto IV), «vuelve en las Españas Citerior y Ulterior la unidad perdida desde tiempos de los romanos y visigodos»; y añade «Mi deseo surge del puro amor a mi patria a la que quisiera dar un esplendor merecido».

Pero ¿cuánto tiempo puede ser eficaz un argumento así en Cataluña? ¿Cuánta fuerza tendría si Fernando el Católico impulsor del *redreç* de la economía se arrepintiera de su decisión, como ocurrió en 1506 a la muerte de su primera esposa? La reacción inicial de los nobles de su entorno, los Recasens y otros, fue alinearse con él en su matrimonio con Germana de Foix y en su litigio con su yerno Felipe de Borgoña, casado con la reina Juana. Este movimiento, que no careció de la adhesión activa de los ciudadanos de la Biga (además de sus afines de la nobleza surgida de la guerra civil), condujo a la aparición de un nuevo espíritu de rebeldía que gravitaba de hecho el entorno de la Generalidad: núcleo del poder que Cataluña enfocó de nuevo como eje de su política, cuando Fernando el Católico mostraba síntomas de cansancio.

A los ojos del último rey Trastámara (su hija Juana fue reina pero cedió el trono a su hijo Carlos, un Habsburgo) Cataluña aparecía marcada por un progresivo deterioro del tono. En todo caso, había que ayudarla a levantarse, según sus antiguos patrones de conducta, impulsando la actividad comercial y

naval en Barcelona. Así que, aún desengañado, puso aceite en el engranaje de la economía catalana a la espera que su sucesor hiciera el resto. El historiador Pere Miquel Carbonell escribió en *De viris illustribus catalanis*, que Cataluña tras una caída es capaz de recuperarse. Ahora esperaba hacerlo con la dinastía de los Habsburgo. Momento de expectación, eso es lo que siente al redactar en catalán las *Croniques d'Espanya*.

En 1516, al morir Fernando el Católico, comenzó una nueva época en Cataluña.

EN EL IMPERIO DE LOS HABSBURGO

Entre 1516 y 1714 Cataluña formó parte del Imperio de los Habsburgo, de la España imperial si empleamos el término que se hizo famoso por un libro de John H. Elliott. Doscientos años que constituyen una incomparable enciclopedia de la vida catalana con sus luces y con sus sombras.

Al repasarlos contemplamos la historia del pueblo catalán que avanza primero con lentitud, discretamente, en medio de los recelos provocados por los planes del emperador Carlos V; luego, al hacerse efectivo el régimen *polisinodial* (administración de órganos colegiados) vemos llegar a ese pueblo a uno de los episodios más famosos de su historia, el día de Corpus Christi de 1640, un hito en la memoria social, expresión de una identidad colectiva que se vale de la violencia para sus demandas: los segadores convertidos en el referente de la historia nacional; incluso el himno les menciona con sus golpes de hoz. Y tras esa rebelión, una sucesión de acontecimientos que conducen al país a una situación extrema: la independencia promovida por la Generalidad con Pau Claris al frente; el fracasado encaje en la Francia de Richelieu; la paz de los Pirineos que desgajó parte de la tierra catalana, la fusión con el ideal austracista con la dinastía de los Habsburgo, la guerra de sucesión, la toma de Barcelona el 11 de septiembre de 1714. Todo eso en apenas doscientos años.

Seguir las vicisitudes del pueblo catalán en esos doscientos años significa descubrir, en cada episodio, la distancia que separa la necesidad de conservar las leyes y costumbres del pueblo catalán de la estrategia de la Generalidad en sus continuas disputas con los reyes de la casa Habsburgo: Carlos V, Felipe II, Felipe III, Felipe IV y Carlos II. Hay dos momentos bien reveladores: la propuesta de Carlos V de contar con Cataluña para su Monarquía Universal y la decisión de las dos partes (rey y Generalidad) de

poner fin al conflicto tras el fracaso independentista de mediados del siglo XVII. Sea el camino de la invitación o el del pacto, esta época aparece dominada por una fuerte decepción, origen de la idea de decadencia que es una de las lecturas que deberé reevaluar aquí con nuevas informaciones.

La reina Juana se acercó a entender Cataluña cuando murió su padre Fernando el Católico el 23 de enero de 1516, ya viuda y encerrada en Tordesillas por un cierto desarreglo de la personalidad que hizo que la llamaran la Loca. Como reina legítima transmitió a su hijo Carlos la herencia de su padre, los reinos y tierras de la Corona de Aragón. Había el riesgo de llegar a la situación vivida cien años antes por los Trastámaras con la Generalidad. Pero esta vez fue muy diferente.

Entre la muerte de Fernando el Católico y la llegada de Carlos V, se afianza la actividad comercial en la ciudad de Barcelona tras las oportunidades abiertas por el *redreç* de la economía mercantil. El primer efecto tiene que ver con la construcción de edificios como la casa del Arcediano a iniciativa del canónigo Lluís Desplá, un convencido del mérito artístico de Bartolomé Bermejo, el gran pintor de esos años, ya que los discípulos de Huguet no tenían la talla del maestro. El giro político de 1507 visible en el nuevo matrimonio del rey condujo a la derrota en Rávena de Ramón de Cardona al frente del hasta entonces invicto ejército del Gran Capitán. Dijo Pere Miquel Carbonell al comentar la política del rey, «el porvenir de Cataluña exige entender el rumbo de la historia».

El siglo XVI no fue un siglo de decadencia económica; es imposible mantener el tópico. La actividad comercial vivió una fase de expansión, lo prueba el desarrollo urbanístico del barrio de la Ribera con los palacios de la actual calle Moncada. Ciertamente que la exportación era por tierra más que por mar; pero eso no es un signo de crisis, responde al patrón general de la época de cambiar las rutas marítimas por las rutas terrestres a medida que el Mediterráneo se iba convirtiendo en un lago otomano con la inapreciable ayuda de los corsarios berberiscos.

En 1519, Carlos de Habsburgo llega a Barcelona con la intención de renovar

el país y cambiar la mentalidad de su gente: como duque de Borgoña asegura la construcción naval, negocio en alza en las ciudades del Mediterráneo; como rey de Castilla avala la entrada de paños catalanes al mercado americano; y como conde de Barcelona afianza las costumbres de Cataluña. Hombre serio, exigente y creativo dejó una impronta tan personal que es imposible hablar del siglo XVI sin él.

Las imágenes de la cultura borgoñona son visibles en el coro de la catedral de Barcelona donde Juan de Borgoña, por indicación del rey de armas Thomas Isaac, colocó los paneles heráldicos en los sitiales de los miembros de la Orden del Toisón de Oro. La reunión del XIX Capítulo se inauguró el 5 de marzo de 1519.

Momento irrepetible, cuando los caballeros llegados desde los más remotos lugares de Europa eran la imagen del mundo moderno. Una promesa de felicidad. Al igual que en la Exposición Universal de 1888 o en los Juegos Olímpicos de 1992, la celebración marcó la vida ciudadana mientras los sectores contrarios al rey rumian la ofensa. Que se trataba de una invitación al cambio lo garantizaba la transformación de Barcelona en la capital del mundo, al menos durante unos meses. La fiesta recuperó el pulso de la economía. Desencadenó optimismo, también el habitual recelo. La felicidad no era completa.

La rebeldía seguía vigente, y ni siquiera faltaba sangre donde bañarla. En la memoria de todos los ciudadanos de Barcelona se mantenía vivo el atentado contra Fernando el Católico en la escalinata de la capilla de Santa Águeda por Joan Canyamars. Todos se preguntaban por el motivo, porque no se creían la versión oficial de que había sido la acción de un loco solitario; que no había conjura ni nada parecido. Olvido necesario, la vida debía continuar.

El Capítulo del Toisón de 1519 es la primera versión de Barcelona como archivo de la cortesía, el instante en que nobleza, patriciado y menestralía se funden en una sola masa. La fiesta duró poco. Regresó la normalidad. Antes de eso, una última oportunidad de cambiar el rumbo de la historia catalana en forma del discurso de Carlos V a las Cortes reunidas en Barcelona en primera instancia el 16 de febrero de 1519 y en segunda instancia tres meses después, el 13 de mayo.

La historia del discurso de Carlos V a las Cortes se divide en dos fases, separadas por el intervalo festivo del Capítulo del Toisón de Oro. En la primera, para el sentir de los catalanes, se exponen los planes de futuro gestados en paralelo a sus gestiones para ser elegido emperador de Alemania. Ofrece una larga explicación de sus objetivos en el Mediterráneo porque busca la alianza de la nobleza, el clero y el patriciado y les propone que Cataluña participe en la consolidación de la Monarquía Universal, que diseña junto a Mercurino Arborio Gattinara.

¿Cuál es el precio político? Si la propuesta es la cabal inserción en los planes imperiales, el momento sucesivo es la asistencia a la guerra contra los corsarios berberiscos. La recuperación de la hegemonía en el Mediterráneo de los tiempos de Alfonso el Magnánimo, muestra el cuajo de los que se quejaban del peligro de los corsarios pero que no estaban dispuestos a invertir en la defensa de la costa catalana. Esta imprudente manera de mostrar la defensa de sus antiguas tradiciones es peligrosa con los turcos en plena expansión y los hermanos Barbarroja controlando el mar a su gusto; por cada moneda que se ahorran se ganan un centenar de enemigos, hasta tal punto que un día, ya sin argumentos ante la política del rey, llevan la situación al campo de la rebeldía, al mismo que había conducido a la guerra civil en tiempos de sus abuelos. Sí, así fue como entre febrero y mayo de 1519 se redujeron las peticiones de Carlos V, ajustándolas a una sociedad que no reconoce el riesgo de quedar fuera de las redes internacionales.

En el segundo discurso hay un lenguaje más romo para alcanzar una propuesta de mínimos, una suerte de atrezo diplomático para sosegar una actitud levemente sediciosa. Ironía de la historia, mientras en mayo Carlos V recibía una fría acogida en las Cortes catalanas, en julio era proclamado emperador en la dieta de Frankfurt gracias al dinero de los Fugger de Augsburgo por el voto unánime de los siete electores. Ambos acontecimientos casi sucesivos marcaron la relación de Carlos V con Cataluña: once veces la visitó para ajustar los detalles de su política.

Toda relación política plantea una problemática sin fin en Cataluña. A aquellos que antaño lanzaron anatemas contra los Trastámaras, los incitaba algo más profundo que el interés por formar parte de un programa imperial. Los sacaba de quicio el desacuerdo sobre las costumbres catalanas; la indignación contra un rey que quiso convertir Cataluña en una parte de un

todo que por muy gloriosa que fuera no respondía en absoluto a las aspiraciones del pueblo catalán. Esa sensación la tuvo Carlos V cuando aconsejó a su hijo Felipe II, en las célebres instrucciones escritas en Palamós en mayo de 1543, de vigilar Cataluña «por ser los fueros y constituciones tales, como porque sus pasiones no son menores que las de otros, y ósenlas más mostrar y tienen más disculpas, y hay menos manera de poderlas averiguar y castigar».

No se entenderá Cataluña sin entender esta confesión de Carlos V. Es posible que esté un poco desilusionado con tanta deslealtad. No ganaba para disgustos. La confesión a su hijo otorga al espíritu de rebeldía su plena dimensión, lo señala como un rasgo del pueblo catalán, pero también como un riesgo al revelar la contumacia de la que hace gala al enfrentarse al hecho histórico de que en 1519 Cataluña era un principado que se distanció de la oferta de tener un papel importante en los planes del emperador del Sacro Imperio porque no quiso ser solo una parte de su poderoso conglomerado de territorios que se extendía por media Europa. Salió el deseo de mejor solos. Un modo de sentir en Cataluña que atraviesa los siglos, ilumina su historia y conduce las acciones de su gente.

En la compleja sucesión de desencuentros entre Carlos V y Cataluña, que alguna vez se ha tratado de disimular con ditirambos académicos, hay episodios de relevancia. Destacaré algunos escasamente atendidos.

Carlos V fue testigo del encuentro entre un barcelonés por el que sentía aprecio, Juan Boscán, y un veneciano de reconocida valía: Andrea Navagiero. El encuentro entre ambos es un bello episodio del siglo XVI.

En 1526, mientras ambos paseaban por el Generalife, en Granada, donde el emperador pasaba la luna de miel tras contraer matrimonio en Sevilla con Isabel de Portugal, el veneciano sugiere al catalán la necesidad de abrirse al modo itálico de hacer poesía, en lugar de seguir fiel al *Cancionero General*, referente de los poetas cortesanos en el siglo XV; este se apresura a entender el alcance de lo que le dice, y Navagiero hace un elogio grandilocuente de su talento; feliz, halagado, Boscán asume que la métrica y el verso debían ponerse al servicio del futuro prometedor que traía la Monarquía Universal. El objetivo: avanzar una generación el desarrollo literario de España

introduciendo el petrarquismo en el ambiente poético de Barcelona, al igual que hacían Garcilaso de la Vega en Toledo, Pierre de Ronsard en París y Thomas Wyatt en Londres.

Entramos aquí en el ámbito de una decisión personal de una enorme trascendencia. No cito este consejo porque me interese el curso de la literatura, sino porque con ella se descubre, súbitamente, una realidad social en toda su ambigüedad, el poeta es un catalán al que se le está sugiriendo escribir en castellano porque puede hacerlo, porque también es su lengua. He aquí la *virtù* que debe considerar (la virtud que, para Alfred von Martin, es el principal atributo del nuevo hombre de los tiempos modernos que debemos a Maquiavelo).

La casa de Boscán en Barcelona fue el lugar elegido para asumir el desafío de escribir poesía en castellano; allí, junto a su esposa, la valenciana Ana Girón de Rebolledo, forjó un universo poético pese a que no existiera el encanto que rodeaba a Garcilaso de la Vega. No había nada parecido a la vida heroica en el campo de batalla que exhibían los capitanes del emperador. Sin embargo, el mundo interior de Boscán era intenso y para expresarlo era consciente de que no podía recurrir a Ausías March: su objetivo era construir sonetos al modo itálico. Abandonó el catalán, la lengua de su familia, con la carga política que un gesto así tenía en ese tiempo y se puso a escribir noventa y dos sonetos en castellano en modo petrarquista como en el verso «solo y penoso en páramos desiertos».

Boscán desde una casa burguesa de Barcelona muestra a parientes, amigos y vecinos que se puede ser catalán y escribir poesía en castellano. No será el único en hacerlo.

En ese ambiente cultural se vio a un aristócrata vasco, Ignacio de Loyola. Había llegado el 22 de marzo de 1522 a Montserrat como peregrino para curar las heridas recibidas en la batalla de Pamplona; luego en Manresa recibió las señales que le cambiaron la vida. Le ayudó la lectura de *La vida de Cristo* de Ludolfo de Sajonia y los consejos de Isabel Roser. Nada fue más fecundo para escribir una obra clave de la cultura católica: los ejercicios espirituales con el paso a la acción que en ese tiempo asumía la defensa del Papa contra el luteranismo. Fueron a partir de entonces material para la Contrarreforma; luego con Diego Laínez y Francisco Javier convirtió la acción en la Compañía de Jesús, un grupo que hizo de la espiritualidad un acto de contrición.

El ambiente de Boscán y de Ignacio era el mismo que se respiraba en la ciudad de Barcelona, mitad esperanza, mitad recelo. Esa paradoja razona el gusto constructivo de *pedra picada* en sólidos bloques, con grandes portales, ventanas con columnas geminadas y otras soluciones que pueden verse en el Palacio del Lugarteniente de Antoni Carbonell: edificio que resume la distancia que hay entre la esperanza en el futuro fijada por la Monarquía Universal de Carlos V y el recelo que tomaba forma en algunos sectores de la sociedad ante el miedo de que los reyes Habsburgo limitaran la identidad del pueblo catalán.

En los *Col.loquis de la insigne ciutat de Tortosa*, Cristòfol Despuig, a sus cuarenta y siete años, escribe: «No he volgut escriure l'obra en llengua castellana per no mostrar tenir en poc la catalana i també per no valer-me de llengua estranya per a defensar i il·lustrar la naturalesa pròpia, que és la principal intenció de mon treball». Con esas palabras quiere enviar un mensaje de resistencia. Es evidente que Cataluña está cambiando por la política de los Habsburgo. Existe el peligro de que el pueblo catalán pierda la identidad que se simboliza en la lengua; hay que evitarlo a cualquier precio, cree Despuig, avanzando en una línea que se convertiría en materia de política en los siglos siguientes. Un gesto nada censurable aunque va unido, no se sabe bien por qué, a la sulfurosa necesidad de plantearlo en clave de rebelión. Es el peligro del activista, cuya visión condicionó entonces, y ha seguido condicionando, la historia de Cataluña.

Al ser desafiado, el poder se despierta. La voz del rey retumba antes de que se generalice una actitud como la catalana en el resto de los territorios de la Península ibérica. Le sobran motivos para hacerlo, pero sobre todo cuenta con una pléyade de notables funcionarios para llevarlo a cabo. Las primeras decisiones adoptan el aire de revancha. Pues sí, eso es: Felipe II toma el control al darse cuenta de «estar en tiempo tan peligroso como estamos». Lidera así la propuesta de crear un «cordón sanitario», dijo Marcel Bataillon. El momento es decisivo, y escandaloso. Muchos catalanes se lo tomaron muy mal. Felipe II revela aquí su verdad indignada: no, no hay que ceder a todo, la rebeldía no es una fatalidad insuperable. Imperceptiblemente, la política de los Habsburgo se ha metido en plena reforma católica. No hay marcha atrás. Franceses, protestantes, turcos... y rebeldes. Felipe II hará frente a todos

ellos, con convicción no exenta de firmeza.

En 1561, Felipe II escogió Madrid como sede estable de la corte. Se inició la influencia castellana en las decisiones del Imperio tras la paz de Cateau-Cambresis. Se combatió a los enemigos que se veían en todos lados, entre los luteranos calificados de herejes, entre los moriscos en los que se veían a los turcos que les daban apoyo, entre los intrigantes de su círculo privado, que incluía a su hijo Carlos, cuyo dramático fin tanto entusiasmó a Schiller o Verdi, entre los rebeldes de Portugal, Flandes y Cataluña. Se refugia en el trabajo y busca la manera de que alguien le explique la historia de la disidencia contra el Imperio. Para entender Cataluña recurre al erudito Jerónimo Zurita, autor desde 1562 de los *Anales de la Corona de Aragón*, el informe que el rey necesitaba para continuar la reforma del Estado mientras la historia se le echó encima.

Porque la historia es así, está forjada de situaciones que nadie espera y nadie quiere, que crean reacciones emotivas como las que tuvieron lugar en 1568, el *annus horribilis* de Felipe II según Geoffrey Parker. La aceleración del ritmo de los acontecimientos se trocó en importantes decisiones: rechazar la pintura de El Greco para El Escorial, endurecer su postura ante la disidencia en Flandes con el envío del duque de Alba o en las Alpujarras a Don Juan de Austria; y, respecto a Cataluña, ordenando al virrey Diego Hurtado de Mendoza la detención de los diputados que facilitaron la entrada en Cataluña a protestantes venidos de Francia, hugonotes, al hacerlos pasar por inmigrantes en busca de trabajo. No fue muy bien recibida la decisión de acusarlos de traición. Sin embargo, la tensión no afectó a la construcción de decenas de galeras en las Atarazanas ni a la elección del puerto de Barcelona para reunir la flota que se iba a enfrentar a los turcos en la batalla naval de Lepanto, el más espectacular acontecimiento militar en el Mediterráneo del siglo XVI. Braudel *dixit*.

Comparado con el descontento político, las agitaciones sociales son el otro camino de la rebeldía, la otra manera de hacer visibles las señas de identidad del pueblo catalán. La Generalidad gestionó con suma discreción los actos de

violencia de los bandoleros, empapando sus difusas ideas con la doctrina de la resistencia a la tiranía de los reyes. La descripción de Cervantes en la segunda parte del *Quijote* responde a la poética de su tiempo que veía en los actos de los bandoleros catalanes un comportamiento usual en la sociedad del Mediterráneo: los bandoleros que conoció Don Quijote no son diferentes a los uskok de los Balcanes: unos fuera de la ley, incorregiblemente penderos, que sin embargo resultaban simpáticos.

El problema no era por tanto el bandolerismo, pese a la violencia de sus actos, el problema eran las minorías dirigentes que vieron la oportunidad histórica de utilizar el rasgo hosco (*farouche*, se decía al norte de los Pirineos) del bandolero para convertirlo en el perfil de los activistas políticos en sus demandas a los Habsburgo. Aventurada actitud que colisionó con una parte importante de la sociedad catalana en la década de 1580.

Para verlo, baste seguir la recepción organizada con motivo de la llegada de la emperatriz María, viuda de Maximiliano II e hija de Felipe II, nombrada gobernadora del Reino de Portugal. Durante el mes que duró su estancia pudo comprobar que Barcelona era una ciudad próspera, con la construcción en pleno apogeo, con una élite social compuesta por todos aquellos que tenían éxito en sus actividades profesionales. Los gremios estaban en apogeo. Las tiendas llenas de gente. Las fiestas caballerescas, organizadas por la Cofradía de los Caballeros de Sant Jordi (institución fundada en 1565) eran el espejo de la vida social: de la nobleza porque le gustaba participar, del pueblo porque disfrutaba del espectáculo. Entre todos, se aseguró que someterían a los pocos pero ruidosos partidarios de desafiar al rey; pero la verdad es que muchos de ellos estaban a punto de traspasar esa línea roja en la que las doctrinas contrarias a la moral se hacen con la masa del pueblo que termina por situarse por encima de la ley. ¿Qué hacer?

En 1585 se reunieron las Cortes catalanas. Objetivo: un pacto con Felipe II para asegurar el sistema constitucional catalán. Se buscó de este modo aunar voluntades en una sociedad a punto de dividirse. La situación se conoce bien gracias al testimonio de Carlos Manuel, duque de Saboya, que permaneció unos días en Barcelona antes de acudir a Zaragoza para contraer matrimonio con la infanta Catalina Micaela (la bella muchacha que vemos en el retrato de Pantoja de la Cruz). El duque comentó el conflicto entre los dirigentes de la

Generalidad y los miembros del círculo social de sus anfitriones en ese momento; dijo que unos soñaban con afables abrazos de masas para afianzar el hecho catalán; y los otros aspiraban a pactar con Felipe II, garantía del crecimiento económico. Todos con su parte de razón; era difícil decidir entre identidad y bienestar.

Hay que liberar el contumaz conflicto de la habitual e ingenua interpretación de la lucha del bien y del mal: hay que entenderlo con un toque humano pues tiene que ver más con los intereses de cada grupo que con fabulosas aspiraciones a la bondad. Si Galceran de Navel protesta airadamente contra las acciones del virrey en nombre de la libertad de Cataluña, no actúa igual cuando apresan por los mismos motivos de su protesta al justicia mayor de Aragón Juan de Lanuza y lo llevan al patíbulo.

La sospecha de que no se trata de una lucha por la libertad sino por los privilegios atraviesa, desde ese trágico año de 1591, los siglos pasados y futuros. Reclamar para sí lo que se le niega a otro paraliza la solidaridad hacia las acciones de la Generalidad. El coro de protestas se agita, se abre la brecha entre los dos bloques que componen la sociedad catalana en ese momento: la ebullición de unos es el miedo de los otros, y viceversa. Aquí nadie gana. Remito a los hechos. Son evidentes. ¿Queda por ello tranquila la gente? Nadie lo piensa.

En 1591, se produjo un ataque a la flota de Doria que cargaba azafrán de Aragón rumbo a Italia. Se trata de una acción sabida por el Consejo de Ciento, nada espontánea, pero que no tuvo en cuenta la reacción del rey. Felipe II ordenó medidas disciplinarias y limitó la capacidad de gestión del Consejo de Ciento y de la Generalidad. Ya no era solo un desencuentro por la fiscalidad (el rey la quería reducida), sino sobre la gobernanza de Cataluña. Se anuló la decisión del Consejo de Ciento sobre la expulsión de los genoveses de la ciudad por conculcar las decisiones de la Corona. Conflicto de competencias en suma. La naturaleza del poder se expresa en la facultad de tomar medidas. Los consejeros protestan; alzan la voz, se manifiestan; el resto de los barceloneses tratan sobre el conflicto abierto entre la Corona y las leyes y libertades tradicionales.

El drama de siempre. ¿Quién sabe? Mientras, desde el monasterio de Montserrat, el abad Andrés de San Román alerta de la peligrosa deriva de la

política catalana debido a la torpeza de sus dirigentes, Juan de Jesús, en su *Relación de la tiranizada y herética Cataluña*, aboga por la abolición del ordenamiento legal catalán y por la adopción de las leyes castellanas en toda la tierra catalana. La sociedad se divide ante tales propuestas que responden a un estado de ánimo cada vez más exaltado por ambas partes que ya ni se hablan. ¿Ruptura con el Imperio de los Habsburgo o asimilación a la realidad castellana? Una vez más Cataluña se sitúa ante una difícil encrucijada.

Se recurre a la historia para legitimar el blindaje de las leyes y libertades tradicionales. Personajes de relieve (hoy desconocidos): Calcà, autor del *Epítome de la genealogía dels comtes de Barcelona*, Diago o Pujades recrean en sus libros el patrón de la rebeldía política en los *dissentiments* de los catalanes, y refutan los tópicos sobre los catalanes creados en el siglo XVI por viajeros y hombres de negocios que llegaban a sus tierras: un pueblo pendenciero, frugal, religioso y laborioso, con amor al dinero y un fuerte apego a la tierra; tópicos que buscan explicar el inquebrantable deseo de ser *gent catalana* tanto si se quiere como si no. La moral de la vida ha dado paso al espíritu de un pueblo que dramatiza su presente al sublimar el pasado.

Los eruditos encuentran miles de razones (y si no las encuentran, las inventan) para que la Generalidad reclame competencias al nuevo rey Felipe III, al que ven debilitado por la venalidad de su valido, el duque de Lerma. Exigencia renovada desde entonces cada vez que las circunstancias lo permiten.

El *fadrístern* Pedro Franqueza, conde de Villalonga, en su negativo juicio sobre la situación que se vivía, es quien descubre el pastel: «El rey es castellano y nada más, y así es como aparece a los otros reinos».

Todo el siglo XVII aplicará esta sentencia.

La colisión entre Cataluña y el rey era estimulada sin prever sus efectos por Joan de Vilanova que contaba con el apoyo de Josep de Castells. Cuando una dinastía como la Habsburgo tiene como razón de ser la defensa de la rebeldía (lo hizo con la confederación de cantones suizos) se supone la firmeza con la que rebatirá cualquier intento de cuestionar su autoridad. No extraña por tanto la respuesta de Felipe III ante las demandas de las Cortes: «Sabéis que no puedo apartar de mí la soberanía y suprema potestad que tengo sobre todo». Palabras que resumen el imaginario político de un monarca europeo a finales del siglo XVI más que el desengaño por la fría

recepción que tuvo Felipe III cuando visitó Barcelona en mayo de 1599, pese a la fiesta que la alta sociedad le preparó en la sala de contratación de la Lonja. En todo caso el sentido de la soberanía se hizo evidente para todo el mundo cuando decretó la expulsión de los moriscos.

A la Generalidad no le importó esa medida ya que «dita expulsió y crida no són contra constitucions del dit Principat». Todas las quejas se solían hacer por cualquier menudencia, se dejaron de lado en este caso importante. No era asunto suyo. Sin más. Pero a partir de ahí, todo parece ir muy de prisa. Los agravios se acumulaban; creció el malestar y se reactivó la división social entre dos bandos enemistados, los *nyerros* y los *cadells*: los primeros representantes del mundo rural; los segundos, de una nobleza pactista cada vez más alejada de los ciudadanos honrados al haberse negado estos a la ejecución del quinto real. Por lo demás, los vínculos de los *nyerros* con el bandolerismo eran claros al ser su líder un tal Perot Rocaguinarda, más conocido como Roca Guinard, que fue indultado con la condición de que se enrolara en los Tercios de Flandes.

Más que la expulsión de los moriscos, expresión de un gesto abusivo de la monarquía, es la violencia de los bandoleros el secreto no del todo descifrado de Cataluña, la prefiguración de los eventos que arrasan el sentido común a mediados del siglo XVII. La rebeldía convertida en la revuelta de la etnia, en el rechazo al Imperio en cuanto sistema político que aglutina a territorios diferentes. A intervalos cada vez más próximos, el Imperio español se desgarró, como sucedió con el Imperio romano con las invasiones bárbaras, con la rebelión de las poblaciones que se sentían oprimidas.

Detrás de las quejas de los campesinos está la disidencia política. Y es justamente la fusión de estas dos figuras de la historia lo que marcará la tierra catalana favoreciendo su identidad y al mismo tiempo el engaño a la que se la inflige, porque el campesino (el segador) tiende a servir a una política que al final aparta a los rebeldes, reduciéndolos a agentes de una disidencia política de mayor calado y menos efectos visuales.

Fue el momento para un personaje del que se apoderó la leyenda, el bandolero Joan Sala i Ferrer, «Serrallonga». Desde su masía natal en Viladrau se dedicaba a asaltar los carruajes reales en medio del conflicto entre *nyerros* y *cadells* que se adornó de una historieta sentimental con sus amores con Juana de Torrellas con la que vivió en las Guillerías hasta su

prisión y muerte en 1633. Una materia así sirvió para que Víctor Balaguer escribiera una novela romántica y Enric Morera compusiera una ópera.

El panorama de Cataluña en 1640 mostraba una sociedad dividida. La rebeldía formaba parte del entramado político con sobrados motivos pero también con voluntad de llevar las cosas a su extremo. El ambiente estaba muy crispado desde la salida de los voluntarios catalanes en defensa del Rosellón al grito de «sometent!» De todos los lugares, de Palautordera a La Garriga, llegaban noticias de la violencia de los soldados, y era difícil distinguir la realidad de la fantasía. *News, fake news!* Estamos donde siempre estamos. Porque al fin y al cabo verdad o mentira daba igual para el objetivo de una parte de los dirigentes de la Generalidad de litigar con el virrey, un recio catalán, Dalmau de Queralt, conde de Santa Coloma.

El debate giró sobre la política del conde-duque de Olivares, noble andaluz convertido en valido de Felipe IV. Los planes de tan polémico personaje se resumen en la frase que dirigió al rey en apoyo de sus decisiones: «Tenga vuestra Majestad por el negocio más importante de su monarquía el hacerse rey de España». Y ante la posible pregunta de lo que eso significa, añade con gotas de pedagogía: «Quiero decir, señor, que no se contente vuestra Majestad con ser rey de Portugal, de Aragón, de Valencia, y conde de Barcelona, sino que trabaje y piense con consejo maduro y secreto para reducir estos reinos de que se compone España al estilo y leyes de Castilla, sin ninguna diferencia...».

El emblema de la política del conde-duque de Olivares era el monarca, no el rey (algo muy diferente), que tiene el poder sobre una *nación*, pensada como un territorio continuo con las mismas leyes para todos, sin privilegios, aunque se llamaran libertades. Para hacerlo realidad creó la Unión de Armas, que exigía la contribución de todos los reinos al esfuerzo bélico; al fin y al cabo el Imperio español se mantendría si sus habitantes contribuían a defenderlo.

En Cataluña, las fuerzas contrarias al proyecto político de Olivares confluyeron en un gran contenedor: nobleza rural, burguesía, clero, campesinado, con los segadores como punta de lanza de «la rebelión de los catalanes», para decirlo al modo de John H. Elliott. El enfrentamiento fue áspero: a la asonada del 7 de junio, fiesta del Corpus, siguió el asesinato del

conde de Santa Coloma, la llegada del infortunado duque de Cardona con su anhelo de buscar una salida, la mediación del obispo de Barcelona, tardía pero exigente en la carta que termina afirmando: «Per a que visquen els senyors reis s'escolen els catalans, no per morir infamement com esclaus, que no perderen jamai l'honra per la vida, la vida sí per l'honra».

Al final era eso: la honra, expresada con ese estilo tragicómico que es el verdadero estilo de la época.

El horizonte no podía ser otro que la guerra. Con razón o sin ella, Cataluña se va a jugar su destino en el campo de batalla. ¿Cuántas veces tendrá que ocurrir un hecho así para descubrir que no es el camino?

A iniciativa de Pau Claris, se puso el principado bajo la protección francesa, ofreciendo a Luis XIII el título de conde de Barcelona. Una decisión escasamente pensada. Se eligió al campeón del régimen absolutista, al partidario más firme de una nación unida; Richelieu aceptó la oferta; logró así la anexión de parte de la tierra catalana.

¡Menuda forma de hacer política! Parece bastante claro que la necesidad de taparla ha desempeñado algún papel en la extraña lectura que se ha hecho de este momento de la historia catalana, fuente de tantas leyendas.

La Generalidad apoyó la rebelión para garantizar sus instituciones de autogobierno y lo que consiguió fue la pérdida de una parte de Cataluña. Fue esa decisión, más que en las campañas militares, la que gestó el desastre posterior; una enseñanza difícil de olvidar porque en lugar de indagar dónde debe residir el poder dentro del Estado, la rebelión de los catalanes se distinguió por atacar al Estado del que formaba parte.

La paz de los Pirineos de 1659 fue el efecto jurídico de la decisión política tomada veinte años antes. Cataluña perdió los territorios de Rosellón, Conflent, Vallespir y una parte de la Cerdaña; además los montes Pirineos se convirtieron en la frontera entre Francia y España.

Resulta difícil elegir el relato apropiado a los años que siguieron a la firma de ese acuerdo que rompió Cataluña. Fueron años de una sociedad *befada* en todos los sentidos (el calificativo es de Soldevila) que insistía en una política perseverante en la consolidación de sus costumbres. El irredentismo chocaba con la postura de las ciudades, en especial Barcelona, de evitar desórdenes con el fin de activar la vida económica, visible por la buena marcha del

comercio en el Atlántico. Había que dejar atrás la rebelión y asumir la obligación de alojar a los soldados que la gente llamaba *castellans*, porque era menos onerosa que las *dragonadas* del ejército francés. Era el momento de unir al país y limar rencores entre familias; al fin y al cabo una Cataluña en el Imperio de los Habsburgo podía ser rica y plena.

El *Fénix de Cataluña* de Feliu de la Peña se mueve en esa dirección: «El principado, junto a los condados de Rosellón y la Cerdaña, en una sola provincia, componen un bello mapa, pequeño mundo y admiración del mundo». Unas palabras que constituyen la prueba de que un sentido crítico de lo real y una imaginación que se aventura en lo deseado (lo utópico) pueden formar una pareja perfecta.

En 1688, al llegar las noticias de la revolución gloriosa en Inglaterra, la sociedad catalana decide plantearse otra vez el interrogante fundamental de su historia: ¿puede ser un país independiente por una decisión de las Cortes, que en la práctica son tan antiguas como el Parlamento inglés? Los años de agonía de Carlos II están centrados en resolver esa pregunta, un proceso de maduración de una idea que se convierte en un viaje al corazón de las tinieblas cuando se pasó del debate doctrinal a la práctica política.

Al morir Carlos II, se elige rey al nieto de Luis XI que se corona con el nombre de Felipe V. ¡Un Borbón! Una parte de la sociedad catalana aprovecha la ocasión para crear una situación extrema en el principado. Y se produce entonces la ironía de esta historia: tras dos siglos de lucha contra los Habsburgo deciden salir en su defensa. La decisión la toman las élites que dirigen la Generalidad y el Consejo de Ciento en los meses que Felipe V se instala en Barcelona (otoño de 1701) recibiendo el apoyo de mucha gente que le ve como el rey que traerá prosperidad; no de todos, es verdad, porque como se lee en una tendenciosa crónica de aquel tiempo: «Todo no pasó con regocijo en Barcelona: hubo disentimiento en las Cortes y enojos, achacados al carácter altivo y áspero de los catalanes tanto como a la aversión en que estaba trocado el afecto que antaño tuvieron al nombre franceses».

El 2 de octubre de 1701 Felipe V jura los Fueros de Cataluña en las Cortes reunidas en Barcelona, antes lo había hecho en Lérida. Aprovecha la ocasión para apelar a los catalanes, sabedor de que no todos le apoyan: promete ser el celoso defensor de sus libertades y el promotor de su progreso. Al respecto,

aprobó valiosas concesiones para la ciudad de Barcelona, ser un puerto franco y abrir el comercio catalán a América (a las Indias, se decía entonces). Luego anuncia que pasará el invierno en la ciudad junto a la reina Isabel Farnesio, a la que va a recibir en Figueras.

¿Cómo, en esas condiciones de fuerte inestabilidad, Felipe V decide pasar casi un año en Barcelona? ¿Por qué hace eso? Lo hace para contrarrestar en el pueblo catalán el interés que ha expresado por el aspirante de la casa de Habsburgo, el archiduque Carlos. Sin duda, pero ¿cómo puede neutralizar una política ajustada a las exigencias de la Generalidad? Los gestos son tan importantes como las palabras. Al fin y al cabo, estamos al comienzo del siglo XVIII, un siglo de grandes ideas pero también de habladurías en un ritmo de vida acelerado y lleno de ingenio para asentar la forma de vida urbana que encontraba su equilibrio en el antagonismo burguesía-nobleza. Barcelona estaba en la encrucijada de decidir qué modelo adoptar, el de París o el de Viena: era más que una cuestión política. Era toda la carga de la civilización del Rococó que llamaba a la puerta. Felipe V o el archiduque Carlos, un Borbón o un Habsburgo, París o Viena. Hay mucho en juego.

El conflicto dinástico está en el origen del problema sucesorio, también algo más: unos tienen la convicción de que el régimen de la polisinodia no tiene futuro pues repetiría los levantamientos armados del siglo anterior: perdidos en las múltiples intrigas de unos dirigentes ávidos de poder, pero incapaces de solucionar los grandes desafíos de la economía; otros creen que solo las leyes y costumbres tradicionales son la garantía de la libertad del pueblo catalán. Se recurre a las armas para saber quién será rey pero en último término se sabe que el sentido de la civilización se va a dirimir en los campos de batalla. No hay razones, hay cañones.

Guerra de *sucesión* por el trono. Podemos deducir que las nociones más debatidas en estos momentos críticos no se limitan a disputas diplomáticas (el equilibrio europeo auspiciado por Inglaterra) sino a las maneras de ser de una dinastía u otra: casa de Habsburgo *versus* casa de Borbón.

Menos mal que, en junio de 1702, Felipe V viaja a Italia para evaluar la situación tras la llegada de los ejércitos de la Alianza acordada en La Haya entre Inglaterra, Holanda y Austria, porque de otro modo no tendríamos la

sensación de que se trata de una guerra europea. Pero precisamente esa es la cuestión a resolver ya que desde hacía algunos años, la Generalidad reclamaba en nombre de la historia un lugar para Cataluña en el concierto de las naciones europeas. Y esas exigencias son fundamentales para comprender no solo las razones para apoyar al archiduque Carlos, sino su manera de vivir ese apoyo como un anhelo del pueblo catalán. Permiten situar las interpretaciones románticas de la guerra de sucesión, toma de conciencia, sentido de la independencia, lugar de la memoria social, motivo de conmemoración cada 11 de septiembre, diada nacional, fiestas cívicas, novelas patrióticas.

Imaginemos a un catalán a comienzos del siglo XVIII tratando de razonar ese desquite en forma de memoria social. No entendería nada. Pero el giro que tomaron los acontecimientos señaló a la época que siguió, a pesar de algunos catalanes que se mantuvieron juiciosos, a pesar de que la rebeldía se había convertido en una cruel guerra sin perspectivas.

La mejor prueba de esa forma de pensar en Cataluña a comienzos del siglo XVIII la constituye, sin duda, la publicación en 1709 de la obra del reputado Narciso Feliu de la Peña y Farel, caballero de la Orden de Santiago: *Anales de Cataluña y epílogo breve de los progresos y famosos hechos de la nación catalana*. Libro atrevido, en el que el retrato de Cataluña es una acusación irónica, que no perdonó a nadie.

Al repasar el prólogo nos damos cuenta del objetivo tras declarar sin ambages que «la Historia es vida de la memoria, maestra de la vida, mensajera de la antigüedad, testimonio de los tiempos, luz de la verdad, norte del acierto y guía para no tropezar»; y ese objetivo es señalar que: «El cuidado de todas las naciones más políticas de Europa, como españoles, italianos, alemanes, franceses, y otros, fue descuido en la nación catalana, que siempre supo obrar, pero jamás escribir, contenta con las escrituras y privilegios que conserva en sus archivos, y en las aprobaciones de los soberanos rúculos de sus serenísimos reyes, que en ellos se guardan para crédito de sus victorias y proezas (que es cierto lo es) pero no para el universal Teatro del Orbe».

Feliu de la Peña es un mago de las letras. Aquí da el tono: este siglo XVIII de palabras sin rebozo no respetaba nada. ¡Las Luces! Eso es. Hay que escribir historia antes de que los hechos se marchiten.

Tras esa recomendación se comprenderá que insista en mi informe de hacer una historia regulada en función de los acontecimientos y no de las pasiones sobre lo sucedido en Cataluña entre 1701 y 1714. La historia es aquí más necesaria que nunca, pese a que el torbellino político de nuestros días impide aprenderla. El peligro está a la vista. No vale la pena insistir; lo que vale la pena es trazar la línea entre la realidad y la ficción.

En 1701, los dirigentes de la Generalidad y del Consejo de Ciento sospecharon del altruismo de Felipe V: rey que salvo su abuelo Luis XIV nadie quería en Europa; al fin y al cabo era un Borbón, uno de los miembros de la dinastía que desde tiempos de Enrique IV, el rey que dijo aquello de París bien vale una misa, habían creado en Francia un reino unitario. Tenían razón: era un Borbón, aunque no actuó como tal en ese momento, pues juró las costumbres catalanas en una sesión de las Cortes de Barcelona. Eso no impidió que una influyente minoría decidiera jugar una partida con la historia. El motivo: el derecho a salvar sus instituciones. Esa decisión en 1705 coincidió con la llegada de una flota inglesa con el fin de imponer el rey *al gusto* de las élites que controlaban la Generalidad.

1705 fue un año clave para Cataluña. Con los cañones ingleses apuntando a la ciudad de Barcelona se tomó la decisión de nombrar rey al archiduque de Austria, que así se convirtió en Carlos III. La decisión convenía a los *whigs*, partidarios de la guerra contra Luis XIV, aunque estuvieran molestos ante el perfil excesivamente conservador del rey elegido por la Generalidad. La historia como el relato que cuenta un idiota, y lo es todavía más en ese caso cuando arrastra ilusiones de todo un pueblo al campo específico de los intereses que es lo menos ilusionante que hay, al campo de lo que hace falta en un momento, pero no en el siguiente. Llamemos a este arte *Realpolitik*, viene de lejos. Es ligero, complicado, amoral. Inglaterra no tiene amigos, tiene intereses diría más tarde Lord Palmerston. Una frase que Cataluña pagaría muy cara en el curso de la guerra a la que en este momento entraba llena de fervor patriótico.

Así pues, guerra de sucesión.

Veamos primero la épica, luego la trama.

La guerra de sucesión fue una guerra europea, mundial si tenemos en cuenta los episodios al otro lado del Atlántico. La Generalidad contó con poderosos aliados (Inglaterra, Holanda, Austria, Dinamarca y Portugal) que le garantizaron un ejército para dar la impresión de que toda Europa estaba contra el rey Felipe V aunque a la cabeza de ese ejército estuviera Eugenio de Saboya en las campañas en Italia, Ludwig Wilhelm de Baden en las de Alemania o el duque de Marlborough en las de Flandes.

La batalla de Blenheim el 13 de agosto de 1704 fue coral, por la ayuda que Eugenio de Saboya prestó a Marlborough, y por las razones de propaganda a favor de la Alianza. Sirvió para que el 25 de agosto de 1705 el archiduque Carlos desembarcara en Barcelona con un ejército de veinte mil hombres. Decidió establecer allí su capital y menos de un mes después, el 11 de noviembre, fue proclamado rey de España por el Consejo de Aragón con el nombre de Carlos III mostrando con ello la vigencia del régimen polisinodial de los Habsburgo españoles.

La guerra continuó en muchos teatros de operaciones, cada vez más cruenta. A una victoria de la Alianza seguía otra borbónica en una agotadora sucesión de batallas que llenaron las páginas de la historia militar europea: de Almansa a Oudenaarde, de Malplaquet a Almenara. Nadie podía ganar.

El azar cambió el sentido de la guerra. La inesperada muerte de José I de Austria dejaba vacante el trono de Austria. Su hermano Carlos lo heredó convirtiéndose así en emperador de Austria y, para los suyos, rey de España. Pero había un problema: se rompía el equilibrio que era la pieza maestra de la política inglesa. Los intereses, siempre los intereses. Comenzaron las negociaciones para un acuerdo de paz sin contar con la opinión de Cataluña. ¿Qué más daba? Era un problema entre las potencias de Europa: Inglaterra, Francia, Austria, Rusia y Prusia. España ya no contaba, en ningún sentido, ni como la polisinodia de los Habsburgo ni como la nación-Estado de los Borbón. Un asunto confuso raya la historia en este momento.

Las potencias se reunieron en Utrecht donde firmaron el 11 de abril de 1714 el tratado que lleva su nombre. Allí acordaron que Felipe V fuera el rey de España siempre que cediera los territorios en Italia y en Flandes, aunque mantenía los de América. Extraña manera de poner fin a la larga guerra de sucesión. ¿Quién abandonó a Cataluña a su suerte que por lo que se veía no

iba a ser mucha? Todo el mundo un poco, de ahí una atmósfera posterior cargada de culpabilidad. Hoy algunos políticos se aprovechan de eso para seguir con sus planes de recuperar la situación que se perdió en Utrecht. ¿Es posible? Lo es.

El 30 de junio se reunió la Junta de Brazos con un punto en el orden del día: seguir o no seguir la guerra. La discusión se alargó. No era fácil. Mientras el brazo militar mostraba dudas, el brazo real con Rafael de Casanova al frente era partidario de seguir. El *conseller en cap* Manuel Flix estaba en contra; pero no dimitió por lealtad. Al fin, el 6 de julio se dispuso seguir la guerra. A partir de ese día sería la guerra de la Generalidad contra Felipe V. Atención a este detalle.

Del 6 de julio de 1713 al 11 de septiembre de 1714, la guerra de sucesión dejó de ser una guerra *internacional* para convertirse en una *intranacional*. Quedaba por saber si los dirigentes de la Generalidad, el Consejo de Ciento y las Juntas de los Tres Brazos luchaban por Cataluña contra el Reino de España o si lo hacían en nombre de Carlos III y del Reino de España contra Felipe V al que no reconocían como rey. Es fácil imaginar el lío que una pregunta así suscitó entonces, y suscita hoy cuando se debaten las arengas de Casanova en los últimos días del asedio.

En pocas palabras, se trata de saber si durante sesenta y seis días entre el 6 de julio y el 11 de septiembre la guerra se convirtió en una guerra civil española o en una guerra civil catalana pues muchos catalanes estaban con Carlos III y otros con Felipe V. Es un caso confuso.

La guerra de sucesión terminó en Barcelona con gente que no sabía por qué ni por quién combatía, pero que lo hacía por el grato fulgor de una vida identificada con los valores del pueblo catalán. Es la lealtad que hoy se ha trasladado a los partidarios de la independencia. Se puede cambiar el escenario, los fusiles por las porras, pero el sentimiento es el mismo. ¿Por qué se combate? Por Cataluña, se suele decir. Pero ¿cuál Cataluña? ¿La que en 1714 aparecía en las proclamas oficiales pidiendo un esfuerzo a los ciudadanos o la de la gente que permanecía en su casa esperando con ilusión la entrada de las tropas del duque de Berwick? Como hoy cuando se combate por Cataluña, ¿cuál de ellas? ¿La que aparece en las tertulias de la televisión o la que espera en la sala de estar a ver si acaba de una vez el cansino

proceso? ¿Dónde está la legitimidad? ¿Entre los líderes que afirman defender las libertades catalanas o entre los que reclaman el sentido común como la mayor virtud de los catalanes? En 1714 fue el grato fulgor de la rebeldía, exaltación de una nación en armas; hoy es un civismo que se declara pacífico y democrático ante las cámaras de la televisión que transmiten las manifestaciones de reafirmación nacional.

El 6 de julio de 1714 los dirigentes de Cataluña siguen adelante con la guerra, tras ser decretado su final en la ciudad de Utrecht meses antes. Ante el ejército que asediaba la ciudad, lanzan un desafío. El futuro pasa por la resistencia heroica. Un gesto que a menudo es discutible revela lo que Rafael de Casanova pensaba, pero de lo que la mayoría de defensores de la ciudad no era consciente: no solo era un gesto lleno de heroísmo, sino que se avino a hacerlo en nombre de España; incluso pensaba en ese momento de absoluta desesperación que volvería la flota inglesa al ver Barcelona asediada. Baste recordar que Inglaterra consideraba indiscutible su derecho de injerencia en su área de influencia, el Mediterráneo, tras hacerse con Gibraltar, por medio de un ataque de despiste, dijo John Seeley, y con Menorca. Una leve esperanza que no le dejará, durante su caminar hacia la muerte política, ya tan próxima. La otra, la muerte real, le llegaría años después, tranquilo en su casa mientras repasaba documentos.

Francia no podía *perder* Barcelona si quería consolidar en el trono de España a Felipe V. Bloqueó la ciudad por mar y por tierra con un ejército al mando del duque de Popoli. Casanova y Villarreal, que llevaban meses preparando ese ataque, lucharon contra la disidencia interior con aplomo, manteniendo la vida política hasta el punto de conseguir el primero ser nombrado *conceller en cap*. Los asediados se animaron con las medidas de defensa y con las noticias que llegaban desde Rastatt donde se habló mucho del caso de Cataluña. Aún había una esperanza, lejana pero posible, en caso de que los *whigs* se hicieran con el poder apartando a los *tories*. Ante esta perspectiva Felipe V negó cualquier negociación; estaba claro que en las elecciones del 30 de noviembre habían ganado los partidarios de continuar la guerra hasta el final.

Tras una primavera de forcejeos, en julio de 1714, llegó al Real James Fitz-James, duque de Berwick como comandante en jefe. Sesenta y un días

después caía la ciudad al asalto tras varios bombardeos. Antes de que ocurriese el Consejo de Ciento dictó un bando para pedir un último esfuerzo a los defensores «a fin de derramar gloriosamente su sangre y vida por su Rey, por su honor, por la Patria y por la libertad de toda España». Al final llegó la capitulación.

No hay más que recordar que todavía hoy se considera un acto distinguido condenar el juramento de Felipe V de las Constituciones catalanas en las Cortes de Barcelona de 1701 celebradas en el convento de San Francisco, y de elogiar el sentido de país del mismo acto en 1705, cuando lo hizo el archiduque Carlos para ser coronado rey. El peso mediático de los *whigs* y la torpeza de los borbones de oponerle una maquinaria de mentiras igual de poderosa pero en sentido contrario se vieron en este caso con mayor claridad que en ninguna otra crisis de Estado hasta entonces y abrió el escenario a lo que será la política internacional en los siglos siguientes donde primaron los intereses sobre las razones.

La escasa propaganda contra la coronación de Carlos III en Barcelona fue para los catalanes la señal de que el declive español era realmente irreversible. Fue error de cálculo.

La *Realpolitik* inglesa brilló en varios planos, el primero en su cambio de opinión cuando llega al trono la reina Ana y vencen en las elecciones los *tories* con Henry St. John al frente. Es conocido el episodio de Carlos III abandonando Cataluña para ocuparse de asuntos de mayor enjundia en su condición de emperador de Austria. Para él Barcelona no valía una misa. Como lo es la poco airosa salida de su esposa Isabel Cristina de Brünswick-Wolfenbüttel con las tropas que salían conforme a lo acordado en Utrech; eso no impidió que Francesc de Castellví escribiera unas sentidas palabras: «Jamás soberana alguna ha sido tan universalmente estimada». Menos conocido es el apoyo prestado a su causa por el gran filósofo Leibniz en su *Manifiesto en defensa de los derechos de Carlos III*. Claro que lo hizo por afecto a Isabel Cristina para cuya familia trabajaba.

La decisión de los catalanes de elegir un rey *a su gusto* derivó en un rey que huyó a la primera de cambio. Claro que quizá para entonces la guerra estaba perdida y la Inglaterra de la reina Ana no era la de su cuñado Guillermo de Orange, y menos tras firmarse el Acta de Unión con Escocia,

que dio origen a la Unión Jack. Los austracistas habían perdido pero se negaron a aceptarlo. ¿Quiénes se negaron? Esa es la vieja cuestión. Solo una parte lo hizo.

Después de septiembre 1714, los catalanes impusieron un Gobierno favorable a Felipe V, que apartó a los sectores que habían apoyado a Carlos de Habsburgo, de Austria, los que comenzaron a conocerse como austracistas. A partir de ese momento, Cataluña se enfrenta a una nueva época de su historia. No se siguió el ejemplo de Felipe IV en 1652 (al fin y al cabo era un rey de la dinastía de los Austrias ahora vencida) que tras la rendición de la ciudad a Jorge Juan juró las Constituciones catalanas. Se optó por la mano dura. ¿Fue el fin de la nación catalana?

La expresión es exagerada. Una nación no finaliza al perder un conflicto, y menos este que en definitiva surgió para dilucidar qué rey gobernaría España. Ciertamente que las élites que controlaban la Generalidad en esos años no lograron sus propósitos de imponer un rey a su gusto al resto de reinos y territorios del Imperio español. También se sintieron engañados por los ingleses que los dejaron a su suerte. El líder de los *tories* Henry St John, vizconde de Bolingbroke, acusó a los catalanes de ser un «pueblo violento». No será la última vez que se escuche una afirmación así.

La renovación del país se hizo dentro de un nuevo modelo político: ya no será la Corona de Aragón, extinta por el Tratado de Utrech, sino España.

TERCERA PARTE

Ser y no ser España
(1716-2017)

La tercera parte de este informe se interesa por una historia todavía viva. Los personajes protagonistas han sido alguna vez famosos aunque muchos hayan quedado relegados a ser notas a pie de página de los especialistas. Un rasgo de este periodo, que se prolonga durante tres siglos, es que en su primera fase se llaman las cosas por su nombre y se adoptan posturas rocosas ante los desafíos de la historia (Ilustración, patriotismo, catalanismo, federalismo, nacionalismo), y en la segunda, los últimos cuarenta años de régimen autonómico, se desarrolla una terminología líquida ante los desafíos de la historia (democracia, independencia, república) o se recurre a conceptos surgidos en los debates en la radio y la televisión (derecho a decidir, proceso, cívico, pacífico). El meollo de la cuestión no ha cambiado; la variable obedece a la entrada de nuevos actores (anarquismo, comunismo, feminismo).

Todo es sencillo y claro si se acepta una de las dos partes en el litigio de situar a Cataluña en el escenario surgido tras el triunfo de Felipe V. Pero todo resulta confuso si se media con el fin de ofrecer una salida que no sea *de parte* a una querrela tan duradera como inútil.

La clave reside en España: estar con ella o contra ella. La cuestión es que en estos siglos no ha existido en Cataluña la duda de ser o no ser España, sino la convicción de ser y no ser España.

He aquí el dilema. Duda o convicción son actitudes ante la vida antagónicas pero a la vez inseparables por lo mucho que comparten. La frontera entre ambas es de gran importancia política, aunque la inmigración del siglo xx convirtió el viejo debate doctrinal del catalanismo de Almirall en su *Memoria en Defensa de los Intereses Morales y Materiales de Cataluña* (de 1885) en un problema social. Baste señalar al respecto la conclusión de

Pierre Vilar en su *Breve historia de Cataluña* (texto de 2011 publicado póstumamente), fiel expresión del problema aquí suscitado: «La asimilación lingüística y cultural de la segunda generación de inmigrantes peninsulares en Cataluña planteará menos problemas que la de los inmigrantes africanos o turcos en Inglaterra, Francia o Suiza».

En 1930, la cuestión catalana quedó extractada en el ensayo *Spain* de Salvador de Madariaga en el apotegma: «In our opinion Catalonia is a nation, if a Spanish nation» («desde nuestro punto de vista Cataluña es una nación, si se considera una nación española»). Hoy la situación es otra, muy diferente. La cuestión catalana se puede resumir así: si Cataluña es España entraña la asimilación de muchos catalanes que no se sienten españoles; pero si Cataluña no es España implica la asimilación de muchos catalanes que se sienten españoles.

Se comprenden las lamentaciones. No se debió llegar a este extremo; la gente no se saluda; el país está dividido en dos; la economía se resiente; las empresas se marchan por la inseguridad jurídica. Estamos en una difícil encrucijada. Pero antes de sugerir una salida veamos qué ocurrió, en qué orden y con qué resultados.

BAJO EL SIGNO DE LA ILUSTRACIÓN

Todo comenzó después del 14 de septiembre de 1714, o sea, después de la toma de Barcelona por las tropas borbónicas, cuando José Patiño Rosales, de cincuenta años, se reunió con Francesc Ametller, un jurista de Castellar del Vallés, para redactar una real cédula donde se establece una *nueva planta* en la Real Audiencia del Principado de Cataluña. Se inicia de este modo un cambio en la vida política catalana bajo el signo de la Ilustración.

En la Nueva Planta hay un riguroso ajuste administrativo, ciertamente, pero también algo más que ilumina lo sucedido en la posguerra: unos lo llaman revancha y otros reformismo borbónico. Es difícil ponerse de acuerdo en el calificativo, sobre todo cuando se piensa en la construcción por Verboom de la impresionante Ciudadela (demolida en 1869, y de la que se conserva la capilla, el palacio del gobernador y el arsenal). El debate erudito se contamina con las protestas populares visibles aún hoy. Los sentimientos han estado a flor de piel.

Es el fin de la nación catalana, escribió Sanpere i Miquel.

Es el inicio de una lucha de resistencia nacional.

Bueno. Eso se dice. A la mayoría del público catalán culto no especializado le han enseñado que los hechos de la guerra de sucesión en general, y del Decreto de Nueva Planta en particular, son únicos en el sentir de una nación. Les han dicho que es un momento catastrófico singular además de una referencia ética a la que prestar atención para no olvidar el sentido de una aciaga derrota al lado de la cual cualquier otra experiencia humana que pueda comparársela no está a su mismo nivel. Eso ocurre porque el 11 de septiembre de 1714 y lo que siguió se ha convertido en la medida moral de cualquier acción política que se acometa: ya se refiera a la consolidación de un sentimiento nacional o al ingenio para crear un Estado

propio, que en definitiva, y conforme a este planteamiento, es una restauración del que se perdió en esa ocasión. La política catalana durante el siglo xx en áreas cruciales del interés social, como la selección de personal universitario, ha sido rehén de un ejemplo singular de la historia europea de comienzos del siglo xviii. ¿Cuál es el trasfondo negativo de una postura como esta?

El informe responderá a este punto.

El Decreto de Nueva Planta abolió el Parlamento y el Consejo de Ciento; organizó el territorio en corregimientos al modo castellano refutando las veguerías aunque conservó los bailes y jurados; permitió realizar un catastro para fiscalizar los patrimonios rústicos y urbanos, la actividad industrial y comercial; y se impuso el español como idioma oficial de la Audiencia. Al menos por estas medidas estarían justificados los duros reproches que desde el presente se lanzan sobre el decreto. Por ese motivo hay que leer el documento ajustado al texto. Eso no impedirá (el asunto es candente) tomar contacto con la situación de aquella posguerra y ofrecer una explicación a algunas de las soluciones que se dieron.

Con el decreto de 1716, se legaliza el fin de la Corona de Aragón y se consolida el absolutismo monárquico. Pero la fuerza de los *austracistas*, defensores de las costumbres de Cataluña, solo se atajó en una mínima parte por la lenidad de las actuaciones efectuadas tras la promulgación de la cédula y la aplicación del nuevo orden institucional. Baste recordar que Rafael de Casanova pasó el resto de su vida ejerciendo de abogado o que su segundo en el mando, Salvador Feliu de la Peña (sin parentesco con el historiador) garantizó sus negocios. La vida y las propiedades fueron respetadas como se acordó en las capitulaciones con el duque de Berwick. Hubo represión; hubo ejecuciones, sin duda; pero al modo del siglo xviii, con el patrón de imponer las certezas de los vencedores sin alterar en exceso los usos sociales de las «Espanas vencidas», para utilizar la expresión de Ernest Lluch; al fin y al cabo los vencedores también eran catalanes. Resulta extrema la tesis de la llegada masiva de extranjeros, pese a que los funcionarios más relevantes fueron hombres cercanos al rey Felipe V, de otras partes del Reino de España.

Pasó lo mismo respecto a las medidas políticas. Si bien se abolieron instituciones arraigadas en Cataluña (Generalidad, Cortes, Consejo de Ciento) se respetaron otras, derecho civil y penal, consulado del mar, gremios, colegios profesionales. Si bien el español se convirtió en lengua oficial, no se coartó el uso del catalán. Entonces, ¿por qué tanto debate?

El debate está en el relato de los acontecimientos. No hay una lectura que no proceda de una de las partes, siempre con un nudo interpretativo enfrentado: la Nueva Planta permite el despegue económico del siglo XVIII o, la tesis contraria, es la tumba de Cataluña. Pero el dilema entre *desescombro* y *demolición* poco tiene que ver con la realidad histórica: es un dilema asentado en los pilares del mito nacional, guerra civil, identidad, resistencia. De hecho, fiel a una tradición literaria del siglo XIX (pensemos en el prólogo a la primera edición de *Lo Gayter del Llobregat* de Joaquim Rubió i Ors o en algunas páginas de *Un tros de Paper* de Frederic Soler) el debate sobre la Nueva Planta aspira a fusionar ambas posturas. Eso explica algo singular: las partes en litigio se han puesto de acuerdo: la Nueva Planta es el fin de la nación catalana.

Una vez llegado a este punto surgen las disensiones: unos estiman que en el fin de la antigua forma de organización de la política que venía de la Edad Media está el *porvenir* de Cataluña; otros en cambio aspiran a convertir ese fin en la razón de la reconstrucción nacional. Así vuelve a empezar el embrollo del ser y no ser España que Juan Amor de Soria en 1741 identifica como una enfermedad social en su libro de denuncia *Enfermedad crónica y peligrosa de los reinos de España e Indias*. Se trata de un alegato sobre el mal uso de la riqueza, el efecto de la despoblación, los estragos de los muchos días de fiesta o de la carencia de una legislación estable. Porque tras la guerra de sucesión quedó una sociabilidad tóxica nacida de las disensiones, de las envidias y de los resentimientos entre los pueblos de España. El trabajo del sabio ilustrado era transformar ese estado de ánimo.

Así que existe un reformismo, difícil de implantar en una sociedad que de un modo u otro miraba más al pasado que al futuro. Un futuro sin embargo que comenzaba por aplicar el reformismo al campo, donde realmente se necesitaba. Así, las primeras medidas en los años que siguieron a 1714 fueron

económicas; además supuso un crecimiento demográfico (se superó el límite del medio millón de personas: se duplicó). La civilización material catalana se renovó por completo: la vida rural se tornó más fácil, más soportable, mejor, al preservar a los campesinos de la violencia del bandolerismo. Se afianzó el perfil de la finca rústica, la masía, visible aún hoy, no solo entre los más dotados —granjeros dueños de treinta hectáreas, labradores, propietarios de heredades— también entre los jornaleros, braceros o labriegos en general.

El mercado rural catalán se abrió a los productos de las ciudades, lo que dio un fuerte empujón a la producción y a una demanda largo tiempo insatisfecha, que acrecentó la riqueza en las pequeñas ciudades del interior del país dando paso a nuevos medios de comunicación, de las ciudades a los pueblos. Sin contar el control de los privilegios nobiliarios o el ajuste de los hábitos familiares que afianzaron la figura del *hereu* (la *pubilla* entre las mujeres) favoreciendo la salida de los segundones, los *cabalers*, en dirección a las ciudades o a las zonas de costa, donde se hicieron con propiedades entonces de escaso valor pero que al fin y a la postre contribuyeron a aumentar la movilidad social y la emigración a Barcelona, principal beneficiada del reformismo borbónico al concentrar en su seno todas las fuerzas de la Ilustración.

El saber vuelto hacia la acción, preocupado no solo por conocer, sino por obrar. Un ejemplo de ello lo tenemos en el ilustre Jaume Caresmar Alemany, de Igualada, de origen menestral, miembro de la Real Academia de Buenas Letras.

En 1771, en respuesta a la petición de la Junta de Comercio de Barcelona, Caresmar redactó un informe acerca de la *Agricultura, comercio e industria y consistencia y estado en que se halla cada partido de los que componen el Principado de Cataluña*. Se publicó nueve años después y constituyó un alegato para «proceder al reparo de lo que han destruido la ignorancia y la injuria de los tiempos y a promover y perfeccionar los corregimientos que actualmente existen». Más que una teoría general fisiócrata como seguidor de Jacques Necker, Caresmar propuso acciones encaminadas a la ocupación del territorio, a la mejora del regadío con el canal de Urgel y al estímulo del comercio de aceite, avellanas y almendras. Además, aconsejó el uso de fertilizantes importados de América como el guano, la mejora de los aperos de labranza o la rotación de los cultivos. Pasos decisivos en la modernización del campo catalán.

Los miembros de la academia de los desconfiados, los que se quedaron en Barcelona y los que regresaron de Viena tras el exilio, consideraron que la Cataluña de la Nueva Planta reclamaba decisiones sólidas en el contenido pero suaves en la forma. Cualquier otra manera habría sido un error y habría arruinado la tradición del país para siempre. Al fin y al cabo, los sabios «desconfiados» tenían claro qué fue lo que ocurrió y lo que no ocurrió en el pasado, y partían de esa racional distinción para presentarse ante el mundo como una fuente creíble de autoridad.

En 1752 se transformó el viejo círculo de sabios en la Real Academia de Buenas Letras, por decreto del rey Fernando VI. Así, la investigación del pasado histórico de Cataluña fue un ejercicio de las «buenas letras» bajo el signo de la Ilustración. El siglo entero abundó, como ninguna época precedente, en custodiar los documentos y fomentar su estudio. Entonces ya no se hablaba de revancha, sino de legitimidad. La que venía de la historia y la literatura. Tiempos interesantes.

Rafael de Amat, barón de Maldá, en 1769, comenzó su *Calaix de sastre* convencido de la necesidad de tomar nota de todo lo que estaba sucediendo en Cataluña y que visualizó desde su casa en la calle del Pino en la construcción del Palacio de la Virreina por Manuel de Amat, marqués de Castellbell, al regresar a Barcelona tras ser virrey en Perú. El arquitecto y escultor Carles Grau lo hizo al gusto francés en las puertas de acceso, las escaleras simétricas y en el patio interior; mientras el Rococó muestra su poder en el Salón Dorado de la Lonja. Barcelona cambia, Cataluña también. De eso toma buena nota el barón, sin que se le escape nada: ni la popularidad de un Salvador Gurri con sus figuras de pesebre, ni el brío de Ramón Amadeu de dar lustre a la iglesia de Mercé; tampoco el ingenio del pintor Francesc Pla aspirando a superar la pintura religiosa de Antoni Viladomat.

Con el Rococó como escenario, Cataluña entra de nuevo en lo que la había hecho grande en la historia: mira al mar y a la actividad comercial, coincidiendo, ya es casualidad, con el interés de Rusia por el Mediterráneo en tiempos de la zarina Catalina II y de su flamante ministro Potemkin. Preocupaba la petición rusa a sir James Harris de que Inglaterra les diera Menorca para convertirla en una base naval de su flota de guerra colonizándola con griegos ortodoxos tras la expulsión de todos sus habitantes

autóctonos. Un hecho así significaría complicar varias décadas de desarrollo comercial y marítimo en Cataluña. Había que estar alerta. De nuevo, el mundo se volvía un polvorín y los rusos llevaban una mecha en la mano ante el estupor de observadores como Edmund Burke.

Una gran novedad de la política de los borbones fue ajustar la actividad de la industria, el comercio y la navegación en Barcelona adaptándola al espíritu de la Ilustración, que era el espíritu de un tiempo de cambios profundos en el orden internacional. El pasado cada vez estaba más lejano. Era una nueva época, una nueva sociedad, unas nuevas exigencias. Vamos, el siglo XVIII en su pleno sentido de la palabra.

Los empresarios afines a la casa real ejercieron presión en el Gobierno para entrar en el negocio americano. En 1755 se funda la Real Compañía de Comercio de Barcelona a Indias. Este pacto de la burguesía de Barcelona con el Estado se hizo un año antes de la guerra de los Siete Años, la guerra mundial iniciada en el río Ohio, donde los franceses construían una cadena de fuertes para unir Luisiana en el sur con la región de los grandes lagos en el norte, en la frontera con Canadá. Los viejos enemigos de la guerra de sucesión se volvían a ver las caras, pero esta vez en la ribera del Mississippi.

Cataluña se asomó a América por muchas razones. Ante todo, para limitar el viejo monopolio de la casa de contratación de Sevilla; luego para asegurarse un puesto en el futuro reparto que siguió a la guerra de los Siete Años. En 1765, la burguesía barcelonesa, uniendo sus fuerzas a las burguesías emergentes de las ciudades costeras de España, consiguió la liberación del comercio desde los puertos de Santander, Gijón, Coruña, Cádiz, Sevilla, Málaga, Cartagena, Alicante y, por supuesto, Barcelona a las islas caribeñas de Cuba, Puerto Rico, Santo Domingo, Margarita y Trinidad. La aportación catalana fue clave por su disponibilidad de dinero que le permitió estimular la formación de sociedades de capital que convirtieron a Barcelona en un puerto activo del comercio colonial. La creación de la Junta de Comercio en 1758 había garantizado esa línea de acción.

En este proceso de entender la historia de Cataluña desde la economía el hombre clave fue Antonio de Capmany, pionero en este recurso que siglo y medio más tarde se generalizó en toda Europa. Era un catalán sólido, incapaz

de confundir deseo y realidad, convencido de que la mejor situación para Cataluña era encajarse en España. El orgullo sentido por sus antiguas glorias le aseguró una posición privilegiada en el acuerdo entre el dinámico empresariado catalán y la clase política ilustrada que formaba el Gobierno de Carlos III, pese a sus diferencias con Jovellanos y Campomanes por la pervivencia de los gremios.

En 1779, Capmany publicó *Memorias históricas sobre la marina, comercio y artes de la antigua ciudad de Barcelona* en la imprenta de Antonio Sancha de Madrid. Un gran libro. Al rastrear los orígenes del comercio catalán se posiciona ante la situación creada en el Mediterráneo tras la llegada de los rusos aprovechando la debilidad de los turcos. Por eso reconoce que «los barceloneses se deben mirar por los primeros españoles que comerciaron directamente con los países ultramarinos del medio día, llegando dentro de breve tiempo la nación catalana a ser digna rival de las repúblicas más adelantadas en la marina y el comercio». Capmany cita la historia para indicar al Gobierno el papel de Barcelona en la situación creada por la rivalidad anglo-francesa tras la guerra de la independencia estadounidense.

En 1808, en medio de la convulsión de los hechos del 2 y 3 de mayo en Madrid, Capmany escribe *El Centinela contra los franceses*, una denuncia del despotismo de Napoleón. La reacción coral contra el nuevo orden, entonada en nombre de España y del derecho a regirse por sus leyes, fue muy eficaz y de gran trascendencia. En la guerra del Francés, como se llamó en Cataluña a la guerra de la Independencia, brilló el espíritu de la resistencia en varios planos, el primero y principal el militar. Bien conocido es el episodio del sitio de Gerona gracias a las novelas de Galdós y a las pinturas de Martí Alsina: los meses de resistencia del pueblo al ejército francés. Destacan el papel que tuvo el general granadino Mariano Álvarez Castro, en calidad de jefe de los ejércitos de Cataluña y la leyenda del tamborilero del Bruch, epítome de la memoria colectiva del país.

Menos conocido es el plan de Napoleón para Cataluña: ocupación militar, primero; segregación de España, después; anexión a Francia, finalmente. Tuvo algunos apoyos, Tomás de Puig fue uno de ellos.

La Junta de Gobierno de Cataluña se reunió en Lérida para prepararse a

una guerra larga y sangrienta que finalizó al cabo de seis años con enormes pérdidas y la sensación de nuevo de un país dividido. En *Laments de la trista ciutat de Barcelona*, Josep Robrenyo maldice a Francia por el mal causado a España.

La Constitución de Cádiz es el acto político más revelador en el encaje de Cataluña en España antes y después de la guerra contra Napoleón.

La decisión de los diputados de reunirse en Cádiz durante la guerra respondía a motivaciones que hoy, a la luz de los hechos que se produjeron después con el absolutismo de Fernando VII, debe ser considerada un momento crucial para Cataluña que comenzó el camino de querer ser y no ser España. Entre otras cosas, si aceptamos realmente la tesis de que Capmany fue uno de los redactores, resulta imposible no comprender la miopía de la clase política al apoyar el retorno de Fernando VII para ponerlo al frente de la jefatura de un Estado liberal. A los catalanes hay que reconocerles el mérito de comprender enseguida el peligro del absolutismo atestado en el Congreso de Viena; y hay que señalar al mismo tiempo su incapacidad para sacar partido de tal diagnóstico.

LA MIRADA OPULENTE: DEL ROMANTICISMO AL MODERNISMO

Todos los que deseen conocer lo sucedido en Cataluña entre la *Oda a la Patria* de 1833 y la crisis de 1917 deben dirigirse a las nuevas salas del MNAC donde se exponen las obras de arte que definen esa época. Las pinturas, esculturas, muebles y objetos sorprenderán al visitante acostumbrado a vivir hoy en espacios minimalistas porque detrás de esas obras de arte se distingue el mundo de antaño de un pueblo que reafirma su identidad con un mensaje liberador. Desde Barcelona, una burguesía triunfante propone a Cataluña sus formas de vida y brinda sus buenos oficios para la negociación con el Gobierno de la nación: es la moderna Cataluña burguesa que aspira a suceder a la antigua Cataluña ilustrada.

En la perspectiva de esta historia, es imposible seguir de cerca con detalle lo que aconteció en estos ochenta y cuatro años, cargados de acontecimientos importantes y de luchas que tuvieron múltiples resonancias sociales. Pero una cosa se distingue entre todas en la curva de los éxitos burgueses: entender la opulencia como la oportunidad para construir nuevos proyectos, erradicar injusticias y rehacer la cultura. Ese sentimiento prevalecía sobre la razón, al fin y al cabo se trataba de canalizar, primero con el romanticismo luego con el modernismo, un objetivo buscado largo tiempo: la recuperación de las leyes y las costumbres tradicionales catalanas.

¿Qué pasó para que entre 1833 y 1917 Cataluña afrontara el futuro con un actitud tan decidida como dramática? ¿Más historia de una rebeldía o el deseo de una nación? Difícil de decir. Son años dominados por un hervidero de escritores con fuertes convicciones. La burguesía catalana, industriales y políticos, contempla los debates con beatitud, a pesar de que en alguno de ellos se plantea la pregunta que recorre el periodo como un latigazo en la conciencia del pueblo catalán: ¿podría pensarse en una Cataluña lejos de

España? Aquellos que responden «sí» son tachados de separatistas puesto que insinúan que el Estado no cuida suficientemente los valores catalanes. Los que responden «no» son tachados claramente de españolistas, puesto que dan a entender que la situación sería mucho peor en una Cataluña independiente.

Se discute con pasión, se gesticula. La burguesía se limita a observar distraídamente la postura de cada parte. Ignora hasta qué punto el debate envenenará la conducta social. A veces ante los más radicales se esboza una sonrisa pero inquietante.

Quiero rescatar el mapa mental catalán de la época de la burguesía triunfante; quiero verlo actuar como un principio que ordena la economía. Porque desde 1833, se perfila como una tensión entre la prosa de la vida que ratifica el sentido común ante las cosas y la sensibilidad rebelde que nutre un sentimiento de orgullo sobre la tierra catalana que poco a poco se va convirtiendo en un culto a la grandeza de un país, destinado por la providencia a ser único. ¿Qué leen en sus tardes de ocio? La pregunta es pertinente.

Un balance de las lecturas de los catalanes siguiendo los libros que edita Antoni Bergnes nos ofrece la siguiente respuesta: novelas históricas de Scott, Manzoni, Hugo; la *Esplanada* de Terrades o *El Poeta y el banquero* de Mata. Así, la burguesía catalana nos muestra una conciencia tranquila de su papel dirigente en la nueva sociedad, que se levanta de las cenizas del antiguo régimen, de la guerra del Francés y del absolutismo: orgullo de su éxito en la recuperación económica, conciencia de una seguridad material superior a la precaria de las clases populares, sentimiento agudo de una superioridad cultural aunque sea censurada por hombres como Jaume Collell que en *Cantem massa i parlem poc* habla de que todo le parecía bien pero lo importante estaba por hacer: una literatura en lengua catalana. Sin embargo, los libros de la lista Bergnes son los libros que leían los hombres de la burguesía catalana que sopesaron las consecuencias de las rebeliones románticas europeas en la cuestión nacional; también los que tomaron conciencia del revés de la trama de la opulencia, que no era otro que la miseria de los inmigrantes de las zonas rurales de Cataluña. Nada en la historia es perfecto.

La concentración de capital en Cataluña durante esos años se hizo a

expensas de generaciones de gente humilde con vidas de auténticos miserables como los que aparecen en la novela de denuncia de la época de Hugo o Dickens. Indudablemente, los pobres no hablaron aún: demasiado modestos a veces, conscientes también de lo difícil que era dar a conocer sus exigencias ante los nuevos ricos con sombrero de copa que formaban los círculos sociales de la burguesía. Esperaban sin embargo la oportunidad de mostrar sus reclamaciones. Pero tenían que organizarse primero, para eso faltaban años. Entre tanto, en las zonas rurales de Cataluña se gestaba un estado de opinión sobre la sucesión al trono tras la muerte de Fernando VII.

Momento de suspensión de la vida política; y no estaba *El Europeo* para orientar a la sociedad. La prensa pasaba por un momento difícil. Estaba confusa, como la gente.

Vistos desde 1833, la guerra de Independencia, las Cortes de Cádiz, el absolutismo, el trienio liberal y la década ominosa son una mezcla de sufrimiento contenido, de exilio obligado y de conductas exageradas. Más que la quiebra de la monarquía, es el espíritu del guerrillero, el secreto no del todo descifrado por una clase política que adoptó las poses románticas, la prefiguración de los eventos que devastaron la sociedad en los siguientes años.

Las cartas de Mérimée son una descripción precisa sobre el violento mal humor que se había instalado en toda España, Cataluña incluida, agravado por la tensión política provocada por las indecisiones del rey sobre la sucesión al trono. Hay una animosidad contra todo y contra todos a punto de salir a superficie: la revuelta de la etnia, el rechazo a los valores de la Ilustración en cuanto ropaje de la razón que ha vencido las costumbres de la tierra. En el relato del desgarramiento social que vive el país, Mérimée fija la imagen que define al español del siglo XIX, utilizada luego en *Carmen*, imagen que muestra la dificultad de construir un país que aspira a entrar en la modernidad mediante una medrosa revolución industrial.

Los antiguos no están hechos para dirigir un país tan lleno de problemas, los modernos están demasiado confundidos del camino a seguir. Entre los primeros, Martínez de la Rosa, que regresó en 1831 de su exilio en París para ponerse al frente del Gobierno, dimitió dieciocho meses después al verse

incapaz de dominar la insurrección que amenaza convertirse en una guerra civil. Entre los segundos, Larra, que, pese a sus artículos, se rinde incondicionalmente. Si un político juicioso dimite y un periodista inteligente se desespera (al final Larra se suicidó) ¿qué mundo está por venir?

1 de agosto de 1833, el historiador Próspero de Bofarull envía *Los condes de Barcelona vindicados* al rey Fernando VII con la esperanza de que su investigación le ayude a tomar la decisión correcta. Es un relato (cronología y genealogía del linaje de los condes de Barcelona desde sus primeros pasos) de afirmación catalana mediante un elogio de su pasado: «De todas las provincias de la península Española que en los primeros periodos de la dichosa aunque lenta y vacilante restauración de la malhadada Patria del yugo mahometano formaban estados independientes, Cataluña, o sea, el Condado Barcelona, con sus agregados es la que más abunda en monumentos históricos».

Detengámonos en la palabra «Patria».

En el diario *El Vapor* de Barcelona, el 24 de agosto de 1833, se publica una *Oda a la Patria*, dedicada al banquero Gaspar de Remisa. Buenaventura Carles Aribau, su autor, que por entonces vivía en Madrid, inaugura así la literatura de evocación de la tierra natal y el inicio de las reclamaciones de recuperar el catalán como lengua literaria. La resonancia que tuvo se debe a la amplitud de la tradición que abarca. Al leer la «Oda», advertimos enseguida el Romanticismo en su lucha contra la amnesia. La necesidad romántica de dar al yo un lugar en el mundo es tanto una moral como una estética.

Aribau asume esa sensibilidad con sus consecuencias, incluida la política. Describe la refinada civilización catalana de la época medieval como telón de fondo de la búsqueda de una identidad esencial, percibida como proximidad a los valores de la tierra, ilusión del hallazgo de su yo poético como conciencia colectiva de un pueblo. Evoca la tierra catalana al rescatar la lengua de los sabios del pasado «que ompliren l'univers de llurs costums é lleys». Es la frase de alguien que cree en la vida del espíritu por encima de todo y escribe en tono convencional, al modo de Scott o Herder, sobre la necesidad que los catalanes defiendan *llurs drets* y reparen *llurs agravis* si quieren rescatar el estilo de vida que les hizo grandes en otro tiempo.

Aribau es un hombre singular, tiene deseos múltiples porque necesita expresar lo que el discurso oficial olvida, la diversidad de un país donde coexisten memorias diversas y a la vez mostrar su decidida voluntad de que Cataluña forme parte de España. Esta es la encrucijada donde se encuentran los proyectos de las empresas industriales, gérmenes de todo el aparato de comunicación de los sentimientos, las ciencias positivas, las pedagogías patrióticas.

Así era la situación en 1833 cuando se hablaba de la patria. Era preciso evitar que las diferencias sobre la sucesión al trono se convirtiesen en una guerra civil. Exiliados recién regresados a España, por ejemplo Antonio Alcalá Galiano que apoyó la revolución de París de julio de 1830, promueven una visión liberal de España: lo hizo a lo grande en el prólogo para *El moro expósito* del duque de Rivas. Esto es algo de lo que hay que aprender porque el porvenir de Cataluña estaba bien ligado al futuro de España. Cualquier otra solución era en ese tiempo puro delirio.

¿He dicho guerra civil? Un momento. Insisto, una vez más (porque quizá haya habido cierta sorpresa a este respecto). ¿De qué guerra civil se trata? ¿Cuándo sucedió?

29 de marzo de 1830: Fernando VII aprueba la pragmática sanción; se permite la sucesión al trono a las mujeres; es la única forma legal de que su hija Isabel sea coronada reina de España; adopta el nombre de Isabel II. No todo el mundo estuvo conforme. Los partidarios del hermano menor del rey se organizaron para reclamar el trono en nombre de Dios y de la tradición para Carlos María Isidro, por eso se les llamó carlistas. Se inclinaban por el absolutismo por lo que los liberales llegados del exilio no estaban dispuestos a aceptar sus argumentos, por lo cual pronto a los isabelinos se les identificó con la causa liberal y más allá con las ideas de un Estado centralizado al modo francés, por tanto de inspiración jacobina contra el mantenimiento de los fueros promovido por Carlos.

A las pocas semanas de la reunión de Aguilar de Cortés, 5 de noviembre de 1833, las partes afectadas —País Vasco, Navarra, la Cataluña bajo el mando del general Guergué de un lado y las tropas reales de Espartero del otro— reconocieron una guerra dentro de las fronteras del Reino de España. No faltaron los que discutieron qué clase de guerra era y las regulaciones que

debían seguirse sobre prisioneros.

Una guerra civil siempre comienza con la insurrección de una parte de la sociedad, luego con la rebelión política contra la autoridad del Gobierno de la nación y termina con el recurso a las armas y el movimiento de tropas. No se declara de forma solemne como las guerras entre países. Pero el movimiento de las tropas, la adhesión de la gente, el apoyo doctrinal permite hablar de guerra civil. Fue así en este caso desde el momento mismo que los generales Zumalacárregui en Euskadi y Guergué en Cataluña desplegaron las tropas. Siguió lo habitual. Hechos de armas y una memoria social que idealiza a los protagonistas: Zumalacárregui, Tío Tomás; Cabrera, Tigre del Maestrazgo; el general Savalls; doña María de las Nieves de Braganza; Benito Tristany, conocido como Mosen Benet; Juan Castells y muchos otros.

En todo caso, al margen de esos detalles que ahora no vienen al caso, las guerras carlistas (en plural porque los especialistas han contabilizado tres) plantean la cuestión de si es compatible la modernización del país con la fractura de la comunidad política, la disensión en el seno familiar, el miedo a las represalias, la intimidación verbal, la vergüenza por la victoria o la derrota. Y para limitarlo al caso catalán, cuando sus habitantes, dominados por la rabia, se enfrentan unos con otros y, desconcertados, sucumben a la violencia, no saben responder a la angustiosa pregunta de cómo se ha llegado a eso.

Aquí hay que citar a Jaime Balmes, el filósofo catalán. Desde 1841 escribe en el diario *El pensamiento de la Nación* alarmado por la situación del país que ponía de relieve de qué modo la rabia de los mediocres es una rabia patriótica. Balmes tuvo la certeza de que Cataluña sería devorada por esa rabia y nunca lograría absorber la riqueza que estaba brotando en ella por el trabajo de sus habitantes. Pensando en recuperar el sentido común escribe *El criterio*.

El comienzo es revelador: «El pensar bien consiste: o en conocer la verdad o en dirigir el entendimiento por el camino que conduce a ella. La verdad es la realidad de las cosas. Cuando las conocemos como son en sí, alcanzamos la verdad; de otra suerte, caemos en el error. Conociendo que hay Dios conocemos una verdad, porque realmente Dios existe; conociendo que la variedad de las estaciones depende del Sol, conocemos una verdad, porque, en efecto, es así; conociendo que el respeto a los padres, la obediencia a las leyes, la buena fe en los contratos, la fidelidad con los amigos, son virtudes,

conocemos la verdad; así como caeríamos en error pensando que la perfidia, la ingratitud, la injusticia, la destemplanza, son cosas buenas y laudables».

La mentira es el ataúd de Cataluña. Hay que poner fin a la manipulación del pueblo pues la verdad es la realidad de las cosas, no la proyección de los deseos. Prueba de ello es que Balmes, para quien la búsqueda de la verdad es el signo de la civilidad, encuentra el modo de exponer *su* evidencia a la hora de abordar un problema: «Si tomamos una cosa por otra, como, por ejemplo, si creemos que son blancas unas vueltas que en realidad son amarillas, *mudamos* lo que hay, pues hacemos de ello una cosa diferente».

Balmes distingue entre guerra civil, insurrección, rebelión, asonada, actos que llevan a la sociedad a su destrucción. A eso le llama pensar bien. Su criterio y todo lo que el siglo XIX quiso hacer y no pudo es el emblema de las causas perdidas de la historia catalana: carlismo, federalismo, separatismo o autonomismo. Como otras veces, el progreso a la armonía social (la paz perpetua) entrañaba una marcha a través de cementerios alimentados por guerras civiles.

Gente que no quiere entender el riesgo del conflicto civil: bueno, es cosa corriente. Se repite demasiado. Pero ¿gente que *busca* ese conflicto para consolidar una idea? Eso es diferente. ¿Es verdad que ciertos mensajes desencadenan en determinadas personas una mala voluntad, una especie de rabia contra todo lo que no sea *lo suyo*? Parece que sí.

Balmes falleció en julio de 1848 cuando la vida en Cataluña estaba a punto de cambiar. Había muchos indicios. Las guerras carlistas eran vistas como una rémora aunque había quienes insistían en sostenerlas. De hecho la tercera fue la peor. El heroísmo de las gestas militares se limitó a las campañas en el norte de África. ¿Regenerarán estas la situación y salvarán al país de la ruina? O, por el contrario, ¿la agravarán? La cuestión debe plantearse y es Fortuny quien lo hace: no solo él, también los admiradores de su pintura.

Mariano Fortuny y Marsal (no confundir con su hijo, Mariano Fortuny y Madrazo) transformó la pintura de los nazarenos catalanes de Claudio Lorenzale en un nuevo estilo con *Ramón Berenguer III ante el castillo de Foix*; luego se dispuso a entender la épica de la guerra viajando a África con el general Prim, de Reus como él, y el escritor granadino Pedro Antonio de Alarcón. *La batalla de Tetuán* responde al viaje. Después se acercó a la sociedad con discreto realismo con *La Vicaría*; finalmente, con su esposa

Cecilia, se instaló en Granada donde profundizó en el sentido del orientalismo. En *La matanza de los Abencerrajes* se mezcla la historia de los reyes nazaríes con la leyenda de los *Cuentos de la Alhambra* de Washington Irving.

He ahí su legado. Se confía en la sociedad pese a que una parte de ella ha cedido a la guerra. Es la misma actitud vista en la construcción de un teatro de ópera. La ilusión de la continuidad de la historia. Un rasgo muy catalán.

El 4 de abril de 1847, con la inauguración del Gran Teatro del Liceo, surge en Cataluña una nueva dimensión de la vida social. En las reuniones mundanas donde los rostros se miran en los espejos nadie pretendía que el objetivo fuera solo la audición de una ópera: son visibles las maneras de la burguesía, capaces de tratar las cosas más importantes con elegancia. No existe nada que no pueda ser tratado de ese modo, tal es el imperativo moral con el que se acude a los estrenos.

La construcción se hizo con aportaciones individuales, de forma similar a una sociedad mercantil; la familia compraba un palco o una butaca de platea y luego la utilizaba o la regentaba. Sin ayuda oficial. Por ese motivo nunca se hizo nada parecido a un palco real como en el Teatro Real de Madrid. Una vez más se mostraban las diferencias de trato entre ambas capitales ante un mismo desafío.

Durante los siguientes años, en El Liceo se desplegó una estética que con el paso del tiempo se convierte en motivo de orgullo. Y en los entreactos el público advertía la razón de encontrarse allí, vestido de etiqueta, la persistencia, bajo la máscara de una fiesta mundana, de la antigua e irreductible voluntad de ser catalana. Porque, ¿qué era El Liceo sino una continua conversación de sociedad, donde los negocios y el juego desempeñaban un papel tan funcional como los dramas de Norma o de Lucía de Lammermoor en el escenario?

Cataluña contaba con un lugar exclusivo donde el poder tiene rostro. Se tiende a olvidar que la razón para acudir allí es una música que se escucha y se ve. Una música que requiere de entreactos para hablar, comentar o debatir las últimas noticias. No solo se habla de política, también de dinero, o acaso no es la misma cosa, mientras se comenta un aria, una nota mal dada, un error en la entrada. Una vida agotadora pero necesaria si se quiere formar parte de

esa burguesía triunfante que está dando el tono de la vida en Cataluña. Uno está allí, asistiendo a una velada, para alcanzar la posición social a la que obliga el dinero ganado o el nombre familiar, qué fatiga. Pero es lo que hay.

La palabra más empleada es decepción. Decepción por la forma de gobernar en España desde Madrid, y da igual que sean de color moderado, radical o progresista. No atiende a los verdaderos problemas del país que son muchos y graves. Comienza a nacer el regeneracionismo como forma de vida. Lo que se sentía entonces era una agitación en el vacío de la vida cotidiana: exceso de presente, nada de futuro y escaso interés por el pasado.

Todo esto lo cuenta Frederic Soler, Serafí Pitarra, en su comedia *Liceístas y cruzados*: descripción de los piques entre los asiduos a El Liceo y al Teatro Principal, que apenas está a unos metros de distancia en la misma acera de las Ramblas de Barcelona, refleja la antigua polémica en Cataluña entre el catolicismo y la masonería. Con precisión de relojero, tal era su oficio, impuso la sátira y la parodia en la literatura pues Soler no era un devoto sino un ferviente. Lo vemos todavía sentado en el monumento de Agustín Querol con las piernas cruzadas y una mirada hacia previsiblemente el objeto de sus innumerables pullas. No solo fue capaz de subir a Jaime I al escenario, sino que bromeó con los triunfos del general Prim. Un ideal de fraternidad y de conocimiento profundo del alma catalana no era ajeno a su obra, pero la gracia procedía de él y del grupo de admiradores que le visitaban en la trastienda de la calle Escudellers, Anselmo Clavé, Valentí Almirall, Víctor Balaguer, Feliu y Codina, incluso a veces su buen amigo Pepe Zorrilla con el Tenorio a cuestas. ¿Ni un solo homenaje hoy? Vamos, de nada sirve ofenderse, es un hecho. Eso es todo.

Leamos el prólogo de *Lo Gayter del Llobregat* de Joaquim Rubió i Ors, el espíritu de la *Renaixença*, situémonos en 1859 cuando el Ayuntamiento de Barcelona restaura la vieja fiesta de la poesía (creada por el rey Juan I a finales del siglo XIV) llamada para la ocasión los *jocs florals*, juegos florales; o, sin más, acerquémonos al espíritu de la revista *Lo Gay Saber*, y preguntemos qué sucedía en Cataluña en la década de 1850 para que una parte de la sociedad llegara a la conclusión de que una propuesta literaria podía cambiar el curso de la historia; hacerla regresar a su época dorada para dar el impulso a un futuro que pusiera fin al largo eclipse de un país que había perdido la principal seña de identidad: la lengua catalana como soporte

de una literatura.

Cataluña está ahora en una encrucijada definitiva, se aleja rápidamente del pasado que algunos comienzan a identificar con el ser de España para aventurarse en su propia historia. La literatura en catalán tiene una ventaja de momento en su lirismo por medio del cual es capaz de captar lo esencial del pueblo catalán, las secretas aspiraciones del mundo interior. Hay, pues, que dar un paso de gigante hacia delante, calzarse las botas de siete leguas. Porque el lirismo recuperado en los juegos florales no se limita a la literatura, sino que designa un modo de ser, y que, desde este punto de vista, un país que defiende institucionalmente el lirismo es un país dispuesto a transformar el espacio urbano conforme al tiempo histórico.

La historia del urbanismo en Barcelona permite entender el nexo entre la industrialización y el renacimiento del catalán en el campo de la literatura. Todo comenzó con un gesto hacia el pasado que se deseaba en función del futuro que se buscaba. La demolición de la muralla medieval respondió a la necesidad de crear hogares para los ricos y la clase media desplazando a los pobres a la periferia o al centro histórico. Entre otras cosas, porque el plan de Ildelfonso Cerdá tiene su germen en la idea de que la ciudad es un cuerpo social como supuso John Nash al diseñar Regent's Park de Londres o el barón Haussman en la planificación de París para Napoleón III. En su aplicación, su plan refleja las diferencias de riqueza que caracterizaban a la sociedad catalana en conjunto.

En 1855 se presentan los planos topográficos de un modelo urbano basado en los principios romanos de la linealidad, aunque de nuevas maneras, al fin y al cabo, Cerdá lleva a cabo el proyecto de renovación urbana de Cataluña más importante de la era moderna construyendo manzanas de una hectárea de forma cuadrada en calles rectas y envolventes con chaflanes al modo de plazoleta. Las calles, diseñadas (entre veinte y sesenta metros de anchura) para el tráfico rodado y para la conexión del centro histórico con los distritos exteriores, se delimitan por un bloque continuo de edificios, con tiendas en los bajos y viviendas sobre ellas, donde los inquilinos ricos ocupan los primeros pisos (el Principal) y los menos pudientes los pisos altos. Cuando el Ensanche llegó a la periferia, la ciudad absorbió de forma casi natural barrios dedicados a viviendas de familias acomodadas (Sarriá, Bonanova, Pedralbes),

a la de los inmigrantes (Carmelo, Verneda, Pueblo Nuevo). En los lugares del centro histórico en los que no fue posible extraer la pobreza se la ocultó con el estuco. El plan Cerdá fomentó una ciudad de espacios separados desde el punto de vista de la clase debido al precio de las parcelas.

El Ensanche responde por entero al renacimiento catalán. Se sitúa en el corazón del poder económico de la ciudad, se adueña de los nombres del glorioso pasado de Cataluña: los héroes de las gestas (Lluria, Roger de Flor, Entenza, Rocafort, Villarroel, Pau Claris), las tierras vinculadas a la expansión del Mediterráneo (Mallorca, Provenza, Cerdeña, Sicilia, Nápoles), las instituciones representativas (Diputación, Cortes, Consejo de Ciento), los episodios de más relieve (Caspe, Bruc, Bailén, Trafalgar). El uso de estos nombres responde a una cultura política convencida de que los espacios públicos necesitan reflejar la imagen de lo que es, y lo que quiere ser, un país. Así lo entendió también Fontseré al diseñar el Parque de la Ciudadela que había sido un regalo de Prim a la ciudad.

Y hablando de Prim, su participación activa en el partido progresista contrario a Isabel II fue decisiva en los sucesos de septiembre de 1868, la revolución gloriosa, que buscaron el modo de insertar el *demos* en la vida política: democracia. Un proceso que sumó el error político de la monarquía, el poder de la voluntad popular y la violencia colectiva para impulsar una forma de gobierno que sacara al país de la grave crisis económica que arrastraba durante años. En el caso de Cataluña se trataba de encontrar un nuevo encaje con España. Fue un momento grandioso e inequívoco, cuyo episodio clave fue la propuesta federalista de Pi y Margall para la articulación del territorio.

El escenario principal de la experiencia federal fue la Primera República, durante la que, entre 1873 y 1874, se intentó barrer el orden nacional surgido de las Cortes de Cádiz. No era que se concibiera la república de modo que fuese una democracia en el sentido actual del término, aunque se propugnaba el sufragio universal, reservado de momento a los hombres. Los próceres que delinearon la constitución deploraban las agitaciones populares, Salmerón, Sagasta, Pi eran una élite preparada para domar el espíritu de partido, a pesar de que formaran parte de alguno. Buenos sentimientos ante todo, confianza en superar el problema territorial, sobre todo la cuestión catalana; y una

predisposición a mantenerse atentos a lo que se decía en el cuarto poder, la prensa. Pero ¿quién controlaría los sables de los generales que deseaban la restauración monárquica? En medio de los murmullos de desaprobación hacia el cantonalismo en el que derivó la solución de la república federal, los generales se retiran a sus cuarteles mascullando amenazas. Pavía prepara las tropas para asaltar el edificio de las Cortes; la leyenda quiere que a caballo. Su semblante se ensombrece y Cánovas del Castillo prepara la restauración monárquica tras un año con Serrano al frente de una república por completo desnaturalizada.

En Barcelona se siguió el desarrollo de esta política con cierta resignación. Se reanuda el interés por la literatura en lengua catalana. Sirve de compensación. Aparece entonces el hombre destinado a convertir la poesía lírica en catalán en la recreación del paisaje ancestral, de los Pirineos al mar: Jacint Verdaguer. *La Atlántida*, premiada en los juegos florales de 1877 y escrita cuando el *mosén* poeta era el limosnero de Antonio López, marqués de Comillas, expresa el ideal de patria con la que sueña y refuerza lo que él cree ser su postura ante los grandes cambios de su tiempo que a diario le razona Eusebio Güell, yerno de su patrón.

Menéndez Pelayo escribe: «No hay lengua moderna que iguale en poder y flexibilidad a la lengua catalana, tal como Verdaguer la maneja»; y se pregunta al ver la exuberancia y lozanía de sus versos: «¿Quién tendrá valor para censurar el exceso? ¿Quién podrá tachar de redundantes las descripciones del incendio de los Pirineos, del jardín de las Hespérides, de la catarata o del derrumbe?

En 1886, o sea después de ser declarado *Mestre en gai saber*, Verdaguer, a los cuarenta años, publica el *Canigó*. Se inicia entonces una larga aventura espiritual, hasta 1895. De esa fecha son sus artículos *En defensa propia*. Hay en ellos una iluminación del momento histórico por el que pasa Cataluña. No solo por la defensa de las calumnias que se han vertido sobre él, sino también por las iniciativas en las que está implicado. El exorcismo a los enfermos y la ayuda a los obreros son los pilares de un proyecto social de carácter cristiano, en línea de la encíclica *Rerum Novarum*, para mitigar la influencia del socialismo y el anarquismo. Y las quejas de Verdaguer se elevan de tono y la sensación mística de sus versos se acentúa con el estruendo de las bombas, la

de El Liceo de 1893, la de la procesión de Corpus de 1896. ¡Oh! Unos comportamientos que nadie comprende. Las acciones de un loco. ¿Es eso lo que quiso reflejar Narcís Oller en su novela *La bogeria*?

En este vuelco económico, cultural y urbanístico acechaba un elemento tan atractivo como peligroso: el sentimiento nacional. En Cataluña empezó a consolidarse la idea de que la lengua era el signo de un hecho diferencial. Este paso simbólico fue visible en 1884 al fundarse la revista *L'Avenç*, con dinero procedente de catalanes de Cuba y en el libro *Lo catalanisme* de Valentí Almirall publicado dos años después para hacer frente a *La Tradició Catalana* del influyente obispo de Vic Torras y Bages. De nuevo la antigua polémica, ahora en el campo de la política, entre masonería y catolicismo.

El catalanismo no era un movimiento cultural para llenar de ilusión los recuerdos de la gente y luego ser reabsorbido, al contrario, era la manifestación del nuevo carácter que se había insertado en Cataluña, transformándola para siempre. Se trata del deseo por fin revelado que da lugar años más tarde, con Ángel Guimerá en *La Santa Espina* con música de Enric Morera, la célebre canción: *som i serem gent catalana tan si es vol com si no es vol, que no hi ha terra més ufana sota la capa del sol*.

No está mal el deseo.

El cambio de actitud del catalanismo se entiende si atendemos a la letra de la canción. Puede parecer un gesto de jactancia, cuando solo es un escueto saludo a una forma de ser arraigada en siglos de historia. Este reconocimiento está a punto de mostrarse en el gran escenario internacional que le facilitó la Exposición Universal de 1888 en Barcelona. Por razones altamente estratégicas, se involucró a la casa real en el suceso. Además la regente María Cristina era de la casa de Habsburgo-Lorena: una descendiente por tanto de aquel archiduque Carlos por el que se había hecho una guerra. Pero de momento hay que poner buena cara al gesto de María Cristina de acudir a la inauguración.

Aquí llega la oportunidad tiempo esperada de entender la lengua catalana como el elemento clave para la creación de un Estado capaz de entender las demandas del catalanismo político. Se le encargó a Menéndez Pelayo que hiciera el discurso de bienvenida a la reina y le dijo «Senyora, sou vinguda a escoltar amorosamente los accents d' aquesta llengua, no forastera ni exòtica,

sino espanyola».

Un alegato claro, directo a favor de la necesidad de que Cataluña tenga una lengua propia sin que, en la opinión del polígrafo santanderino, eso signifique renunciar a verla como una lengua española. Proponía un país que asumiera la diversidad cultural, lingüística, como una riqueza más que como una dificultad. Nadie mejor para entender esta sugerencia que una princesa de la casa de Habsburgo, cuya familia había logrado confederar Austria con Hungría. Entonces el deseo muestra un trasfondo político. Hay que encontrar la armonía en la diversidad.

Este saludo en catalán responde también a un gesto de gratitud hacia el maestro Milá i Fontanals en la convicción anclada en estos hombres de letras españoles de que los reyes deben ser conscientes de que «la unitat dels pobles és unitat orgànica i viva, i no por ser aqueixa unitat ficticia, verdadera unitat de la mort». La sutil salida de Menéndez Pelayo, inesperada e inexplicada, es la primera propuesta en serio de una implicación de la casa real en los asuntos de Cataluña. ¿Por qué no trasladar a Barcelona la residencia de los reyes? Es una posibilidad en unos tiempos en que la ciudad es el punto de mira de todo el mundo.

Pero, podrán decir, ¿y toda esa historia de reclamaciones y conatos de rebeldía del catalanismo que conduce hasta las Bases de Manresa? Ah, sí: hay posturas que consideraron ese saludo a la regente inoportuno, por no decir torpe. ¿Cómo no ver en esta reacción la rebeldía que durante toda la historia ha marcado el devenir de una parte de la población catalana? Pero ¿hace falta insistir que era un sentimiento compartido por muy pocos? ¿Cabe lamentarlo? Si la respuesta es sí, no entenderán lo que Cataluña hizo a continuación.

A los burgueses catalanes hay que reconocerles el mérito de haber comprendido en seguida el desafío que suponía el catalanismo político para su estilo de vida; y hay que señalar al mismo tiempo su pavura para extraer una conclusión efectiva a la exactitud y amplitud de miras de tal diagnóstico. Ello no se debió solamente a la subvaloración constante de los círculos donde se maduraban esas ideas, sino a su apego a la evasión.

1888 fue testigo del nacimiento de una nueva sensibilidad sobre el paisaje urbano, convertida en la marca Barcelona que hoy atrae a miles de turistas:

esa nueva sensibilidad es el modernismo.

El gusto neogótico de Puig i Cadafalch se ve sublimado por la exuberancia escenográfica de Domènech i Muntaner, y por la inspiración celestial de Gaudí, y luego todo vuelve a la emoción dramática del futuro del pueblo catalán con Sagnier y Jujol: de la ilusión por construir una casa hanseática en pleno paseo de Gracia de Barcelona (casa Amatller) y el exotismo del palacio Macaya al Hospital de San Pablo y al Palacio de la Música; de la sensualidad de la casa Vicens al misterio del tejado-dragón de la casa Batlló; del palacio Güell, donde el tiempo es espacio, al parque Güell, a las chimeneas de la casa Milá, para acabar con la Sagrada Familia, templo expiatorio para un vital ejercicio de creatividad artística que exige una explicación.

La imaginación modernista pasa de la exaltación del deseo a la expiación del pecado. ¿Es el espíritu catalán de la época? Sí y no. El proyecto de un estilo artístico para una burguesía segura de sí deviene expresión de un pueblo; es decir, un referente de que el futuro se construye desde el pasado. Una vez más el espacio es efecto del tiempo, tiempo histórico en primer término, pero también tiempo musical, ya que ese mañana sostenida en el ayer se percibe a través de Wagner, el mayor genio que supo hilvanar el futuro con los mitos ancestrales.

Gaudí es el mediador, pese a no haber sido comprendido en su hora sideral (cuando ya anciano se refugia junto a los albañiles que construyen su templo). Ahora cuando vemos a miles de turistas haciendo cola para entrar en la Sagrada Familia sabemos que esa mediación es hoy puro márketing.

Hay naturalmente otro modernismo, otra forma de vivir la evasión, el de la pintura con Casas, Rusiñol, Utrillo, Anglada Camarasa, Mir y muchos otros. La radiografía de la sociedad catalana: retratos, paisajes, escenas, muestran el límite de lo imposible siguiendo los pasos de las vanguardias artísticas. Un riesgo necesario. No se arrebató así como así el misterio al mundo, pero ¿no es ese acaso el objetivo del joven Picasso?

Todos reunidos en *Els Quatre Gats*, café modernista donde se discute si es posible poner juntos lo personal y lo social. El escándalo está controlado. Son los ricos quienes desean saberlo. Huyen de ese modo de las ideas políticas y de la violencia en las calles. De nuevo evasión. Y sin embargo el resultado es muy bello, además de inquietante para los que saben de símbolos. Todo está bien hormigonado para que sea el arte de una época crucial para Cataluña. Lo cual no quiere decir que el modernismo y el catalanismo sean la misma cosa,

sino que incomodan de igual manera a quienes se conforman en aquel entonces con un mundo afligido por una creciente sucesión de tensiones sociales.

La gran fractura, sin embargo, acaba por venir de la política: las Bases de Manresa de 1892. Cataluña no tiene más remedio que prestar atención al desafío que se le propone. Se detalla que no se trata de seguir los *jocs florals*. Nada de vaguedades poéticas. La vida real pasa en «otra parte». Preferentemente, en las fábricas, en la lucha entre patronos y obreros.

Llega el 98.

El Gobierno de la nación capitula. Concede la independencia a Cuba, Puerto Rico y las Filipinas. Es el momento de atacar.

No se sabe qué es lo que hay que admirar más: la actitud de Joan Maragall al gritar por medio de una poesía *Adeu Espanya!*, sus lamentos por años de reclamaciones sin respuesta, o el sosegado magisterio de Josep Carner que con su obra y su testimonio personal llevará a la plenitud a la poesía catalana. En todo caso sus *prunes d'or* están muy lejos de la acción que se articulaba en los espacios de los partidos catalanistas convencidos de un futuro republicano (de ahí surge Vicens Albert Ballester y su diseño de la bandera con una estrella anhelando la independencia).

Estamos en plena rebeldía, después de la guerra de Cuba. El Gobierno de Canalejas naufraga en sus intentos de orientar la situación y, para salvarse, acepta debatir la propuesta de un régimen especial para Cataluña en las Cortes generales. Pero serán los conservadores de Dato quienes aprueben finalmente el Real Decreto de Mancomunidades Provinciales. La Lliga con Prat de la Riba al frente ya tenía la institución de gobierno reclamada con insistencia. Como si nada ocurriese se crea la Mancomunidad uniendo las cuatro Diputaciones catalanas; un reconocimiento de Cataluña como realidad política. La Asamblea General, de noventa y seis diputados, una Presidencia, ocupada por el presidente de la Diputación Provincial de Barcelona; y un Consejo permanente con las consejerías de Caminos y Puertos, Cultura e Instrucción, Agricultura y Servicios Forestales, Beneficencia y Sanidad, Obras Hidráulicas y Ferrocarriles, Teléfonos, Política Social, y Hacienda. ¿Qué más se puede pedir?

No fue suficiente.

1917. Europa está en plena Gran Guerra. Aires de revancha en Cataluña. El 1 de julio se convoca una asamblea de parlamentarios para el día 19 para forzar al Gobierno de Dato a llevar a cabo (se dice en el comunicado) «las reformas que necesita el país», entre ellas, una amplia autonomía para Cataluña y la convocatoria de elecciones constituyentes con lo cual quedaría derogada la Constitución de 1876 y de hecho todo el espíritu de la restauración. El futuro del país exige el fin del pasado inmediato. Los partidos conservador y liberal y los periódicos de Madrid declararon la asamblea sediciosa. Dato estaba desbordado: puede que el recurso a la guardia civil fuera una solución si de verdad creía que se trataba de un golpe de Estado perpetrado por las fuerzas nacionalistas, pero los políticos catalanes estaban decididos a asistir a la asamblea. Hay un intento de evitar a los provocadores de disturbios con la llamada a la calma. No fue así. La noche del 19 de julio tras la celebración de la asamblea en el ayuntamiento se produjeron enfrentamientos entre los manifestantes y la guardia civil. Del estado de placidez fingida durante todo este tiempo se pasa al temblor. Las calles se llenaron de pistoleros.

Si hay un culpable es Dato antes que el rey, y las víctimas son los diputados que no querían llegar tan lejos. Mientras se acrecientan los rumores de la quiebra de la monarquía, y se habla a menudo de lo que está ocurriendo en Rusia, se negocia una salida que al final se consigue el 30 de octubre (la mano de Cambó estaba detrás de todo eso) entrando dos ministros de la Lliga, Ventosa y Rodés, en el gabinete de García Prieto. La crisis de 1917 había pasado.

El sentido común había vencido a la rabia. Sí, es verdad; pero la pregunta de todo el mundo era ¿por cuánto tiempo?

Esa es otra historia. La historia de una ilusión. Veámosla.

EL PORVENIR DE UNA ILUSIÓN

Sesenta años separan la Asamblea de Parlamentarios en 1917 de la recuperación de la Generalidad en 1977: un corto siglo xx en el que en Cataluña se dilucida el porvenir de una ilusión (la identidad nacional como razón suficiente para la creación de un Estado) en medio de episodios claves de la historia reciente: novecentismo, dictadura de Primo de Rivera, fin de la monarquía, Segunda República, Guerra Civil, franquismo.

Un libro que analiza esa ilusión es *La pell de brau* de Salvador Espriu, alegoría de las ideas políticas de la época: catalanismo, anarquismo, comunismo, luchas en nombre de la libertad. En todo caso es una llamada de alerta para que Sefarad recuerde el riesgo de la fatal arrogancia del gobernante: «a vegades és necessari i forçós / que un home mori per un poble / però mai no ha de morir tot un poble / per un home sol».

¿Qué pasó para que Espriu en 1960 estuviera en una situación tan dramática, cansado de la agreste tierra en la que le había tocado vivir? ¿Por qué deseaba viajar al norte en donde se dice que la gente es limpia? La respuesta está en el relato poético en que se adentra en un pueblo vencido que necesita de la rebeldía para recuperar la dignidad perdida porque el anhelo del pueblo de Israel se transfiere al deseo del pueblo catalán. ¿Cómo pudo Espriu realizar en plena tormenta personal una obra tan bella, tan luminosa? La palabra se eleva para dar esperanza al justo como para censurar a los prevaricadores, tomando conciencia de la justicia.

Entre preguntas y respuestas de un alma atormentada, Espriu narra su odisea para salir del laberinto en el que ha caído un país áspero y seco, lleno de sangre. La alegoría tiene eso, que explica la verdad buscando una salida; hay que aprender a no renunciar, a resistir la ignominia de los tramposos trufados en asesinos. Esa salida, al fin y al cabo un brote de esperanza, es el

porvenir de una ilusión.

Un informe sobre la Cataluña del corto siglo xx es una reflexión sobre la dimensión trágica del sentimiento de rebeldía, pues a lo largo de esta historia hay dos maneras enfrentadas de entender el mundo, cada una de ellas inseparablemente atada a una verdad que es subjetiva, pero que se asume como objetiva; y cada una está formada por hombres y mujeres capaces de sacrificarlo todo por sus ideales, aunque su triunfo se logre a costa de la derrota del adversario. Así ambas partes se sienten orgullosas y a la vez culpables. La reconciliación fue el gran desafío. Nunca se consiguió darle la razón al adversario; siempre se planteó la diversidad como conflicto, jamás se dijo que en ambas partes hay buenos y malos.

La reconciliación por un lado, el conflicto por otro. Dado que el sentido común es el soporte de la tolerancia, es normal que la sociedad se pregunte en qué valores descansa el conflicto. Se cita a menudo la rabia; pero hay algo más que tiene que ver con las recriminaciones de una sociedad capaz de sostener una larga guerra ideológica interna, unida a una persecución silenciosa del disidente.

Veamos *esta* historia.

Tras el fracaso de la Asamblea de Compromisarios, la sociedad catalana tiene prisa por encontrar una salida. Teme los efectos de la frustración social. En seguida se pone manos a la obra. Estamos en 1917. Eugenio D'Ors, que apoyó a la Mancomunidad en sus primeros pasos desde los periódicos y como miembro de su Gobierno, publica una serie de artículos en los que muestra el carácter unitario de la cultura española y la insensatez de todas las recriminaciones nacionalistas que a lo único que han llevado es a un callejón sin salida. Certifica el final de los ideales del modernismo y la necesidad de nuevas normas de civilidad que califica de *novecentismo*. Y, naturalmente, fue injuriado de inmediato; llamado traidor, españolista, y se le privó de la credibilidad alcanzada anteriormente con las glosas que publicaba en *La Veu* con el seudónimo de Xenius hasta el punto de que se le cuestionó el valor de *La ben plantada*, que escribió en 1911, de la que se dijo que era todo menos

una novela. Como consecuencia de ello se retiró de la vida pública, abandonó Cataluña (y su lengua), se fue a vivir a Madrid y a escribir en castellano. De hecho D'Ors no hacía más que seguir los pasos de otro personaje de la cultura catalana, el historiador del arte Josep Pijoan, que en 1913 había exasperado a sus amigos al marcharse del país rumbo a Canadá mostrándose irónico cuando le preguntaban los motivos de irse de Cataluña. Estaba claro que se negaba a unirse al coro. A menudo, acosado por todas partes, escribió unas páginas sobre el poeta Maragall, tan edulcoradas que únicamente los ingenuos podían pensar que eran sinceras.

Atención. *La ceniza fue árbol* de Ignasi Agustí analizó en retrospectiva esos años: el mundo de Mariona Rebull y del viudo Rius. Literatura de crítica social porque narra la ceguera y la arrogancia disfrazada de dinero con la que los poderosos pensaron que no corrían riesgo en Barcelona, a pesar de haberse convertido en *the wildest city in Europe*: construían casas en el Paseo de Gracia, reunían fortunas y oprimían a los obreros, al fin y al cabo inmigrantes del sur sin derechos laborales. Violencia sindical, desvelo de los débiles, se confiaba doblegar a la CNT, pese al apoyo de la FAI. No fue suficiente. La sociedad sufría en silencio. ¿Qué hacer en tales circunstancias? Difícil encrucijada.

La última tentativa de encajar Cataluña en España había sido de Cambó. Tampoco él pudo escapar de la crisis de 1917 aunque había intentado la tarea de incorporar al rey a sus planes regeneracionistas. Fue cuando le espetó aquello tan comentado: «Esta ciudad, Señor, no se siente feliz. Se engañaría Vuestra Majestad si creyese que el contenido que manifiesta, desde que os tiene en su seno, indica que están satisfechas sus aspiraciones, que los graves problemas que tiene planteados y las hondas preocupaciones de su espíritu han desaparecido».

Alfonso XIII estaba demasiado absorto en los agasajos para percibir la situación de una Cataluña propensa a una rebeldía vestida con ropaje republicano. La futilidad de la política, consorte inevitable del peligro de fractura social y territorial. Para Cambó uno de los problemas era el poco conocimiento que se tenía de lo que era y quería ser Cataluña. Para ello era necesario conocer su pasado. Invirtió dinero para conseguir una historia a la altura de sus ambiciosos objetivos. No le convencían las historias románticas,

ni las modernistas, menos las nacionalistas; a su juicio eran artificios que conculcaban su idea de lo que había sido, y era, la tierra catalana. Buscó alguien que lo pudiera explicar y encontró a Ferran Soldevila, pese a que nunca le escribió la historia que él esperaba; hizo otra, de mérito quizá, pero que no se adecuaba al objetivo que le marcó de mediar con sentido común en el conflicto entre Cataluña y el Estado.

Cambó tenía asumido el papel de mediador. Pero el hecho de que el conflicto catalán se radicalizara en torno a la rivalidad del catalanismo republicano y el *lerrouxismo* hizo difícil el intento de mediación, pese a que el Gobierno de concentración nacional de Maura le situó al frente de la cartera de Fomento para renovar las infraestructuras, pues las carreteras y los ferrocarriles existentes eran impropios de un país moderno. El plante de los sindicatos a las medidas gubernamentales imposibilitó todos los esfuerzos en este sentido. La salida de Alba hizo caer al Gobierno, al tiempo que la violencia apareció en las calles de Barcelona.

Estamos de nuevo en la habitual encrucijada. Mientras Carles Riba elaboraba su *Primer i Segon Llibre d'Estances* y Josep Maria de Sagarra utiliza la *paraula viva* para definir al pueblo catalán, unos pistoleros al servicio de la patronal asesinan a los sindicalistas Pau Sabater, Salvador Seguí y a Francesc Leyret. Desolador panorama, con poetas como Joan Salvat-Papasseit llamando a la subversión espiritual desde la revista *Un Enemic del Poble*, el vanguardismo que busca al catalanismo en *El poema de la rosa als llavis*, cuaderno contra las tecnologías modernas elogiadas por el futurismo.

Entre tanto, desde los diarios se pedía ley y orden sin importar que lo hiciera un Gobierno militar. De hecho *El Debate* pedía en sus páginas de opinión «traer la dictadura y además pronto». ¿Quién lo haría? Una buena pregunta. Ortega y Gasset orientó a sus compatriotas con palabras duras: «Rindo homenaje a esos magnánimos generales que generosa, desinteresadamente, han realizado la aspiración secular de veinte millones de españoles, sin que a éstos les cueste esfuerzo alguno». Se abre la puerta a la dictadura. Faltaba conocer qué «magnánimo y generoso» general se postularía para imponer la ley y el orden.

Miguel Primo de Rivera, marqués de Estella, se presentó a la opinión pública

como el único capaz de implantar la ley y el orden en las calles y las fábricas de Cataluña. Su tesis era sencilla: el conflicto social supone la ruina económica para el patrón como para el obrero. El manifiesto del 13 de septiembre de 1923 hizo que el rey le llamara para formar gobierno. La actividad financiera internacional exigía poner a la nación en manos de un militar de convicciones firmes. Las revueltas sociales solo traían pérdidas. La Mancomunidad no era un activo, sino un gasto subvencionado; la transferencia de competencias era un despilfarro. Además, el coste de una administración desdoblada era ruinoso para el país. Todos los recursos se estaban agotando. Era preciso la mano dura del general: «Es mi Mussolini», dijo Alfonso XIII, con ese desparpajo tan suyo, al cabo una ocurrencia que ponía de manifiesto el abismo al que se asomaba el país.

Las élites querían un futuro presidido por el progreso de la economía para lo cual era necesario ley y orden, sin captar la necesidad de combatir los excesos ideológicos del modernismo, como señalan los creadores de los años veinte (en la práctica un catalanismo militante). No debe olvidarse que el movimiento artístico en boga entonces era el futurismo, más acorde con la tensión psicológica de una época basada en la velocidad que había traído el automóvil o en el deporte que conducía a las masas de las manifestaciones callejeras a los estadios. Para sintetizar, 1923 fue decisivo para el *por-venir* de Cataluña.

Primo de Rivera estaba seguro de que el pueblo catalán entendería (y aceptaría) sus medidas que prometían trabajo bien remunerado, control de la inflación y una mejora en las carreteras y ferrocarriles. Faltaba por saber si recurriría a una escenografía a la «romana», como su referente en Italia, al saludo con el brazo en alto, a los fastos deportivos, o las reuniones sindicales y sobre todo al puño de hierro propio de las dictaduras. En su confusión de qué hacer y cómo hacerlo, comenzó la cadena de errores que le desacreditó; al margen por supuesto de la venalidad de sus colaboradores en la gestión de los monopolios, sobre todo de los hidrocarburos que dieron lugar a la Campsa.

Lo que aconteció después no es sino una consecuencia de esas premisas. Mientras el republicanismo se modeló en conformidad con las exigencias de los sindicatos, tras la caída de Alfonso XIII, la situación política catalana se

hizo insostenible a pesar del desarrollo cultural inspirado en el surrealismo en poetas como Foix, en pintores como Miró o en el grupo que publicó la revista *L'Amic de les Arts*, con Sebastián Gasch, Lluís Montanya y Salvador Dalí, autores del *Manifest Groc*, un alegato contra el modo de gestionar la cultura catalana por ser «negativa artísticament per bé que eficaç en d'altres ordres» (aunque no dice cuales).

Estos artistas, poetas, novelistas son jóvenes catalanes, cosmopolitas, fascinados de las vanguardias, que confían en su país, pese a haber viajado mucho y advertir el tono violento de las manifestaciones en la calle; unos ingenuos que creían dominar el juego y acabaron siendo víctimas del engaño. Todo fue muy rápido. La sustitución de Cambó por Macià, los nuevos objetivos del catalanismo político para estar a la altura de las exigencias del *Estat Català*, la deriva de la Segunda República, un proyecto político que se asentaba sobre la rebelión de las masas. En octubre de 1934, cuando la agitación obrera alcanzó su punto álgido con las huelgas de Asturias, Companys (en calidad de presidente de la Generalidad tras la muerte de Macià) se alzó contra el Gobierno con uno de esos «éxitos inútiles» habituales en la historia de Cataluña: la proclamación del estado catalán dentro de la República Federal española.

Los hechos del 6 de octubre de 1934 vistos por Gaziel: «Eso, es ni más ni menos, una declaración de guerra», en un momento inoportuno porque se hace «en el preciso instante en que Cataluña, tras siglos de sumisión, había logrado sin riesgo alguno, gracias a la República y a la Autonomía, una posición incomparable dentro de España hasta erigirse en su árbitro».

Al mediodía del 7 de octubre, el general Batet se había hecho con la situación, tras haber declarado el estado de guerra y se abrió un confuso periodo político para un país desgarrado, que concluyó con el golpe de Estado de las facciones más extremas, la de los militares aglutinados en torno a los ideales del 18 de julio: el movimiento nacional.

Fue el inicio del último acto. En la primavera de 1936, Cataluña se deslizó hacia el torrente revolucionario tras el triunfo del Frente Popular en unas elecciones que aún se discuten. Los excluidos de esa operación política apenas tienen tiempo de mirar hacia atrás cuando la violencia los devora y da paso a una guerra civil. La sucesión de esos hechos es sobradamente conocida.

Franco se puso al frente de una heterogénea coalición de diversos bloques, falangistas, Ejército, Administración, capital, Iglesia, desengañados de la República, con un solo punto en común, la recuperación del orden en el país sin importar el modo de hacerlo, ni el sufrimiento de la gente, al fin y al cabo la que más perdió en los paseos de madrugada o en las cunetas. Su imperativo moral era tan simple como expeditivo: la restauración de España devolviéndole su razón de ser: una, grande y libre.

Ahora bien, ni el golpe de Estado que sus promotores llamaron alzamiento nacional, ni la confusión subsiguiente bastaron para que los sublevados se hicieran con el poder. La revolución anarcosindicalista que estalló en Barcelona cambió el curso de los acontecimientos. Ahora las partes en conflicto estaban decididas a ajustar cuentas entre sí en una guerra de imprevisibles consecuencias. Después de vencer al general Goded con algunos gestos de heroísmo, las columnas libertarias marcharon al frente para llevar la libertad a los pueblos de España, o mejor —para ser más exactos con el ambiente de entonces—, para derrocar al fascismo levantado en armas contra la voluntad popular. Surgía así una primera ilusión pronto desmentida por los hechos, aunque de inmediato entra en escena otra ilusión: una guerra de los proletarios del mundo con la llegada de las brigadas internacionales.

La URSS asomó a la Guerra Civil por muchas razones. Ante todo, para compensar, a ser posible, el vacío dejado por las democracias occidentales al practicar la *Realpolitik* mostrando una sorprendente neutralidad. Pero no era la única razón. Bien visto, para la URSS Cataluña era el mejor escenario para dirimir sus diferencias con el resto de las fuerzas de izquierda siguiendo los principios de la Tercera Internacional. Así, en mayo de 1937, los anarquistas y los comunistas echaban un pulso en las calles de Barcelona, narrado famosamente por George Orwell en *Homenaje a Cataluña*. Negrín apostó por los comunistas contra la CNT; la Generalidad también, aunque con resistencias por parte de los democristianos que fueron laminados. Después de los acontecimientos de esos meses, y de la desaparición de Andreu Nin entre calumnias, se abrió el frente del Ebro, seguramente la batalla que decidió la Guerra Civil.

Tras la derrota del ejército republicano, la decisión de abandonar Cataluña en una situación tan nueva inclinada al lado de Franco significa perder los

objetivos promovidos por el catalanismo político desde finales del siglo XIX. Para muchos catalanes, que habían intervenido en la guerra en el bando nacional, el régimen de Franco no era fiable. A los primeros años de la década de 1940 se remonta la decisión de ver el régimen como un paréntesis histórico y de amparar la Generalidad en el exilio.

Fue entonces cuando los catalanes comenzaron a jugar simultáneamente en dos mesas: una parte se aseguró los pactos con Franco en cuestiones clave como el gobierno de la ciudad de Barcelona y la cultura catalana; otra eligió sostener la memoria política del país creando redes de afinidad en Francia, México o Venezuela. La vida catalana se convirtió en un laboratorio social plural, pero como cabía esperar la versión oficial fue la de «no injerencia» en política. Eso era solo mera apariencia. La sociedad catalana que afianzó la economía tras los primeros años de autarquía (en industria, comercio y cajas de ahorro) participó del poder político por coalescencia, recibía los beneficios y encubría las ventajas obtenidas con imágenes de seriedad y buen hacer.

Durante los años cuarenta, Cataluña llevó a cabo una no autorizada renovación de la literatura y el arte, que fue además de una velada oposición a los ideales del régimen, un rasgo de la eterna rebeldía contra el poder de Madrid. El primer objetivo fue la publicación de una novela de la que se habló mucho, *La Colmena* de Cela, retrato de la posguerra del país corroído por la corrupción y la miseria. Su publicación era un desafío para los editores. Había que buscar la forma de superar la censura. La novela fue un objetivo de la industria editorial barcelonesa.

La editorial Destino promovió el Premio Nadal. Era un homenaje a Eugenio Nadal, cuyo muerte dejó sin uno de sus pilares al influyente grupo de intelectuales catalanes compuesto por su hermano Santiago, Josep Vergés, Juan Antonio Masoliver, Joan Teixidor e Ignasi Agustí; todos ellos convencidos de que la mejor manera de ayudar a Cataluña era enfrentarse con sentido común, mesura e ironía a las normas establecidas; nada de llamadas a la rebeldía, ni a la sedición; en la pluma, no en las barricadas, estaba el futuro de Cataluña. Eran los años de la Guerra Fría, y cualquier cosa que sonara a conflicto estaba mal visto en el ambiente internacional. El régimen no lo sabía, ese era su error; pero ellos estaban mejor informados, eran más

inteligentes. De ahí nació el compromiso con la novela que, en su caso, era como decir con la política. Quisieron situar al país en el lugar que se merecía por su tradición como capital de la edición desde el siglo xv. Se buscaron recursos y se estimuló a jóvenes escritores a que mandaran los originales. La osadía a veces tiene premio.

En 1945 el Premio Nadal fue para *Nada* de Carmen Laforet, novela de una canaria afincada en el Ensanche de Barcelona, que trasladó a un relato de ficción la vivencia de la clase media de posguerra. Luego llegaron otros nombres más, entre ellos Miguel Delibes, el prosista castellano que servía de contrapunto al prosista catalán del momento, Josep Pla, el hombre de la editorial Destino. Además de novelas, las editoriales catalanas publicaron ensayos, libros de arte, relatos de viaje, memorias, manuales, tebeos.

Cataluña cerró así un sólido compromiso con la industria editorial. Los frenos del Gobierno a esa iniciativa se cubrieron bajo el velo de una censura moral o religiosa, pocas veces literaria o artística; tal era la debilidad de un régimen que se mostraba altivo en los gestos y pusilánime en las decisiones. El juego entre editores y censores se convirtió en una práctica habitual. Al proporcionar una escena donde la represión cultural se sentía importante, la hacía menos eficaz de lo que se pretendía, precisamente porque su presencia suponía una molestia para todos los escritores, incluso los afines al régimen, que no dudaron en mostrar su enfado en público (hasta José María Pemán lo hizo) cada vez que los censores tocaban sus escritos.

El despertar de la literatura animó a los artistas. En 1948 el recuerdo del surrealismo favoreció que un grupo de jóvenes pintores y poetas de inspiración catalanista publicara en catalán la revista *Dau al Set*; el nombre y la idea fueron de Joan Brossa. El mundo mágico transgredía la puritana moral de los censores, que no entendían el alcance político del mundo de los sueños; se limitaron a creer que era el producto de la fantasía de unos artistas, y poca cosa más. Fue sin embargo el inicio de unas brillantes carreras en el mundo del arte, como la de Antoni Tàpies, el más comprometido con que su pintura abriera brechas al régimen de Franco, al que detestaba, y no se cansaba de decirlo en público. De ese núcleo saldría el arte informal en Cataluña, y su efecto en España cuando el grupo de artistas *El Paso*, con Saura al frente, abordó una aventura parecida con similares objetivos de compromiso político contra el régimen.

La huelga de tranvías de Barcelona de marzo de 1951 fue un hito en el papel que Cataluña desempeñaría en su relación con el resto de España en los siguientes años; tanto como meses atrás el fichaje de Kubala por el Barça. Se discuten las causas de la rebeldía contra el régimen. Si la situación laboral fuera la explicación a la conflictividad social, entonces la lucha política sería marginal; en cambio, si el éxito económico de Cataluña residió en crear una zona franca industrial, cuyo eje era la SEAT, en incrementar el volumen del tráfico marítimo consolidando el puerto y en crear un red de pequeñas empresas subsidiarias, entonces era necesario que la clase obrera apoyara el cambio gradual del régimen, apartándose de las propuestas revolucionarias.

En el mundo intelectual se llevaron a cabo severos ajustes: libertad de cátedra, circulación de los altos funcionarios de la Administración (notarios, jueces, registradores), créditos para sostener la industria editorial, imperio de la ley aunque en muchas ocasiones chocara con el aparato represor del Estado. Si los resultados no fueron espectaculares al principio, fue porque incluso las mejores instituciones o empresas funcionaban deficientemente por la falta de personal cualificado: el exilio pasaba factura y las llamadas al retorno de las clases medias liberales no tuvieron el efecto deseado, salvo en casos puntuales, Ortega y otras figuras insignes del republicanismo.

En Cataluña, los años cincuenta muestran la distancia entre el tiempo histórico, lento, condescendiente, y el tiempo vital, acelerado, exigente. Pero fue la época de la siembra; sin lo que se hizo en esa década no se entiende lo que ocurrió después. El régimen de Franco fue dinamitado desde *dentro*.

Temps era temps, canta Serrat: el tiempo en el que los catalanes, que antes habían temido el final de su forma de vida y que después iban a manifestar la necesidad de un soporte político, se sienten compensados por la escuela, el taller y el deporte: tenis, gimnasia, jockey, atletismo, natación y fútbol. Las victorias deportivas del Barça, que culminaron en la obtención de las cinco copas, han sido siempre recordadas, y con razón, como hitos del pasado que forjó el futuro.

En los años cincuenta, muchos catalanes se vieron en la obligación moral de sostener al país, aunque despreciaran el régimen del 18 de julio. Diseñaron unos planes de desarrollo para sacar a España de la autarquía que no era más que la gestión de la ruina económica, sin preocuparse por los que les

acusaban de colaboracionistas. Algunos intelectuales catalanes se acercaron al círculo de Arbor, algo más que una revista de historia: un círculo político variado y heterogéneo, situado bajo la protección de la Universidad de Navarra, vale decir del Opus Dei. El editor Vergés, a sugerencia de Josep Pla, invitó a Jaume Vicens Vives a escribir sobre Cataluña. Se lo pensó, consciente del paso que iba a dar en lo personal y en lo político. Al final le entregó un ensayo, en catalán, con el escueto título de *Notícia de Catalunya*.

Vicens Vives no era un emisor de consignas de grupo; tenía su propia opinión demostrando que sus ideas sobre el hecho catalán eran el resultado de un compromiso personal además de político. Controlar la universidad era vital desde el punto de vista estratégico. Dio a Cataluña una posición de dominio en el resto de España. Contaba a su favor que Barcelona era la capital de la industria editorial en castellano pero con maneras catalanas.

Cuando los hombres de negocios catalanes invirtieron para cambiar el régimen sabían que no iban a perder su dinero. El régimen no hizo nada para impedirlo, tal era su indecisión. Es cierto que quería ser totalitario, pero no podía, salvo en casos puntuales donde mostraba su puño de hierro en la represión obrera y de algunos disidentes a los que castigó con la humillación, la exclusión o la cárcel.

Por entonces habían comenzado a dar frutos los efectos de la televisión que desde 1959 emitía desde *Miramar*, en un palacete de Montjuich. Sus estrellas eran bien conocidas, José Luis Barcelona, Federico Gallo, Joaquín Soler Serrano, en competencia con los periodistas de la prensa escrita que marcaban tendencia, Augusto Assía y Santiago Nadal, con sus crónicas de política internacional, Manuel del Arco con su «Mano a mano», Néstor Luján que hablaba de todo con el pretexto de la gastronomía, y muchos otros. En este ambiente estalló el caso Galinsoga.

Luis Martínez de Galinsoga, un cartagenero que ejercía de director de *La Vanguardia* desde 1939, quiso ser por unas horas el héroe que el régimen decía apoyar, aunque en realidad despreciaba. El fatuo portavoz de una concepción de España que, en junio de 1959, ya no interesaba a nadie, y que ese día a la salida de la iglesia de san Ildefonso en Barcelona decidió hacer de doble del Caudillo, un gesto que gustaba a mucha gente. Y lo decidió en parte porque se trata de un oficio que le había permitido vivir muy por encima de sus cualidades y su talento. Cuando insultó a los catalanes de forma genérica, no acertó a ver la reacción de estupor de quienes quizá pudieran compartir su

ideario político pero jamás sus modales; la mala educación es el peor vicio, junto a la impostura, porque forma parte de la personalidad oculta de un individuo. Solo un estúpido es capaz de una cosa así, y en la meliflua disculpa ulterior había la torpeza de ideas y la indiferencia de fondo del hombre que vive en un mundo de fantasía.

Las protestas de algunos sectores cristianos, al fin y al cabo el suceso tuvo lugar a la puerta de una iglesia, situaron en primer plano a un joven llamado Jordi Pujol, que culminaría su acción poco después en los llamados «sucesos del Palau». Estaba claro que los sectores nacionalistas querían tensar la situación para acelerar los acontecimientos. Sobre Galinsoga, el asunto terminó como se debía. El conde de Godó propuso al Consejo de Ministros su cese, que fue certificado en la primera reunión. Un buen colofón para finalizar los años cincuenta.

Mientras se comentaban en Barcelona los efectos de los últimos acontecimientos —y en eso nadie tiene dudas: eran decisivos—, la mirada de los políticos se dirigió hacia un envite aún mayor. El régimen estaba tocado, pero no hundido.

El recuerdo de los sucesos del Palau, evocados en la prensa, anidó en todos los huecos de la sociedad catalana. Eran la sombra que la política del régimen daba a la historia, la de una existencia silenciada que arrancaba jirones al presente con los recuerdos de las viejas represiones y escenificaba la «noche franquista» en el ánimo de mucha gente. Eso solo fue el inicio. No bastaba con calificar al conflicto del 36 como «guerra incivil» para exorcizarlo, era necesario profundizar en su estudio, calar hondo. Cuando toda una generación de historiadores surgidos de la política aparecieron para investigar esa guerra, pasando de los márgenes a las cátedras universitarias, la sociedad quedó sobresaltada, incluso diría que llena de estupor. ¿Era verdad todo eso que se decía?

En el vértigo de una recuperación necesaria y urgente cada episodio, cada personaje, cada caso, revelaba que la política iba a convertir el estudio del pasado en un lugar de expiación, cada paisaje en un recurso para recordar lo que nunca debió haber ocurrido. Al contestar a las versiones sesgadas que desde los ideólogos del régimen se daba del conflicto, estos investigadores mostraban una demoledora ironía. Los años treinta resecaos por los muchos traumas vividos volvieron a animarse, a humedecer las almas de la gente cuya memoria estaba viva, solo que acallada por una mezcla de pudor y

miedo. Los derrotados, expulsados de la convivencia sin motivo, acogían ahora como huéspedes a los historiadores del extranjero que legitimaban sus maneras de pensar y de creer. La sociedad quedó aturdida al comprobar que figuras, políticamente conservadoras en Gran Bretaña, se mostraban hostiles a la versión oficial de la guerra.

El espíritu del 62 anuncia el universo crítico.

En Cataluña se ligó con un proyecto editorial que significativamente se llamó *Edicions62*, cuya colección en castellano aparecía bajo el nombre de Península. Los libros que comenzaron a publicarse allí contemplaban el pasado con una mirada hasta entonces impensable, nítidamente contraria a un régimen que se calificaba de totalitario ante el estupor de mucha gente que no podía llegar a entender cómo era posible una crítica despiadada sin que los llamados totalitarios hicieran nada al respecto. Aquí reside una de las claves de la posición de Cataluña ante la regeneración de España.

Cada nuevo libro era un paso en esa dirección, porque no bastaba con publicar sólidas investigaciones de historia catalana, las de Pierre Vilar sir ir más lejos, sino que era preciso crear una biblioteca formativa del pensamiento de izquierdas, que en esos años era marxista. Leer esos libros era un acto que identificaba a la persona, no digamos ya publicarlos. Pero se trataba de un problema de doctrina, no de método. Se había abierto la brecha que pondría fin al régimen de Franco, y en eso todo el mundo parecía estar de acuerdo, incluso los altos funcionarios que en principio le debían lealtad.

¿Lealtad al dictador? Estaba claro que los juramentos no valen según a quien se les hacen; un asunto de alta política que tendría enormes consecuencias en el futuro. ¡Que más daba jurar los principios del movimiento, de rodillas, ante una Biblia, para acceder a un alto cargo de la Administración si se estaba dispuesto a hacer todo lo posible para amortizar al régimen que los sostenía! Lo importante era la legitimidad de la acción, no la palabra dada a un régimen no solo ilegítimo sino ilegal. ¿Acaso no había surgido de un golpe de Estado? Nadie dudaba de eso. En cualquier caso, algo de este espíritu del 62 llegó al estudio de las «otras» guerras civiles, hitos también en el difícil camino de entendimiento entre Cataluña y España.

Estas noticias sobre el régimen de Franco conducen a dos conclusiones. La primera es, simplemente, que en los casos de disfunción económica, un

sistema estatal abierto puede funcionar mejor que un Estado-nación centralizado. La segunda es que un sistema comprometido con las redes internacionales del comercio, pese a ser eficiente, puede no tener éxito en brindar prosperidad por igual a todos los territorios en los que desarrolla su acción. No bastaba con que La Caixa extendiera los créditos fuera del espacio que le era propio, era necesario que allí donde llegara se crease un tejido empresarial y una moral de trabajo que los hiciera fructificar. Por tanto, con esta salvedad, puedo formular lo que llamaría un argumento altruista por el que Cataluña se comprometió durante los años cincuenta y sesenta a sacar a España de la postración en la que quería mantener un régimen tan altivo como obtuso. El mal gobierno y la corrupción lo habían colocado en una situación difícil para afrontar la crisis que estaba a punto de producirse en todo el mundo industrializado por la subida del precio del petróleo. Ante ese estado de cosas, en Cataluña se supo que lo que se necesitaba era construir la nación y no limitarse a cambiar el régimen. Si el desarrollo de Barcelona y de Cataluña durante estas dos décadas era una posibilidad seria para el futuro de España, ¿qué mejor que invertir en los territorios de la emigración?

Cataluña no tuvo que esperar mucho para hallar un símbolo del colapso al que había llegado el régimen de Franco en los años sesenta. El 19 de julio de 1969 estalla el caso Matesa: la denuncia del director general de aduanas ante el tribunal de delitos monetarios destapa un asunto bastante complejo. Los periódicos, con órdenes expresas de Fraga, ministro de Información y Turismo, hicieron un seguimiento preciso y descarnado del asunto. Los lectores quedaron absortos por la noticia, en un país donde no existía libertad de expresión. Estaba claro que se trataba de un conflicto entre lo que se llamaban «familias» del régimen. Pero, de pasada, un control de las acciones de los industriales catalanes relacionados con los ministros tecnócratas del Gobierno del almirante Carrero por parte de los sectores duros que en la jerga de entonces se decían «azules».

El 29 de octubre de 1969, Franco remodeló el Gobierno y dejó caer a los que alentaron el escándalo y reforzó a los afines al industrial encartado en el escándalo. Se supone que con ese gesto se aseguraba a los financieros internacionales que estaban a favor de la demolición del régimen, impulsada desde *dentro* por Juan Carlos de Borbón, que acabada de ser elegido sucesor

a título de rey.

Pero ¿cuándo exactamente ocurriría? Importante saberlo. Detrás del caso Matesa había algo más serio: la asfixia del sistema económico por una pésima política financiera que favorecía la inflación y el gasto público como medida de todas las cosas. La falta de confianza afectó al crecimiento; y sin crecimiento nunca habría un cambio político gradual, se volvería a plantear la solución revolucionaria, al modo de Portugal con su *Revolução dos Cravos*.

Un eco de esa situación de asfixia, no tan banal como parece a simple vista, se vivió cuando Agustí Montal decidió el fichaje del futbolista holandés Johan Cruyff, que jugaba en el Ajax. Era necesario sacar del país una suma considerable, pero eso no estaba previsto en la legislación vigente. Volvieron los viejos fantasmas. El fichaje de Alfredo Di Stéfano mediante una jugada que en Barcelona se vinculaba a las maniobras de los hombres del régimen y en Madrid como una simple operación mercantil, aunque en ninguna caso nadie explicó cómo llegó el dinero a Argentina.

Montal, que había difundido la consigna de que «el Barça era más que un club», se enfrentó al dilema de apostar fuerte por un club de fútbol *trionfant*, es decir, que competiera en igualdad de condiciones con los grandes clubes europeos y alcanzara el lugar que le correspondía por derecho y tradición. Era una apuesta de futuro. La nostalgia sobre el pasado, Kubala y las cinco copas, ya no bastaba. El objetivo era saber si Cataluña recobraría el lugar que se le había arrebatado en la reciente historia, y sobre todo si lo haría dentro o fuera de España.

En algún momento de 1977 comenzó la nueva época para miles de enfervorizados catalanes, revolucionarios de izquierdas y de derechas, idealistas y demagogos, para quienes la calle se había convertido en el espacio idóneo de cien causas contradictorias. Se sabían muchas cosas y se planteaban muchas opciones, pero se ignoraba lo esencial: distinguir de una vez por todas lo auténtico de lo falso, la verdad de la mentira. Pero nada hacía pensar que semejante actitud pudiera lograrse fácilmente con una generación de políticos que aspiraban a medrar en medio de la profunda transformación histórica que se conoce con el nombre de transición.

ESPERANDO LA INDEPENDENCIA

Los cuarenta años de autogobierno en Cataluña, desde la recuperación de la Generalidad en 1977 a la declaración de independencia en 2017, no solo han posibilitado una toma de conciencia nacional, también han servido para que las generaciones nacidas en la era digital rindieran tributo a la identidad catalana absorbiendo su cultura, en muchos casos de forma exclusiva. Los jóvenes educados en esos años han sido participes por coalescencia de ideas que destacaban las diferencias con España.

Aprovechándose del nivel de vida alcanzado en los años ochenta, varias generaciones de catalanes asumieron la bondad de la socialdemocracia promovida desde las Consejerías de la Generalidad a base de subvenciones y prebendas hasta que la crisis de 1997-1998 les obligó a reconsiderar esa política. Entonces lanzaron la consigna «España nos roba»: una suerte de hermandad solidaria del pueblo catalán cuyo efecto fue decir que la salida a la situación económica era asumir el derecho a decidir de una democracia cívica y pacífica. Un mantra que dio alas al independentismo.

Fingir la tragedia es una comedia curativa. En efecto, las celebraciones festivas del 11 de septiembre, la Diada, constituyeron desde la primera un deseo extasiado por la alta participación donde era habitual ver a las figuras de los medios de comunicación o del deporte que se jactaban de haber congregado a miles de personas con un mismo fin: exigir la independencia.

Cuando estas generaciones educadas en los programas docentes de la Generalidad dieron ese paso adelante reinaba entre los adultos un fuerte recelo por las medidas económicas del Gobierno que les llevó a solicitar el ingreso en las entidades organizadoras de las manifestaciones, la ANC y Òmnium Cultural. A su vez, la televisión se mostró receptiva ante las imágenes y las consignas esgrimidas en esos actos: banderas con una estrella,

cánticos patrióticos. La rebelión de las masas de antaño se convirtió en una fiesta cívica, de tono pintoresco, familiar, una llamada al magnetismo de la imagen. La escuela catalana lo había logrado. El programa de inmersión lingüística es un éxito ideológico, no pedagógico: la ESO tiene como objetivo la educación en la cultura catalana más que en la formación humanística o científica. Prima la identidad nacional sobre el conocimiento: en el acceso a un puesto trabajo puntúa más el nivel C de catalán que un doctorado. Todo está hormigonado desde arriba aunque los viejos marxistas trufados en férreos nacionalistas insisten que se trata de un movimiento espontáneo del pueblo; algo parecido a la primavera árabe o mejor aún a la reacción del pueblo de Argel vista por Gillo Pontecorvo. Es difícil seguir el proceso en esa referencia: el espectador neutral está desbordado, sus criterios estallan, la posverdad del relato lo arrastra todo en su torbellino.

Ahora toca un poco de sosiego para hallar la verdad en medio de las mentiras. El control de las relaciones sociales ideológicas es la base del edificio catalán en los últimos cuarenta años. ¿La doctrina? Aquí está: la tesis de Lenin en «¿Quiénes son los verdaderos amigos del pueblo?» se convierte en la clave del cambio del sistema de valores de la sociedad catalana auspiciado por el nacionalismo; en definitiva, asumir la gran marcha hacia la independencia para convertir Cataluña en una República bajo el signo de la estrella solitaria.

Vaporoso proyecto político que habría podido producir pequeños círculos de activistas pero que la Generalidad transformó en un movimiento de masas al liderar el plan. Se apoderó de todo, lo modificó todo, lo ahondó todo en dirección única; de ahí un resultado complejo y profundo, de un efecto psicológico deslumbrador, sin precedentes. Desde el poder se configuró una conciencia colectiva para exigir un Estado independiente. El proceso de disociación de las relaciones con España es consecuencia de la acción de tendencias de larga duración, del perfeccionamiento de las técnicas de la información y de la difusión de mensajes breves, directos, sobre el hecho diferencial.

Las consecuencias del proceso fueron difíciles de prever para sus mecenas de la industria farmacéutica y de la comunicación, sobre todo el brusco giro que dio paso a la estética nacionalista con la bandera estrellada y los rituales del derecho a decidir como efecto de la evolución de las estructuras de la familia burguesa y de la moral conyugal propuesta por la Iglesia. En el estado

al que se ha llegado en Cataluña hoy en día, parece que la previsión morfológica del futuro de una civilización catalana no toma en consideración otra cosa que no sea el camino a la independencia, y esto sin ocultar que las repercusiones de un movimiento de opinión de esta naturaleza y alcance, de una propaganda masiva o de decisiones de poder de alto riesgo provocarán en el futuro inmediato el colapso de la economía y de la sociedad catalana. Porque, al final de esos cuarenta años, entre septiembre y diciembre de 2017, ha aparecido el círculo infernal que la sociedad teme que le llegue, y sobre el que advirtió Jared Diamond en un ensayo que llevaba el subtítulo «¿Por qué unas sociedades perduran y otras desaparecen?»: «Un grupo humano sobre todo pequeño puede tomar decisiones catastróficas por toda una serie secuenciada de razones, la imposibilidad de prever un problema, la imposibilidad de percibirlo una vez que se ha producido, la incapacidad para disponerse a resolverlo una vez que se ha percibido y el fracaso de las tentativas de resolverlo».

Eso significa que el historiador se encuentra en un campo de observación privilegiado para detectar el efecto de una ideología en el orden social de un país a base de fomentar desde el poder un sistema de valores del pasado en la construcción del futuro. Porque, en gran medida, la visión que los dirigentes de un país se forman de su destino, el sentido que le atribuyen, con razón o sin ella, a su historia «nacional», constituye el arma más poderosa a la hora de afrontar los desafíos del siglo XXI.

Aclararemos todo este enredado asunto con un poco de historia. Es el momento de buscar algo de verdad en todo este embrollo marcado por el *proceso*.

Comencemos por el principio. Vayámonos a 1977. Año clave en Cataluña. Veamos la acción como un momento decisivo del que poco se habla sin recurrir a los juegos peligrosos que denunció Margaret MacMillan, es decir, a «abusar de la historia al crear mentiras sobre el pasado, o al escribir historias que muestran solo una perspectiva». Los detalles son interesantes. Asistimos a una proyección narcisista común, y el *hecho catalán* es el garante de este deslumbramiento en el espejo. Promesa de recuperar el autogobierno que las proclamas en la prensa fuerzan a ver como la única solución posible (y

verdadera) cuando en realidad ya sabemos que está adulterada en origen por un conflicto de intereses de las diversas fuerzas políticas.

He aquí el drama: mientras se gestiona la disolución del régimen de Franco en reuniones de alto nivel, el domingo 11 de septiembre de 1977, muchos llegaron a la convicción —como recogen los titulares de la prensa— de que ese día para los catalanes se alcanzaba la libertad, se obtenía la amnistía y se recuperaba la autonomía. Con esa creencia, expresada a viva voz por los manifestantes que recorrieron el Paseo de Gracia de Barcelona, se ponía fin simbólicamente al franquismo.

Los más sagaces de los que allí estuvieron advirtieron que la transición era el acontecimiento más importante al que asistirían en su vida, así como el punto de partida de un debate sobre la ideología política que regiría el futuro de Cataluña, el comunismo o el nacionalismo. La razón de tal importancia se basaba en la forma de abordar el paso de la dictadura a la democracia. A medida que se sucedían los acontecimientos, se tomaba conciencia del hecho de que cualquier decisión que se tomara decantaría la balanza en un sentido o en otro, hacia el poderoso PSUC o hacia los partidos nacionalistas. Pero ¿a qué se debió el conflicto entre estas dos fuerzas políticas que años atrás se habían unido contra el régimen de Franco? A que estaba en juego la hegemonía de la izquierda o del nacionalismo. Uno de los dos iba a perder. Eso estaba claro.

Después de la recuperación de la Generalidad como una institución de gobierno y la llegada de Tarradellas el 23 de octubre de 1977, Cataluña se afirmaba como una referencia para un número no desdeñable de comunidades que deseaban un régimen autonómico. De modo que se visualizó pronto que el modelo territorial catalán sería la guía. La ruptura en la forma de organizar España originó el Estado de las Autonomías, plasmado en la Constitución refrendada el 6 de diciembre de 1978 pero que entró en crisis en 2012, cuando Cataluña, el referente de esa forma de organizar el Estado, fue progresivamente tentada por la idea de la independencia, lo que suponía avanzar en la perspectiva de la secesión. Una perspectiva tanto más deseada cuanto más se esforzó su clase política por mantenerse en el poder contando solo con partidos afines al ideal independentista: partidos «democráticos» no siempre sólidos, ni de la misma franja ideológica, ni descollantes en número sobre los constitucionalistas, pero apoyados en una Administración fuertemente controlada desde la Generalidad y en una pésima ley electoral.

Así, el Gobierno surgido a raíz de la recuperación de la Generalidad para llevar libertad, amnistía y autonomía a los catalanes se fue transformando en un mecanismo de adoctrinamiento de los catalanes «liberados». Siempre que podían, los dirigentes políticos realizaban dos acciones ligadas entre sí: profundizaban en el autogobierno con el traspaso de las mayores competencias posibles (incluso el orden público) y abatían los nexos de unión con el resto de España, lengua, valores, memoria, símbolos. La mayor defección fue la inmersión lingüística alegando la cohesión social; en la práctica, sacó al castellano de la enseñanza. La Generalidad lanzó una campaña contra la rotulación que no fuera en catalán, una guerra lingüística de treinta años. Pero ni siquiera en esa ocasión acudió el Gobierno de la nación en socorro de los españoles laminados en sus derechos civiles. Cierto que una intervención hubiera significado un conflicto de consecuencias imprevisibles. Solo movió ficha cuando lo juzgó necesario o, mejor, ineludible. Quienes se movilizaron antes, pensando forzar la mano de gobiernos pusilánimes, fueron abandonados a su suerte. En cambio, un movimiento social surgido para protestar contra esas medidas penetró en la sensibilidad de los callados de los que habla la novelista Nuria Amat con resultados bien significativos. Desde entonces se convirtió en referencia crítica al PSOE y al PP que desatendieron a sus votantes por un exceso de celo hacia la memoria de la transición.

¿Cuánto tiempo pueden coexistir en un territorio dos comunidades con ideas tan disímiles de lo que ha sido, es y debe ser Cataluña?

En 1980 esta pregunta obtuvo una respuesta en el líder que rigió Cataluña durante veintitrés años, hasta 2003, Jordi Pujol. Ante la alternativa entre lo viejo y lo nuevo, optó por un camino de lo más original: sublimar lo viejo como si fuese nuevo. Así se consolidó en un país a las puertas del siglo XXI la ideología propia del siglo XIX, el nacionalismo. Nadie dijo nada. Era la ocurrencia de un patriarca bonachón y risueño situado a la cabeza de una coalición de partidos, el suyo, Convergencia Democrática de Cataluña, los democristianos de Unión Democrática, restos de un partido social cristiano vinculado al movimiento obrero, sectores procedentes del franquismo y liberales del entorno de Ramón Trías Fargas.

La alianza fue conocida como *CyU* (Convergencia y Unión), y tenía motivos de tensión en su seno, pero diferentes a las tiranteces de los socialistas del PSC o los comunistas del PSUC. Los convergentes, que tenían una notable fuerza en las comarcas, no podían soportar a los liberales que creían prioritario el desarrollo de Barcelona según el modelo de crecimiento económico tantas veces probado a lo largo de la historia. Y por ello presionaban a Pujol, con la esperanza de que sus anhelos personales fueran suficientes para ser asumidos como los principios políticos de la coalición.

Dicha presión no tuvo efectos inmediatos. Duró años. Cuando al fin la dirección del partido favoreció la creación de una Asamblea Nacional de Cataluña (ANC) con una fuerte presencia de las bases comarcales y escuchó sus peticiones y quejas, la decisión de conducir la autonomía a un proceso de independencia se adoptó no porque la elocuencia de su líder en ese momento Artur Mas hiciera mella en la habitual prudencia del catalán, sino porque los dirigentes locales (alcaldes, concejales y funcionarios) creyeron que la independencia era inevitable.

Así, cuando Pujol dio un paso atrás confesando ciertas irregularidades bancarias referidas a la herencia del padre, parte de la sociedad catalana decidió llevar la situación política al punto de ruptura. Para asentarse al lado de los rebeldes, como había ocurrido en su accidentada historia envió por conducto diplomático mensajes a la comunidad internacional, cuyo contenido era: Cataluña solo tiene una salida, la ruptura con el Reino de España y la creación de un Estado independiente en forma de República. Los mensajes concluían con un ruego: es preciso apremiar al Gobierno español a un diálogo bilateral que garantice el derecho a decidir del pueblo catalán; es decir, aplicar en todo su alcance el principio de autodeterminación.

La consigna del derecho a decidir caló en la mitad de la población. Cataluña podía presentarse al fin y al cabo según lo hicieron sus celebridades del deporte o la música como un *país pequeño* que se hacía eco del deseo de no ser España y llamaba a la rebeldía pacíficamente, consciente de la enormidad del empeño, con mucho superior a todos los acometidos en el pasado. Pujol cedió, según confesión, y al político posibilista sucedió el independentista ante el asombro de buena parte de la clase política europea que le había tratado durante años.

Seguir las vicisitudes y alternancias del proceso iniciado el 20 de marzo de 1980 y que alcanzó su plenitud (y a la vez su fracaso) el 10 de octubre de 2017, significa descubrir a cada paso el abismo que separa por un lado la proclamación del «derecho a decidir» para alcanzar la independencia, y por otro la estrategia seguida por una sociedad fracturada por tal objetivo. Hay por lo menos dos momentos reveladores: la presencia de carteles durante los Juegos Olímpicos de Barcelona de 1992 donde se afirmaba que *Catalonia is not Spain*, y la decisión del partido de los socialistas de entregar la consejería de cultura a Esquerra Republicana al gestarse el Tripartito.

El primer episodio revela hasta qué punto pesan en este proceso los intereses de la casta política fraguada en la Administración, pues los portadores de las pancartas en 1992 son los responsables a partir de 2012 de la trama independentista. Más que el deseo proclamado de tener un Estado propio, lo importante en el imaginario colectivo es no ser España. El segundo episodio es más significativo. Convencida la izquierda de la imposibilidad de gobernar con sus ideas políticas en Cataluña, los socialistas que habían incorporado a sus filas a antiguos comunistas del PSUC, tras la muerte en 2006 de Antoni Gutiérrez Díaz, cedieron la dirección de la cultura a fin de que se ratificara el proceso a la independencia. No hay que pasar por alto la gravedad de semejante decisión.

Al aceptar ese papel subalterno en lo que había sido su esfera de influencia, la izquierda, a través de los socialistas, reconocía en público que el fin último del Gobierno catalán era la separación de España. Poco importó que los dos millones de electores a los que les pedía el voto pensarán diferente: era preciso entrar en el engranaje creado por Pujol para asegurarse un puesto en la Administración. Fue algo equivalente a la cesión de la Generalidad ante los soviéticos en mayo de 1937.

Esta deriva política no tuvo en cuenta la reacción de la población que de repente se sintió engañada por los líderes que la conducían a un espacio político jamás sospechado. Sesenta años de lucha obrera inútiles: era una idea difícil de aceptar. La separación de España seguía siendo un objetivo estratégico como lo fue en 1917, todo lo demás (pensiones, servicios médicos, deuda pública) carecía de importancia.

La decisión de Maragall de presentar un nuevo estatuto explotando las tensiones que iba a suscitar el recurso de su articulado ante al Tribunal Constitucional fue una magnífica herramienta para despertar el sentimiento

de rebeldía en la sociedad catalana. Ahora se trataba de defender el hecho de ser una nación.

Pese a todo, ni la manifestación contra la decisión del Tribunal Constitucional del 19 de julio de 2010 ni las quejas en la calle bastaron para que Cataluña alcanzara el objetivo de ser declarada una nación en las Cortes Generales. Hasta fue superada la crisis política que estalló tras las elecciones de noviembre de 2012 que ganó Artur Mas y donde se vio por primera vez en el Parlamento catalán a las CUP. Solo cuando Cataluña —y en particular el altivo Mas— logró obtener ayuda de Zapatero (necesitado de devolver los favores que le habían aupado hasta la presidencia del Consejo de Ministros) se doblegó la resistencia obstinada del Estado, y el cese de altos funcionarios fue determinante para que España perdiese la batalla de las ideas sobre la independencia de Cataluña. Al final, desacreditada la clase política en debates irrelevantes y en propuestas de diálogo realmente inútiles, el Estado capituló.

Los principios básicos asentados en la Constitución del 78, garantía de formar parte de pleno derecho de la Unión Europea, fueron abatidos por los propios miembros de un Gobierno incapaz de hacer frente a la humillación de la que era objeto. Y a partir de un momento indeterminado entre 2012 y 2017 comenzó el proceso de independencia.

La Generalidad de Cataluña había conseguido imponer el proyecto de acabar con la anomalía de una coexistencia prolongada con otro país que era España y había aplicado la consigna de buscar la ruptura. Desde el punto de vista de sus notorios escritores orgánicos altamente premiados, se rompió la tesis de Ortega y Gasset, planteada en el agrio debate sobre el Estatuto de autonomía promovido durante la Segunda República: «El problema catalán es un problema que no se puede resolver, que solo se puede conllevar; es un problema perpetuo, que ha sido siempre, antes que existiese la unidad peninsular, y seguirá siendo, mientras España subsista».

Mientras España subsista... Las palabras finales de Ortega pueden parecer desesperadas (y puede que lo fueran en su tiempo), pero la situación actual hace pensar que puedan ser un pronóstico. Así de sencillo.

Lo que se reprocha más al siglo XXI, no es la dificultad de asumir el desafío de la globalización o el terrorismo en sus diferentes modalidades, sino la revancha de la historia que ha trasladado exigencias del siglo XIX al corazón de las sociedades del siglo XXI: es lo mismo que si un cuadro de Fortuny lo

terminase Tàpies.

Como nada es sencillo hoy en día (afortunadamente), el hecho catalán tiene diferentes estados de ánimo. La posible independencia produce ilusión y horror al mismo tiempo, y por lo que dicen los sondeos de opinión con el mismo número de individuos en un lado y en otro. Pues vaya lío. El ambiente es tenso, los sentimientos sinceros, lo podemos comprobar en muchas acciones, a pesar de que cada vez más aparece vergonzosamente la violencia. Las dos partes se enfrentan con medios muy desiguales: unos controlan los medios de comunicación públicos y privados, otros son ninguneados o simplemente vilipendiados cuando se atreven a ir al espacio audiovisual del adversario.

República o nada. La sociedad flaquea. Pide consejo a los círculos de empresarios y la respuesta es previsible. Hay que buscar un acuerdo de mínimos entre ambas partes. Surge así un estado de ánimo que participa de los ideales de la nueva República pero busca una manera diferente de ponerlos en práctica. La vía unilateral choca con la ley.

Una Cataluña independiente exige cierta coalición de las élites que junto a los promotores del proceso formen una nueva clase política. Al seguir la actuación de ambas partes ante el bloqueo institucional del autogobierno, nos acercamos a la realidad de lo que sucede por medio de un modelo más descriptivo que predictivo. Un modelo que presenta la ventaja de romper con las generalidades de uno y otro bloque e incita al historiador a mirar de cerca quién hace qué, cómo y dónde.

¿Está todo dicho? No lo creo.

En retrospectiva, la trama del proceso independentista es la siguiente: la buena sociedad catalana recibe a los miembros más afines a ella del nacionalismo agrupados en CiU incluso después de aprobarse la Constitución de 1978 y acepta su estilo provocador ante el Gobierno de la nación, en particular ante Felipe González y el arrollador PSOE de los años ochenta. Poco a poco asume los ideales de la coalición que durante un tiempo propone un retorno a los valores de la Mancomunidad de Prat de la Ribera. Ser convergente es participar indirectamente del poder que se está tejiendo en torno a la Generalidad para recibir una parte de sus beneficios y aprovechar su ideología para disimular sus ventajas. No obstante, la ruptura entre el antes

y el después de 1980 es innegable. Tras el acceso de Jordi Pujol a la presidencia de la Generalidad, las formas ideológicas son distintas. Conocen momentos de auge explícitamente relacionados con la ideología nacionalista, y la cohabitación de la burguesía barcelonesa se efectúa en nuevos ambientes doctrinales, que favorecen el culto al hecho diferencial, principalmente porque el pujolismo pretende realizar una fusión entre la pequeña burguesía de las ciudades del interior y las masas obreras en el seno de una comunidad constituida por el pueblo catalán. Cada victoria electoral sirve para materializar el proyecto, al calor sobre todo de una lectura sesgada de la historia. ¿Lo consiguen? Esta es la primera cuestión a responder.

En el atardecer, tras la manifestación del sábado 19 de julio de 2010, los políticos catalanes fueron conscientes de haber dado el paso de más que durante tanto tiempo sus antecesores habían evitado; rechazaron cubrirse con las insignias de la legalidad constitucional, convencidos de que a partir de ese momento abandonaban el territorio de las reivindicaciones para entrar en el territorio de los hechos consumados, una convicción que se afirmó con la victoria electoral de 2012.

La Generalidad quiso cuadrar propaganda y política de Estado: algo manifiestamente imposible en las sociedades del siglo XXI. Pero una vez que había alcanzado el control de los medios de comunicación públicos y privados, junto al de los disciplinados funcionarios en las administraciones locales, creyó llegado el momento de ajustar cuentas con el Estado. Era el colofón obligado a la política de creación de «estructuras de Estado catalanas». Después de emplear el dinero del FLA (fondo de liquidez autonómica: la línea de crédito creada en 2012 para paliar los efectos de la crisis económica en las comunidades autónomas) en promover la independencia, por mucho que lo niegue el ministro de Hacienda, estaba en condiciones de derribar al Estado, afligido por tensiones dinásticas (el rey Juan Carlos abdicó en su hijo Felipe VI el 19 de junio de 2014) y de otro tipo, como los casos de corrupción que salpicaban al partido del Gobierno.

Los grupos antisistema bajo la agrupación electoral la CUP se unieron al proceso independentista. Tenían otros modos de actuar y otros fines, pero su eficacia estaba bien probada desde hacía tiempo. En su entorno se crearon los comités de defensa de la república (CDR) que mostraron su elevada disciplina en acciones de carácter subversivo. Hasta ahí había llegado la

situación. Así se llegó a los sucesos de septiembre-octubre de 2017.

El plan fracasó. Mientras a sus espaldas se reactivó una protesta popular con manifestaciones de catalanes que se sentían españoles, los principales dirigentes del proceso independentista eran llevados a prisión por el juez Llarena del Tribunal Supremo, quien recabó a las autoridades del Estado los justificantes de los recursos empleados en la consulta del 1 de octubre, que había sido declarada ilegal por el Tribunal Constitucional. El riesgo de haber cometido una malversación de caudales públicos se convirtió en una seria amenaza para los políticos implicados en un acto de rebeldía que unos consideraban democrático y legítimo al ajustarse al derecho internacional y otros simplemente un *putsch* sedicioso.

Tras el episodio de septiembre-octubre de 2017 se puede afirmar que había fracasado definitivamente el plan de Pujol, por mor del cual se había librado una guerra ideológica de cuarenta años blandiendo al final la palabra «independencia» como el sentir del pueblo catalán.

Cataluña volvió a realizar unas elecciones autonómicas convocadas directamente por el Gobierno de la nación al estar facultado para ello por la aplicación del artículo 155 de la Constitución, y entonces la expresión «libertad para los presos políticos», que venía acompañada con un lazo de color amarillo, se convirtió en la consigna de los grupos independentistas. Durante semanas, el cesado presidente de la Generalidad Carles Puigdemont se había convertido en interlocutor tratado con la serenidad de la *Realpolitik* por los grandes líderes de la Unión Europea, indiferentes al destino de los catalanes. Aunque fuera un peligro para la estabilidad política, debido a la alarmante simpatía que despertaba en sectores antieuropeístas, la ultraderecha flamenca como alemana y la finlandesa, era un interlocutor para la prensa inglesa que trataba por todos los medios de justificar el *brexit* incitado por el Gobierno conservador dejando ver que Europa en sí misma no era muy fiable. Y cuando, en una jugada enfática, Puigdemont fue apresado en una gasolinera de la autopista en el Estado de Sleswig-Holstein, los jueces de ese *land* alemán acudieron raudos en ayuda del «rebelde» fugado, destrozando no solo la imagen de Alemania, sino también la de Europa.

Cuando la élite intelectual española, decepcionada por la *Realkpolitik* que repetía los errores que en el pasado habían provocado grandes trastornos en la vida europea, recurría a Macron como líder de los europeístas los resultados no eran más afortunados.

En un oportuno artículo publicado el 12 de abril de 2018 en el *Süddeutschen Zeitung* y en *El País*, Javier Cercas hacía una disección del proceso independentista catalán. «¿Qué ocurrió el otoño pasado en Cataluña?», se preguntaba mientras escuchaba a su alrededor las quejas por el hecho de que en España había presos políticos como en la época de Franco, y respondía que lo sucedido fue «un intento frustrado de un autogolpe civil posmoderno».

Era la opinión de alguien que sentía la obligación de poner las cosas en su sitio. Pero sus palabras obtuvieron escasa resonancia en medio de un coro que decía abiertamente lo que era y no era democrático. No importaba su autoridad moral en el mundo europeo tras ganar el Premio al Libro Europeo por su libro *El impostor*. Sus fogosas protestas a favor de la verdad ante el empuje de tantas mentiras no sirvieron para nada cuando mostró a Europa lo sucedido en Cataluña. Su conclusión merece citarse por extenso porque prueba que sobre ese enrevesado asunto de la independencia se han hecho, frente a lo que dice, las advertencias precisas como la suya que en calidad de «un europeísta de izquierdas, convencido de que la Europa unida es la única utopía razonable que hemos inventado los europeos, y que, como tal, estoy seguro de que el cóctel nacionalista que durante años se ha servido en Cataluña y constituyó el principal carburante ideológico de lo ocurrido en otoño —un cóctel hecho de victimismo histórico, egoísmo económico y narcisismo supremacista, aliñado con gotas de xenofobia— no solo es incompatible con los ideales de la izquierda, sino absolutamente letal para la Europa unida».

A veces, se aduce que escritos como este solo sirven para incendiar más una situación de por sí muy difícil. Mi respuesta siempre ha sido: ¿Qué hacer ante la evidencia de que la *Realpolitik* le da la espalda a la verdad? En el centro de esta querrela intelectual están pues el escritor y las dos maneras que la sociedad actual le invita a que participe de la vida política. Una es el acomodo a una situación que refleja el sentir de un pueblo (o de una parte de él), seguir la senda del imaginario que consume, valerse de él para describir episodios, estampas, momentos que llaman la atención. Otra es el

compromiso con la verdad que hay detrás de los hechos aunque sea en forma de una trama a veces difícil de percibir. Cuando hace este esfuerzo renace el espíritu de denuncia que le llevó al *Yo acuso* de Zola. La verdad se halla en ese momento de la denuncia.

El lector debe elegir a qué territorio del saber quiere pertenecer. No es fácil hacerlo en una época de banalidad manifiesta, incluida la banalidad del mal que regresa a su nivel más oscuro.

Al final, la historia ofrece una invitación a intervenir en ella con las herramientas con las que uno cuenta. Mientras los políticos ajustan su postura a la corrección exigible, los acontecimientos pasan y luego solo quedan los efectos que nadie desea pero que a menudo conducen a una sociedad al mayor de sus fracasos.

Así es.

Al fin y al cabo, con estos cuarenta años de autogobierno en Cataluña se ha hecho realidad el tremendo apotegma de santa Teresa de Jesús, que tan bien supo emplear Truman Capote en su novela póstuma, «se derraman más lágrimas por las plegarias atendidas que por las que no tienen respuesta».

Aquí detengo el informe. Después de la moción de censura que pone fin al Gobierno de Rajoy. Cuando la idea de una república catalana se ha convertido en un lugar común en la prensa y la televisión. Cuando los debates sobre el nuevo Gobierno de la Generalidad se mezclan con las protestas por el encarcelamiento de los responsables de los sucesos de otoño de 2017 y con la generalización de lazos amarillos en las fachadas de los edificios públicos y de cruces en las playas. Cuando se elige a un presidente del sector duro del nacionalismo. Me detengo porque en este momento el deseo de independencia vuelve a sus orígenes: a esa región del pensamiento donde se había formulado años atrás por la política de Jordi Pujol. Los líderes del proceso más tarde se apropiaron de ese deseo para tratar de convencer a la opinión pública europea a la vez que insistían en el carácter represivo de un Estado incapaz de aceptar la voluntad democrática del pueblo.

El deseo de independencia se apoya en un pilar, el principio de la identidad del pueblo catalán, en el derecho a que su tierra nunca deje de pertenecerle. En el seno de estas ideas supremacistas, la autodeterminación se instaló naturalmente. Pero ahora, en la primavera de 2018, busca el modo de

desarrollarse en un territorio intermedio para que Cataluña sin dejar de ser España no lo sea. La firmeza de esa convicción descansa en una razón práctica, llamada diálogo o negociación, según las circunstancias.

El informe que he intentado hacer es el de un deseo de independencia que a menudo se tiñe de sentimiento de rebeldía. Desde el último tercio del siglo VIII hasta hoy, un pueblo ha convivido con una manera de ser que no cesa. Es un motivo suficiente para que se le tenga en cuenta, aunque no tenga razón. Hay que hacerlo por el sentido de continuidad de sus convicciones en la larga duración. En su accidentada historia, el pueblo catalán se ha planteado muchas veces el sentido de la vida, sin obtener una respuesta satisfactoria para todo el mundo. No veo que actualmente este hecho sea diferente al que sucedió en el siglo XII, en el XV o en el XVII, porque al igual que entonces los dirigentes se aferran a la idea del bello instante que les ha tocado vivir como catalanes de raza al estar muy cerca de ser libres, es decir, de alcanzar por fin la independencia tanto tiempo deseada. El sueño...

EPÍLOGO

Este es el informe. Una primera conclusión se puede extraer de él: tantos siglos de historia sirven para entender que determinadas exigencias en Cataluña tienen un recorrido de larga duración. Es cierto que a veces se las presentan con tintes lívidos como si las primaveras de la voluntad fuesen otoños de la acción. Pero en definitiva son muchos siglos buscando *su* lugar en la geografía que por destino le ha tocado compartir con otros pueblos ibéricos. El deseo de rebeldía articula un estilo de vida, desde el conde Bera enfrentándose a las capitulares carolingias hasta Mas alzado contra la Constitución del 78: en ambos casos se entienden los textos legales como armaduras conceptuales contra los valores catalanes. Siempre ha sido hora de decisiones. No es extraño que la mayoría de esas decisiones arranquen de anhelos no satisfechos, de impulsos emotivos, de la rabia por sentirse desplazados. Una tierra que ha oído decir a su gente tantas veces que el poder no es legítimo sino se refrenda con un pacto sobre las leyes y tradiciones es una tierra que fomenta el espíritu de rebeldía. A veces se ha hecho con fugas hacia la utopía, unos viajes imposibles a islas de ensueño a Oriente, Ítaca es una de ellas por el peso de la tradición clásica en la formación básica del catalán con cultura literaria.

Sí, este era el informe que se necesitaba a día de hoy. Puesto que asegura que las recientes exigencias tienen unas raíces mucho más profundas de lo que a menudo se dice. Se banaliza la actitud de los catalanes ante el poder diciendo que obedecen a los agravios por la decisión del Tribunal Constitucional sobre cierto estatuto de autonomía. ¿Cómo decir eso cuando el rastro de las protestas se puede seguir a lo largo de los siglos con pocas variaciones? Creo detectar en el modo de ser catalán desde la temprana Edad Media una compleja amalgama de sentimientos y emociones que oscilan entre el sentido común y el arrebató pasional, entre la memoria y el olvido, pero siempre mirando el futuro desde el pasado.

Cada vez hay más motivos para exigir una explicación del sentido del hecho catalán. Desde hace unas décadas afluyen a los centros de investigación decenas de proyectos que han burocratizado el saber alejando la comprensión del pasado de cualquier racionalidad. Así es difícil construir el futuro, ese territorio al que nunca hay que insultar ignorando el pasado. Queda el esfuerzo por mantener la calma en medio de las fútiles convulsiones de la actual vida política. Hay que reevaluar el relato de una historia de larga duración para situar el deseo de independencia en un contexto admisible. Las reclamaciones son constitutivas de un pueblo que se muestra afanoso de discrepar con la autoridad, sea esta quien sea, un rey franco del siglo IX, un político del siglo XX. Hoy se acogen a la ley de la mayoría con el énfasis que antaño lo hacían a las leyes y tradiciones del país de origen godo, o a las directrices de la Diputación del General cuando se levantaban contra el rey de turno, fuera un descendiente del linaje de los condes de Barcelona, un Trastámara, un Habsburgo, un Borbón o un Saboya. No hay diferencia. Lo hemos visto y es fácil de comprobar. Quedan, eso sí, por desenredar los hilos de este comportamiento. Tarea sumamente comprometida. Siempre saltará alguno de humor avinagrado, un fundamentalista, que aproveche para declarar que con lo que la historia le ha hecho al pueblo catalán, esperaba una comprensión mayor, más complicidad, un toque de falsedad en los argumentos, frases habituales, a veces tonantes, que confunden al estudioso. Porque se han oído muchas veces, y nunca para bien. Baste repasar la bulla de los nobles feudales contra los planes de creación de un Estado de matriz normando por parte de Ramón Berenguer II, que terminó por ser asesinado por grupos similares a los que hoy se abalanzan agresivos hacia cualquier gesto que se indisponga con sus creencias; o la que tuvo que soportar Ramón Berenguer III cuando optó por controlar el mercado urbano con agentes procedentes de la baja nobleza para asegurarse los recursos necesarios para sostener la tierra catalana sobre el crecimiento económico de la ciudad de Barcelona. Agresiones de ese tipo se sucedieron a lo largo de los siglos. Las aguantó como pudo Ramón Berenguer IV al unir Cataluña al Reino de Aragón, Alfonso el Trovador al racionalizar la administración, incluso Jaime I durante sus años mozos en medio del rebullicio de los conflictos de los nobles catalanes por defender cada uno de ellos su peculiar concepción de los valores catalanes. Sin olvidar a Juan el Cazador que no le dejaron reorientar

la economía en plena crisis que le había dejado su padre Pedro el Ceremonioso. Siempre ha existido una suerte de letanía de reclamaciones, y siempre se ha buscado un pretexto a posteriori, pues el enemigo siempre ha estado, como lo está ahora, afuera.

Cuán lejos quedan los tiempos en que los reyes de la dinastía Trastámara trataron de reubicar a Cataluña en las redes de la economía de la primera mundialización, la que tuvo lugar pasado 1370 y que se conoce en historia como el Renacimiento; y qué castigo sufren hoy al haber sido la carga de la culpa de unos próceres con una honda nostalgia por un país que nunca existió en la realidad solo en su sueño político. De ahí que los manuales escolares surgidos de este ambiente respondan al deseo de querer disimular el pasado en razón de una creencia del presente. Desde el fondo de la historia de los Habsburgo, se observa una inclinación a cuestionar todas las propuestas de gobierno del imperio. Se ve cómo una parte de la sociedad desaprueba en silencio la efusividad servil de los virreyes y de los nobles que deciden cambiar de hábitos (incluso de lengua) para acercarse a la corte. Lo único auténtico es alzar la mirada e hinchar el pecho con quejas, qué demonios. En Cataluña no puede haber lacayos del poder. Una lectura exasperada de esos desencuentros con Felipe II, Felipe III y Felipe IV acaba explicando el Corpus de sangre de 1640, la rebelión de los segadores y la matanza en nombre de los valores del pueblo. Hay que entender ese suceso. Y sus protagonistas entregando el país a Luis XIII y a Richelieu antes de volver la mirada hacia el estupefacto Felipe IV que abre de nuevo la puerta a un posible pacto con los que se rebelaron contra él.

Desde la paz de los Pirineos de 1659, Cataluña está dividida. El tono con el que los historiadores de esos años, incluido Narciso Feliu de la Peña y Farel, anuncian este hecho mueve a pensar que desaprueban de todo corazón lo que había sucedido. El encaje no se construyó sin protestas. Los acuerdos con Carlos II no acallaron las quejas. Muchos decidieron olvidar su largo pasado de resistencia y su tibia participación en el Imperio de los Habsburgo cuando se enteraron de que el sucesor de Carlos II iba a ser Felipe V, nieto de Luis XIV de Francia, un Borbón. Hay que actuar, aunque sea con cierta obcecación, en la defensa de los valores de la tierra, nada puede impedir la guerra de sucesión. Por otro lado, un concierto de voces disonantes que lindan con la nostalgia emerge para explicar el final de las Españas forjadas en el espíritu austracista. Aun antes de ver el efecto de la Nueva Planta en la

economía y en el orden público, un sector importante de la sociedad catalana mostró su desagrado por el rey y su gente, castellanos en definitiva, acuciados por un urgente afán de recuperar las instituciones de gobierno, la Diputación del General y el Consejo de Ciento; y es que, en esos tiempos de cambio bajo el signo de la Ilustración, muchos catalanes creyeron necesario resistir al paso del tiempo. Cada época, como es sabido, lleva aparejado su componente de mixtificación. Y los sucesos de los últimos meses de asedio a la ciudad de Barcelona en 1714 eran un rédito que no se iba a perder fácilmente. Así que vuelta a empezar. A Felipe V le iban a tratar mal como ya se había hecho con los condes de Barcelona desde Ramón Borrell en adelante, con los Trastámaras, y desde luego con los Habsburgo desde el desplante a un confiado Carlos V.

Hasta la guerra del Francés, nombre que en Cataluña recibe la guerra de la independencia, los catalanes abrigan el convencimiento de que en Europa el siglo XVIII no los atropellaría. De que la Ilustración con su afán centralizador y jacobino permitiría mantener hasta su recuperación en un futuro no lejano las leyes propias y las instituciones. Porque, a pesar de los grandes cambios que el barón de Maldá anotaba en su diario personal, el famoso *Calaix de sastre*, el país llamado Cataluña parecía seguir su trayectoria habitual. Se seguía pensando en recuperar un trozo del pasado con la rapidez que exigía unos tiempos de ruptura que llevaban directamente a una revolución. Gracias a los gestos de concordia que llegaban desde la corte de Carlos III, el Borbón (no confundir con el archiduque Carlos), los planes de recuperación de la sensibilidad catalana se trasladaron a los ideales de la Ilustración. Caresmar es un ejemplo, y con él algunos sabios más de la Academia de Buenas Letras.

Pero en fin: incluso Cataluña dejó de ser ese remanso de paz que miraban de reojo los soldados de Napoleón. Lo cual, como es lógico, suscitó un indudable desasosiego entre los catalanes afines a los amigos del país como Capmany. Había que trabajar en recuperar a España si se quería recuperar Cataluña. No se podía ser indiferente a lo que sucedía. Las noticias que llegan de Cádiz en cuya ciudad se había reunido las Cortes del Reino para redactar una Constitución trastoca todos los planes de los ilustrados en Barcelona y en otros lugares de Cataluña, creados antes de la revolución de 1789 en Francia, antes de la guerra. Han dejado de interesarse solo por sus cosas. Se dirigen a reconstruir España, unidos por la misma aversión hacia los planes de

Napoleón, que entre otros era separar Cataluña de España e integrarla en Francia como un departamento más. Para satisfacción de Capmany, que ve en esa confraternización una de las felices consecuencias de la invasión de los ejércitos de Francia.

Cuando Aribau medita sobre los acontecimientos de los últimos años en España, la única sombra que encuentra es la pena que le atenaza el corazón, no poder expresarse en la lengua materna, ese lemosín del que habla es el catalán. Aquella preciosa *Oda* de 1833 cobró un sesgo patriótico; en que, en vez de las quejas por la falta de autogobierno, se había puesto a pensar en lo hermoso que sería expresarse en la lengua que le era propia, y que lo había sido para sus antepasados en tiempos lejanos. De haberle dicho alguien a Aribau que en pocos años se recuperarían los *jocs florals* y que los relatos sobre el pasado se harían en catalán no se lo habría creído.

Y sin embargo esas cosas ocurrieron en las décadas centrales del siglo XIX, mientras se construía el ensanche en Barcelona.

Regalos de la historia.

Así se llegó a la década de 1880 con una Exposición Universal en el horizonte. Ese momento representaba una ocasión de construir un nuevo paradigma para el país tras ver cómo fracasaba el federalismo republicano en la Primera República. Por primera vez Cataluña tenía la posibilidad de dirigir la política española. ¡Modernizarla! Cuando la esencia de su temperamento le pedía no hacerlo. No lo merecía. Tardaron una década en descubrirlo y cuando notaron la simpatía por sus propuestas fue ya demasiado tarde. Luego llegaron las reivindicaciones del catalanismo político y el estruendo del 98 con decenas de intelectuales dudando en acomodar el ritmo de la vida catalana a las necesidades de España. Quizá había llegado el momento de decir adiós, ¡adiós a España! No solo lo pensaron, sino que lo plantearon como un principio político y de organización territorial. Llegó la Mancomunidad, la crisis de 1917 y los sesenta años que le siguió a un ritmo trepidante, pero trágico, dictadura de Primo, Segunda República, Guerra Civil, franquismo. Es demasiado para tan poco tiempo.

Huelga decir que en 1977 cuando se recuperó la Generalidad se estaba lejos de pensar que regresaría el adiós a España de una forma tan de soslayo. Nadie creía que eso pudiera volver a ocurrir ante el riesgo de entrar de nuevo en una deriva que conduce al abismo: Tarradellas, que tenía una larga cultura

política, sabía que las quejas contra el gobierno central habían precedido siempre a un acto de rebelión, en el siglo XIII, en el siglo XV, en el siglo XVII, en el siglo XX, y que era necesario superar de una vez por todas la inclinación característica del hecho diferencial: la historia de Cataluña no es sino una eterna repetición.

NOTA BIBLIOGRÁFICA AL LECTOR

El estudio del pasado es un oficio basado en un escrupuloso, lento y paciente método de análisis de las fuentes, selección de los materiales, lecturas interpretativas y escritura. Si faltan algunos de estos cuatro elementos, el resultado es parcial, por no decir extraviado. Tan malo en este sentido es no saber investigar como ignorar el arte de la escritura. Un historiador que no domina las fuentes es incompetente, el que no domina los adjetivos es tendencioso. Este *Informe* ha recurrido a la historia para obtener su articulación de cara a una exposición narrativa que evite ser un argumento de parte. Pero la historia en ningún caso puede ser un gabinete de curiosidades, ni un tiempo para la evasión o el entretenimiento, como proponen las novelas, el cine o los parques temáticos; la historia es un saber sobre formas de vida del pasado que tiene como objetivo la acumulación de datos con los que afrontar los desafíos de la sociedad. Muchos datos aparecen desarrollados en obras de historiadores de diferentes épocas, estilos y condiciones. Anoto a continuación las que más ayudarán a completar los argumentos esgrimidos en el presente *Informe*.

Una aproximación al tema de lo que es Cataluña se encontrará en Jaume Vicens Vives, *Noticia de Cataluña*, Barcelona, Destino, 1954; conviene leer la tercera edición de 1962. Es la que acertadamente se utilizó en la traducción castellana, véase la edición de 2012 en la colección Imago mundi de Destino con prólogo del presente autor. También es muy útil las reflexiones del eminente filósofo Josep Ferrater Mora, *Las formas de vida catalanas*, publicadas en Santiago de Chile en 1944 tanto en catalán como en castellano. Ayudará a centrar el problema el inteligente capítulo que Salvador de Madariaga bajo el epígrafe «The Catalan question: “I The Psychological Background” y “II The historical Background” realiza en su exigente libro *Spain*» Nueva York, Scribner’s Sons, 1930, mucho mejor que la síntesis de Pierre Vilar, *Breve historia de Cataluña*, Bellaterra, UAB, 2011. Además, la

reciente aportación de Eduardo Mendoza, *¿Qué está pasando en Cataluña?*, Barcelona, Seix Barral, 2017, es un altamente civilizado paliativo al argumento supremacista de Josep Fontana en *La formació d'una identitat. Una història de Catalunya*, de la editorial Eumo.

Para el capítulo primero, los inciertos inicios, el periodo comprendido entre 777 y 1137, la referencia sigue siendo una obra monumental, en realidad un informe al rey Luis XIV realizado por el obispo de París Pierre de Marca, natural del Bearn, hombre sabio que reunió los datos necesarios para legitimar las exigencias del monarca francés sobre determinados territorios de los Pirineos. El resultado fue una obra monumental escrita en latín, y luego en 1688 editada por su secretario Étienne Baluze con el título *Marca Hispanica sive limes hispanicus*. Existe una versión anastática publicada por la editorial Base en 1998. A *Marca* le siguió en la lectura de este periodo los trabajos de Ramon d'Abadal que reunió su secretario a finales de los años sesenta, Jaume Sobrequés, en dos volúmenes con el título de *Dels visigots als catalans*, Barcelona, Edicions 62, 1970. Luego se ha acercado a este periodo con más pompa que otra cosa Pierre Bonnassie con su tesis de Estado leída en la Universidad de Toulouse bajo la dirección de Philippe Wolff *La Catalogne du milieu du X^e a la fin de XI^e siècle*, Toulouse, 1975; mientras que Josep Maria Salrach con numerosos trabajos en forma de artículos y Martin Aurell con su tesis *Les noces du comte. Mariages et pouvoir en Catalogne (785-1213)*, París, 1995, han actualizado el conocimiento de esos siglos. De igual forma es interesante mi artículo J.E. Ruiz-Domenec, «The Urban Origins of Barcelona: Agricultural Revolution or Commercial Development», en *Speculum*, LII, 1977, pp. 265-286; y de Stephen P. Bensch, *Barcelona and its rulers, 1096-1291*, Cambridge, Cambridge University Press, 1995. En todo caso, del presente autor, *Ricard Guillem. Un sogno per Barcellona*. Nápoles, Athena, 1999 (trad. catalana, Barcelona, Edicions 62, 2000).

La unión con Aragón fue el tema de una densa reflexión por parte del insigne medievalista alemán Percy E. Schramm, cuya traducción al catalán fue publicada en el volumen IV de las Biografies Catalanes de la editorial Teide en 1960. Sus efectos en los numerosos trabajos de Thomas N. Bisson que él mismo resumió en su libro *La crisis del siglo XII*, Barcelona, Crítica, 2010. En todo caso, ver J.E. Ruiz-Domenec, *A propósito de Alfonso, rey de*

Aragón, conde de Barcelona y marqués de Provenza, Barcelona, RABLB, 1996. Para Muret, lo mejor es recurrir a Martín Alvira, *Muret 1213*, Barcelona, Ariel, 2013; para el desarrollo del régimen municipal a J. M.^a Font Rius, *Estudis sobre el drets i institutuions locals en la Catalunya medieval*, Barcelona, 1985 y para el Consulado del Mar, Germà Colom y Arcadi Garcia, *Llibre del Consolat de Mar*, Barcelona, Noguera, 1981-1987. Para Jaime el Conquistador y Pedro el Grande véase los libros de Ferrán Soldevila completados con los sólidos trabajos de Charles-Emmanuel Dufourq, *L'Iberie chrétienne et le Maghreb*, Londres, 1990, y del padre R. I. Burns, *Medieval colonialism: postcrusade explotation of Islamic Valencia*, Princenton, 1975, sobre la conquista y colonización de Valencia; un tema al que en la actualidad se dedican muchos empleados universitarios.

Para la Corona de Aragón hay que comenzar con el informe que hizo Jerónimo Zurita al rey Felipe II que dio lugar a sus monumentales *Anales de Aragón*, la obra de referencia, estudiada y comentada en los trabajos de Jesús Lalinde Abadía. Sobre las bases económicas el punto de partida es la monumental obra de A. de Capmany y de Monpàlau, *Memorias históricas sobre la marina comercio y artes de la antigua ciudad de Barcelona*, ed. de E. Giralt, Barcelona, 1961. Una visión de conjunto en Mario del Treppo, «L'espansione catalano-aragonesa nel Mediterraneo», en *Nuove questioni di storia medioevale*, Milán, 1965, y el informe de J. N. Hillgarth *La Corona de Aragón, 1229-1327. ¿Un imperio mediterráneo?*, publicado inicialmente como suplemento de la *The English Historical Review* en 1974, y que luego aparece en español en el volumen *Los Reinos Hispánicos*, Barcelona, Grijalbo, 1979. Recomendable también es David Abulafia, *La guerra de los doscientos años*, Barcelona, Pasado & Presente, 2017.

Para el Ceremonioso hay que comenzar con la valoración hecha por Ramon d'Abadal, *Pere el Ceremoniós i els inicis de la decadència política de Catalunya*, Barcelona, Edicions 62, 1972, versión catalana de su prólogo al volumen XIV de la *Historia de España*, dirigida por Ramón Menéndez Pidal. Una reciente monografía resume las claves del reinado: Ernest Belenguer, *Vida i regnat de Pere el Cerimoniós (1319-1387)*, Lleida, Pagès editors, 2015. Para los Trastámaras hay que comenzar con el informe que preparó Jaume Vicens Vives para su discurso de ingreso en la Real Academia de Buenas Letras: *Cataluña a mediados del siglo xv*, Barcelona, 1956, luego

editado varias veces, como capítulo del tomo XV de la *Historia de España* de Menéndez Pidal y en catalán como el volumen VII de las *Biografies Catalanes* de la editorial Teide, 1956. La voluminosa investigación de Claude Carrère, *Barcelone, centre économique, 1380-1462*, París, Mouton & Co, 1967, es un archivo de datos muy influido por la idea de que en estos años vemos una Cataluña *arruinada* con una vida económica *destruida*. Desde una perspectiva diferente lo analizó Mario del Treppo, *I Mercanti catalani e l'Espansione della Corona d'Aragona nel secolo xv*, Nápoles, 1973.

Sobre la Cataluña en el Imperio de los Habsburgo hay que seguir los trabajos de Ricardo García Cárcel, *Historia de Catalunya, siglos xvi-xvii*, Barcelona, Ariel, 1985. Joan Reglá sobre los virreyes, James Amelang, *La formación de una clase dirigente en Barcelona 1490-1714*, Barcelona, 1986. Ernest Belenguer y Eduard Escartín sobre instituciones, Eulalia Duran sobre cultura literaria, Xavier Gil Pujol sobre historiografía, y las buenas síntesis de Josep-Lluís Palós, *Catalunya a l'Imperi dels Àustria*, Lleida, Pages, 1994, y Pere Molas, *Catalunya i la casa d'Àustria*, Barcelona, Curial, 1996. Además de las observaciones siempre agudas del maestro G. Galasso, *En la periferia del Imperio*, Barcelona, Península, 2000. Naturalmente sobre el suceso del Corpus de Sangre la referencia es sin duda John H. Elliott, *La revolta catalana, 1598-1640*, Barcelona, 1966; traducida *La rebelión de los catalanes*, Madrid, Siglo XXI, 1977.

Para la tercera parte hay que partir de la influyente obra de Pierre Vilar, *La Catalogne dans l'Espagne moderne* presentada como tesis de Estado en la Sorbona, que fue traducida por Eulalia Duran en Edicions 62 en cuatro volúmenes: *Catalunya dins l'Espanya moderna*, Barcelona, 1964, del apabullante libro, como lo califica Herrero de Miñón, de Ernest Lluch, *La Españas vencidas del siglo xviii. Claroscuros de la Ilustración*, Barcelona, Crítica, 1999, y de las actas de un reciente coloquio que bajo el título *1714. Cataluña en la España del siglo xviii* edita Antonio Morales Moya para la editorial Cátedra, 2014. Muy útil son las observaciones de Gabriel Tortella, *La economía catalana en el siglo xviii: algunas precisiones*, Universidad de Alicante, 2014, y por supuesto las de Ernest Lluch, *El pensament econòmic a Catalunya (1760-1840). Els orígens ideològics del proteccionisme i la presa de consciència de la burgesía catalana*, Barcelona, 1973, y la de Roberto Fernández Díaz, *La burgesía comercial barcelonesa en el siglo xviii*, Lleida,

1987. Sin olvidar el bien documentado libro de Carlos Martínez Shaw, *Cataluña en la Carrera de Indias*, Barcelona, Crítica, 1981.

Sobre la mirada opulenta hay que partir del libro de Jaume Vicens Vives *Industriales y políticos* de 1958, en castellano en Rialp, en catalán en la colección de Biografies Catalanes, su comentario de profundidad en Antoni Jutglar, *Historia crítica de la burguesía en Cataluña*, Barcelona, 1972; y sus retoques, no todos acertados, de J. Fontana, *La quiebra de la monarquía absoluta, 1814-1920*, Barcelona, 1971, y *Cambio económico, actitudes políticas en la España del siglo XIX*, Barcelona, 1973. Miquel Izard, *Industrialización y obrerismo*, Barcelona, 1973, y *Manufacturas, industriales y revolucionarios*, Barcelona, 1979. Jordi Maluquer de Motes, «La burguesía catalana i l'esclavitud colonial: modes de producció i pràctica política», en *Recerques*, núm. 3, pp. 83-136; y Borja de Riquer, *Lliga Regionalista: La burguesía catalana i el nacionalisme (1898-1904)*, Barcelona, 1977. A completar con Josep Maria Fradera, *Indústria i Mercat. Les bases comercials de la indústria catalana moderna (1814-1845)*, Barcelona, 1985. He sacado información, datos y algunas cifras de la ingente obra no siempre citada pero a menudo plagiada de J. Carrera Pujal, *Historia política y económica de Cataluña, siglos XVI al XVIII*, Barcelona, 1946-1947 (4 vol.) y *La Barcelona del segle XVIII*, Barcelona, 1951 (2 vol.). Un marco escueto y de fácil lectura se encontrará en Josep Maria Figueras, *Història contemporània de Catalunya*, Barcelona, UOC, 2003. La polémica sobre la implicación de la burguesía en el hecho catalán se activa a través de dos libros de Josep Maria Fradera, *Cultura nacional en una societat dividida, 1838-1868*, Madrid, Marcial Pons, 2003, y de Joan-Lluís Marfany, *La cultura del catalanisme. El nacionalisme català en els seus inicis*, Barcelona, Edicions 62, 1995 y sobre todo *Nacionalisme espanyol i catalanitat. Cap a una revisió de la Renaixença*, Barcelona, Edicions 62, 2017. El marco para este debate lo definió famosamente y con inteligencia Enric Ucelay Da Cal, *El imperialismo catalán. Prat de la Riba, Cambó, D'Ors y la conquista moral de España*, Barcelona, Edhasa, 2003. Para la implicación de Cataluña en la guerra civil del 36 lo último es el sólido libro de José Luis Martín Ramos, *Guerra y revolución en Cataluña*, Barcelona, Crítica, 2017, con prólogo de Ángel Viñas. Para los últimos acontecimientos, se recurre al ensayismo de alcance, el panfleto, o sencillamente el libelo; así hacen de forma sucesiva

Jordi Canal, *Con permiso de Kafka. El proceso independentista en Cataluña*, Barcelona, Península/Atalaya, 2017; Jordi Amat, *La conjura de los irresponsables*, Barcelona, Anagrama, 2017 o Fernando Savater, *Contra el separatismo*, Barcelona, Ariel, 2017. En todo caso, una síntesis de lo ocurrido se puede ver en el excelente artículo de Claire Chartier, «Espagne, aux racines de la fronde catalane» publicado en *L'Éxpres*, 14-XII-2017.

NOTAS

[1] *Libro Mallorquín de las gestas de los pisanos ilustres.*

***Informe sobre Cataluña* indaga, desde una perspectiva histórica, en los motivos que han llevado a Cataluña a la situación actual, e intenta responder a las preguntas sobre qué pasó, en qué orden de factores y con qué resultados, lo que obliga al autor a remontarse, en un apasionante recorrido, hasta el año 777, cuando un hecho acaecido en el norte de Alemania acabó marcando el curso de la historia catalana.**



«Trece siglos de historia sirven para entender que determinadas exigencias en Cataluña tienen unas raíces mucho más profundas de lo que a menudo se afirma. Es un pueblo que se muestra afanoso de discrepar contra la autoridad, sea esta quien sea, un rey franco del siglo IX, un político del siglo XX.»

José Enrique Ruiz-Domènec

Ante los acontecimientos de los últimos años, una parte de la sociedad catalana ha virado hacia la ironía y otra hacia la ilusión de una República: es el efecto de las emociones, las esperanzas y las convicciones colectivas, pero también de las decepciones, los engaños y las mentiras. *Informe sobre Cataluña* aborda desde una perspectiva rigurosamente histórica, centrada en la política y la cultura, las diversas articulaciones de Cataluña y España desde la Edad Media hasta la actualidad.

Como en una amena ópera en tres actos, en el libro se describe cómo se forjó un estilo de vida y un amor a la tierra, la casa y la familia en los confines del Reino franco hasta conseguir el reconocimiento con el nombre de Cataluña; luego se analiza la creación de la Corona de Aragón, donde Cataluña trató de hacer encajar sus instituciones y sus formas de gobierno con mayor o menor acierto; y, por fin, se narra el desenlace ocurrido cuando ser y no ser España se convirtió en el fundamento de la realidad catalana, en el motivo de la división de su sociedad y en el estímulo de las diversas recuperaciones del pasado. Todo ello hasta el día de hoy, cuando el carácter histórico de muchos

de los temas que plantean los políticos requiere recurrir sin dilación a los historiadores para hacer un buen diagnóstico.

SOBRE EL AUTOR

José Enrique Ruiz-Domènec (Granada, 1948) es escritor y académico; ha sido profesor visitante en numerosas universidades europeas y americanas, además de catedrático de Historia Medieval en la Universidad Autónoma de Barcelona desde 1969 hasta el presente. Ejerce de editor de Historia en *National Geographic*. Obtuvo el Premio Ciudad de Barcelona de ensayo por *El reto del historiador*, y fue finalista del Prix du Livre Européen con *Europa. Las claves de su historia*.

2018, José Enrique Ruiz-Domènec
© 2018, Penguin Random House Grupo Editorial, S. A. U.
Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona

ISBN ebook: 978-84-306-1979-5

Diseño de la cubierta: Penguin Random House Grupo Editorial / Yolanda Artola

Ilustración de la cubierta: *Lapidación de San Esteban*, Sant Joan de Boí / Album y AFP Photo / Josep Lago

Conversión ebook: Negra

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección del *copyright*.

El *copyright* estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del *copyright* al no reproducir, escanear ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, <http://www.cedro.org>) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

www.megustaleer.com

Penguin
Random House
Grupo Editorial

megustaleer

Descubre tu próxima lectura

Apúntate y recibirás
recomendaciones de lecturas
personalizadas.

ME APUNTO



@megustaleerebooks



@megustaleer



@megustaleer

ÍNDICE

[Informe sobre Cataluña](#)

[Citas](#)

[Prólogo](#)

[Primera parte. Los confines de un reino \(777-1258\)](#)

[1. Inciertos inicios](#)

[2. Unión con Aragón](#)

[3. Camino de Corbeil](#)

[Segunda parte. En la Corona de Aragón \(1258-1714\)](#)

[Introducción](#)

[4. Una historia entre otras historias](#)

[5. Afinidades electivas: el siglo de los Trastámaras](#)

[6. En el Imperio de los Habsburgo](#)

[Tercera parte. Ser y no ser España \(1716-2017\)](#)

[Introducción](#)

[7. Bajo el signo de la Ilustración](#)

[8. La mirada opulenta: del romanticismo al modernismo](#)

[9. El porvenir de una ilusión](#)

[10. Esperando la independencia](#)

[Epílogo](#)

[Nota bibliográfica al lector](#)

[Sobre este libro](#)

[Sobre la autora](#)

[Créditos](#)